EL DOCTOR DE LAS ESTRELLAS

murray leinster

GALAXIA
Ciencia-Ficción

Murray Leinster se especializa en colocar a los seres humanos en situaciones absolutamente inesperadas y apenas imaginables. El protagonista de *El doctor de las estrellas* es su ya famoso personaje, médico espacial, Calhoun, quien, si viviera en nuestro siglo, habría sido seguramente un médico en alguno de los numerosos teatros de guerra de nuestros días. Sin embargo, ¿cómo va a ser un servicio médico de urgencia en un par de siglos más? No solo habrán cambiado enteramente sus técnicas, sino también su radio de acción y hasta sus pacientes.

Calhoun, uno de los personajes más populares de la Ciencia Ficción en los Estados Unidos, aparece ahora en nuestra lengua, en medio de un planeta desierto, afectado ya sea por una enfermedad misteriosa o un plan diabólico; la locura, la guerra espacial, encarada desde el punto de vista del médico del futuro.

Murray Leinster

El doctor de las estrellas

ePub r1.1
mnemosine 04.09.2023

Título original: *Doctor to the Stars*
Murray Leinster, 1957
Ilustración de cubierta Enrich

Editor digital: mnemosine
ePub base r2.1

LA GUERRA DE LOS ABUELOS

I

«… Ningún hombre puede ser completamente eficiente si espera por lo que hace alabanzas. La incertidumbre de esta recompensa, como indica la experiencia, conduce a modificar las acciones de uno mismo para incrementar su probabilidad de conseguirlas… Si no se le permite el propósito de asegurarse la admiración, tiende en convertir en primario ese propósito y a convertir en secundario su propio trabajo. Esto cuesta vidas humanas…»

Manual del Servicio Médico Interestelar, § 17-18.

El pequeño Navío Médico pareció absolutamente inmóvil cuando sonó el aviso del corte de tiempo. Luego continuó pareciendo inmóvil. Las cintas con ruido de fondo continuaron emitiendo los sonidos pequeños y sin relación posible alguna que ocurren inadvertidos en todos los lugares en donde viven los seres humanos, pero que tienen de producirse en un navío en superimpulsión para que un hombre no se vuelva loco por causa del mortal silencio.

El aviso del corte del tiempo era el anuncio de que iba a cambiar la forma de las cosas.

Calhoun apartó su libro —el Manual del Servicio Médico— y bostezó. Se levantó de su litera para asear la nave. Murgatroyd, el «tormal», abrió los ojos y le miró adormilado, sin desenroscar su peluda cola de en torno a su morro.

—¡Desearía poder actuar con tu apreciación realista de los hechos, Murgatroyd! —exclamó con aire crítico Calhoun—. Esto, de todas maneras, es un caso sin importancia, y lo tratas como a tal, mientras que yo echo chispas cada vez que pienso en su futilidad. Estamos en una misión dada, Murgatroyd… una gentileza del Servicio Médico, que tiene que responder a las llamadas históricas al igual que a las sensatas. ¡Estamos desperdiciando nuestro tiempo!

Murgatroyd parpadeó somnoliento y Calhoun le sonrió con

malicia. El Navío Médico era una nave espacial de cincuenta toneladas —pequeñísimo en realidad en estos días— con una tripulación compuesta exclusivamente por Calhoun y Murgatroyd, el «tormal». Era una de esas navecillas con las que el Servicio Médico trata de visitar cada planeta colonizado por lo menos una vez cada cuatro o cinco años. La idea es asegurarse de que todos los nuevos desarrollos en salud pública y en medicina individual se extiendan ampliamente y tan de prisa como sea posible. Habían naves médicas mayores para enfrentarse a las situaciones peligrosas y a las emergencias de nueva especie. Pero todos los Navíos Médicos debían poder enfrentarse a todo lo posible, aunque solo fuese porque el viaje espacial consumía enormes cantidades de tiempo.

Este en particular, por ejemplo: Un mensaje de emergencia había llegado al Cuartel General del Sector desde el gobierno planetario de Phaedra II. Transportado por un navío comercial en superimpulsión a muchas veces la velocidad de la luz, costó tres meses llegar al Cuartel General. Y la emergencia para la que se pedía ayuda resultaba absurda. Decía el mensaje que había un estado de guerra entre Phaedra II y Canis III. La acción militar contra Canis III comenzarla en breve. Se pedía ayuda del Servicio Médico para los heridos y los enfermos. Se suscitaba para ayuda inmediata de urgencia.

La simple idea de la guerra, naturalmente, parecía ridícula. No podía haber guerra entre los planetas. Los mundos se comunicaban entre si por espacionaves, seguro, pero el motor interplanetario Lawlor no funcionaría excepto en el espacio sin límites y, claro, la superimpulsión era igualmente inoperable en el campo gravitacional de un planeta. Así una nave que saliera hacia las estrellas, tenía que ser elevada no menos que cinco diámetros planetarios desde el suelo antes de que pudiera conectar cualquier motor propio similarmente, tenía que bajar una distancia igual para aterrizar después de que sus motores quedasen inusables. El viaje espacial era práctico solo porque había rejillas de aterrizaje… unas enormes estructuras de acero que utilizaban el poder de la ionosfera de un planeta para generar los campos de fuerza que servían para el amarre y el lanzamiento de navíos desde y al espacio. Por tanto, las rejillas de aterrizaje eran necesarias para los aterrizajes. Y en

ningún mundo harían aterrizar a un navío hostil sobre la superficie. Pero es que una rejilla de aterrizaje podía lanzar bombas o proyectiles al igual que navíos, y por esa causa podía defender su planeta, absolutamente. Si no podían haber ataques y sí defensa, era imposible que se produjeran guerras.

—Todo el asunto es un tontería —dijo Calhoun—. Llegaremos allí después de pasar tres meses de viaje, con la situación ya con medio año de antigüedad, o bien habrá finalizado por un compromiso o estará olvidada y a nadie le gustará que se la recuerden. ¡Y habremos desperdiciado nuestro tiempo y talento en una tarea ingrata que no existe ni puede existir! ¡El Universo se ha vuelto loco, Murgatroyd! ¡Y nosotros somos las víctimas!

Murgatroyd voluptuosamente desenroscó la cola de en torno a su morro. Cuando Calhoun hablaba tanto, eso significaba sociabilidad. Murgatroyd se puso en pie, se desperezó y dijo:

—«Caray.» Esperó. Si Calhoun realmente quería conversación, Murgatroyd le complacería. Adoraba fingir que era humano. Él y los de su clase imitaban los actos humanos como los loros imitan la conversación. Murgatroyd ronroneó un poquito, para mostrar que estaba preparado para hablar.

—«¡Chee-chee-chee!» —dijo con tono conversacional.

—Advierto que estamos de acuerdo —contestó Calhoun—. Comencemos la limpieza.

Comenzó con los asuntos pequeños del cuidado de la casa que uno descuida si sabe que nada puede ocurrir durante bastante tiempo. Los libros volvieron a su lugar. Los archivos fueron ordenados, así como los carretes de datos especiales que Calhoun había solicitado para estudiar. Calhoun lo puso todo limpio y ordenado en previsión del aterrizaje y de posibles visitantes.

Al poco el reloj de ruptura indicó que faltaban veinticinco minutos más de superimpulsión. Calhoun volvió a bostezar. Como toda organización de servicio interestelar, el Servicio Médico tenía que hacer cosas bastante tontas. Los gobiernos regidos por políticos así lo requerían. Sin embargo, los representantes del Servicio Médico siempre tenían que estar bien informados sobre los problemas que surgían. Durante este viaje Calhoun recibió la orden de leer sobre aquella locura antigua que antaño se llamaba arte de la guerra. No le gustó lo que aprendió sobre las acciones de sus antecesores.

Reflexionó que por fortuna tales cosas no podían ocurrir ya más y tornó a bostezar.

Se encontraba ya sujeto por los cinturones en la silla de control diez minutos antes de que el navío tuviera que regresar a un estado normal de cosas. Se permitió el lujo de un nuevo bostezo y aguardó.

La cinta de aviso chirrió por segunda vez. Una voz dijo:

—«Cuando el gong suene, la ruptura se producirá a los cinco segundos». —Hubo un pesado y rítmico tick-tack. Siguió y siguió. Luego el gong y una voz que dijo—: «Cinco… cuatro… tres…»

No completó la cuenta. Se produjo un ruido potente y desgarrador y el trazado de un arco. Se percibió olor a ozono. El Navío Médico saltó como un caballo desbocado. Salió por la superimpulsión dos segundos antes de tiempo. Los cohetes automáticos de emergencia rugieron y le lanzaron hacia allá… y lo cambiaron de curso violentamente lanzándole en dirección opuesta pareciendo luchar desesperados contra algo que frustraba cada maniobra que intentaban. A Calhoun se le pusieron los pelos de punta hasta que se dio cuenta de que el indicador de campo externo mostraba un campo de fuerza terriblemente artificial apoderándose del navío. Cortó los cohetes cuando sus sacudidas pugnaban por arrancarle del sillón.

Hubo quietud. Calhoun bramó en el espaciofono:

—¿Qué pasa? ¡Este es el Navío Médico «Esclipus Veinte»! ¡Se trata de una nave neutral! —el término «Nave Neutral» era nuevo en el vocabulario de Calhoun. Lo había aprendido mientras estudiaba los modales y costumbres de la guerra en el viaje en superimpulsión—. ¡Corten esos campos de fuerza!

Murgatroyd chilló indignado. Algún movimiento errante del navío le arrojó a la litera de Calhoun, donde se agarró a una manta con sus cuatro patas. Luego otra sacudida le despidió con la manta hasta un rincón, donde luchó por librarse, parloteando amargamente.

—¡Somos no combatientes! —gritó Calhoun… otro vocablo nuevo.

Una voz gruñó por el altavoz del espaciofono.

—«Prepárese para la comunicación por rayo luminoso» —dijo con pesadez—. «Mientras tanto, guarde silencio».

Calhoun rezongó. Pero un Navío Médico no era una nave

armada. Hoy en día no habían naves armadas. No en el curso normal de los acontecimientos. Pero naves de alguna especie habían estado de guardia ante la posibilidad de un navío en este lugar particular. Pensó en la palabra «bloqueo» —otra parte de su educación en el arte pasado de moda de la guerra. Canis III estaba bloqueado.

Buscó el navío que tan de prisa le capturase. Nada. Se adelantó a la amplificación de sus pantallas visoras. Otra vez nada. El sol Canis llameaba delante y debajo y se veían estrellas sospechosamente brillantes que por su colorido eran probablemente planetas. Pero el Navío Médico estaba aún bastante más allá de la parte habitable de un astro de la clase solar, con sistema propio.

Calhoun quitó la tapa de una célula fotoeléctrica y aguardó. Una luz nueva y brillante parpadeó, cobrando ser. Osciló. Ajustó la célula fotoeléctrica a la pantalla, tapando la brillantez y enchufó el cordón de un amplificador de audiofrecuencia. Un zumbido apagado sonó. No tan claramente como la voz del espaciofono, pero si lo bastante para oír las palabras siguientes:

—«Si es usted el Navío Médico "Esclipus Veinte", responda por rayo de luz, citando sus órdenes.»

Calhoun ya estaba oprimiendo otro botón y en algún lugar una lámpara de señales salía de su lugar en el casco. Dijo irritado:

—¡Les enseñaré mis órdenes, pero no efectuaré una actuación de dramáticas lecturas! ¡Este es un negocio infernal! ¡Yo vine aquí porque se me llamó, para ser un ángel administrador o una dama con una lámpara, o algo igualmente improbable! ¡No vine aquí para que me sacasen de la superimpulsión, aunque ustedes estén en guerra! ¡Este es un Navío Médico!

La voz ligeramente turbia dijo con la misma energía de antes:

—«Sí, esto es una guerra. Le esperábamos. Deseamos que lleve nuestro aviso final a Canis III. Síganos a nuestra base y recibirá instrucciones.»

Calhoun respondió entrecortadamente:

—¡Remólquenme! ¡Cuándo me arrastraron de la superimpulsión me estropearon prácticamente toda la potencia de la nave!

—«¿Chee?» —exclamó Murgatroyd, y trató de plantarse sobre sus cuartos traseros para mirar a la pantalla. Calhoun le apartó. Cuando recibió el acuse de recibo del otro navío invisible y empezó

a sentir ese arrastre acolchado del remolque, cortó el micrófono conectado al rayo de luz.

—Lo que dije no es del todo verdad, Murgatroyd —dijo someramente al «tormal»—. Pero hay guerra. Para ser neutral he de aparecer impresionantemente desvalido. Eso es lo que significa neutralidad.

Pero estaba muy lejos de sentirse tranquilo. Las guerras entre los mundos eran llanamente imposibles. Los hechos del viaje espacial las hacían inimaginables.

No obstante, allí parecía haber una guerra. Algo ocurría, cualquier cosa, que era contrario a todos los hechos de la vida en los tiempos modernos. Y Calhoun se veía envuelto. Exigían que cambiase inmediatamente todas sus opiniones y todas sus ideas de lo que podía tener que hacer. El Servicio Médico no podía sentirse partidario de ninguno de los bandos sobre una guerra, claro. No tenía derecho a ayudar a un lado o al otro. Su función inalterable era prevenir la muerte innecesaria de seres humanos. Así que no podía ayudar a ningún combatiente para obtener la victoria. Por otra parte, no se quedaría meramente cruzado de brazos, cuidando a los heridos y aliviando las catástrofes individuales y permitiendo por su inacción que el número de estas creciera.

—¡Esto es el diablo! —exclamó Calhoun.

—«¡Chee!» —dijo Murgatroyd.

El Navío Médico estaba siendo remolcado. Calhoun lo había pedido y le complacían. No habría manera de remolcarle si se carecía de un enlace físico entre los navíos. No habían campos de fuerza que pudieran realizar la función —las rejillas de aterrizaje los usaban constantemente—, pero estas no estaban montadas en los navíos —por lo menos en las naves ordinarias. Ese hecho preocupó a Calhoun.

—Alguien se ha tomado mucho trabajo —dijo ceñudo—, como si las guerras volviesen a estar de moda y ese alguien se preparara para realizarlas. De todas maneras, ¿qué es lo que nos capturó?

La solicitud de ayuda del Servicio Médico había venido de Phaedra II. Pero la acción militar si había alguna —se afirmaba que tendría lugar sobre Canis III. El llameante sol vecino y su familia de planetas estaban en el sistema solar de Canis. Las posibilidades eran, por tanto, que se hubiese visto arrebatado de superimpulsión

por la flota de Phaedra. Se le había esperado. Le ordenaron que no utilizara el espaciofono. Las fuerzas locales no se preocuparían si el planeta les escuchaba. Los invasores, sí. A menos que hubiesen dos flotas espaciales en el vacío, buscando posición para una batalla en el éter. Pero eso era absurdo. No podían haber batallas en el espacio sin limites donde cualquier navío podía entrar en el vuelo de superimpulsión en una fracción de segundo.

—¡Murgatroyd, todo esto está equivocado! —dijo Calhoun con tono de queja—. ¡No le encuentro ni pies ni cabeza! ¡Y tengo el presentimiento de que hay algo considerablemente más equívoco de lo que me imagino! Según deduzco, el que nos ha enganchado es un navío phaedriano. No parecieron sorprenderse cuando dije quién era. Pero…

Revisó el tablero de instrumentos. Examinó las pantallas. Habían planetas de sol amarillo, que ahora aparecía delante casi muerto. Calhoun vio un creciente casi infinito y supo que le remolcaban hacia el mundo que quedaba en la parte del sol. En la actualidad, no necesitaba remolque. Lo había pedido sin motivo particular, excepto para pillar en una falta a quien le había detenido. Insultar y averiar a un Navío Médico sería impropio incluso en la guerra… especialmente en la guerra.

Sus ojos volvieron al dial del campo externo. Había un campo de fuerza apoderándose de la nave. Era del tipo utilizado por las rejillas de aterrizaje… un tipo impráctico para usarlo a bordo de un navío. Una rejilla que generase tal campo de fuerza debería tener un palmo de diámetro por casi veinte kilómetros de alcance. Un navío para estar al alcance de su captor tendría que ser tan grande como una rejilla planetaria de aterrizaje. Y ninguna rejilla planetaria de aterrizaje podría manipularlo.

Luego, los ojos de Calhoun se desorbitaron y se quedó boquiabierto.

—¡Murgatroyd! —exclamó, abrumado—. ¡Maldición, es verdad! ¡Han encontrado una manera de pelear!

Durante muchos centenares de años no se habían originado guerras y no había necesidad ahora de ellas. Calhoun estuvo últimamente estudiando los archivos sobre la guerra en todos sus aspectos y consecuencias y como médico se sintió ultrajado. La matanza organizada no parecía un proceso cuerdo para llegar a

conclusiones políticas. Toda la cultura galáctica se basaba en la feliz convicción de que las guerras no podrían volver a producirse. Si esto era posible, probablemente ocurriría. Calhoun conocía bien la humanidad, y lo suficiente como para estar seguro.

—«¿Chee?» —preguntó Murgatroyd inquisitivo.

—¡Tienes suerte de ser un «tormal»! —le contestó Calhoun—. Jamás tendrás que avergonzarte de los de tu especie.

La información de fondo que tenía sobre el arte de la guerra en general le hizo sentirse exceptico por anticipado sobre la información que al poco se le daría. Tendría que ser lo que solía llamarse propaganda, ofrecida a él bajo el nombre de instrucciones. Estaría de acuerdo con su persona de que las guerras en general eran horribles, pero que seria mucho más plausible de destacar, con pesar profundo, que esta guerra particular, celebrada por este bando también particular, era a la vez admirable y justa.

—¡Lo que no creería aun cuando fuese verdad! —exclamó Calhoun sombrío.

II

«La información asegurada de otros es invariablemente y en cierto modo insegura. Una afirmación completa y razonada de una serie de acontecimientos está casi innecesariamente recortada y distorsionada y editada, o no aparecería razonable y completa. Los informes sinceramente factuales de cualquier serie de acontecimientos, sí son honrados, contendrán elementos inconsistentes o irracionales. La realidad es en exceso demasiado compleja para ser reducida a simples afirmaciones sin suprimir mucho de los hechos…»

Manual del Servicio Médico Interestelar, p. 25.

Pudo comprobar su hipótesis acerca de los medios por los que se hacía práctica la guerra interestelar, cuando el Navío Médico fue aterrizado. Normalmente, una rejilla de aterrizaje era una gigantesca estructura achaparrada de vigas de acero, de un kilómetro de altura y casi dos de diámetro. Descansaba sobre un lecho rocoso, estaba soldada en una unión irrompible con la substancia de su planeta y extraía energía de la ionosfera. Cuando el Navío Médico llegó a la oscuridad abismal de la sombra del planeta más próximo, se produjeron largas, larguísimas pausas en la que pendió aparentemente inmóvil en el espacio. Produjéronse enormes y ocasionales balanceos, como si algo extendiese invisibles manos y tanteara para asegurarse de que allí estaba la nave. Y Calhoun utilizó su indicador de objetos más próximos para observar que algo muy enorme palpaba en su torno y que al poco se convertía en estacionario en el vacío para luego moverse rápida y seguramente descendiendo en la negrura que era el lado nocturno del planeta. Cuando ello y la superficie planetaria fueron uno, el Navío Médico comenzó su rápido descenso en el asidero de los campos de fuerza

tipo rejilla de aterrizaje.

Tomó tierra en el centro de una rejilla, pero esta no era de las típicas. Tampoco era achaparrada, sino tan alta como amplía. Mientras el navío descendía, vio luces en la célula del sistema de control, a mitad de camino del suelo. Era sorprendente, pero obvio. Los raptores del Navío Médico habían construido una rejilla de aterrizaje que era en realidad un navío. Era una reja que podía cruzar el vacío entre las estrellas. Podía dedicarse a la guerra ofensiva.

—Resulta infernalmente sencillo —dijo Calhoun a Murgatroyd, con disgusto—. Las normales rejillas de aterrizaje se enganchan con algo del espacio y tiran de él hasta el suelo. Este chisme se engancha en algo del suelo y se empuja fuera hasta el espacio. Viajará por medio del motor Lawlor o superimpulsión y cuando llegue a alguna parte en que pueda trabar cualquier zona de otro mundo y descenderse a sí mismo, de manera que logre anclarse, tendrá resuelto el problema. Luego puede hacer aterrizar la flota que viajó consigo. Es en parte un dique seco flotante parte una nave de aterrizaje, y actualmente ambas cosas. Es un espaciopuerto prefabricado que se instala en cualquier lugar elegido a placer. ¡Lo que significa que es el arma más mortífera de los pasados mil años!

—Murgatroyd trepó a su regazo y parpadeó sabiamente mirando las pantallas. Mostraban los alrededores del Navío Médico, ahora en tierra plantado sobre su cola. Por encima se veían innumerables estrellas. En su torno una blancura de nieve. Pero habían luces. Navíos descansando sobre un terreno helado.

—Sospecho —gruñó Calhoun—, que podría tratar de escapar con los cohetes de emergencia y colocarme más allá del horizonte antes de que pudieran capturarme. ¡Pero esto es simplemente una base militar ordinaria!

Consideró sus recientes estudios sobre las guerras históricas, de batallas y matanzas, de pillaje y saqueo. Incluso los hombres modernos y civilizados se convertirían muy rápidamente en salvajes una vez que hubiesen tomado parte en una batalla. Inimaginables enormidades de otros tiempos no tardarían en ocurrir si los hombres regresaban a tal barbarie. Tales cosas podían estar ya presentes en las mentes de los tripulantes de aquellas espacionaves.

—Tú y yo, Murgatroyd —dijo Calhoun—, quizás seamos los

únicos hombres racionales por entero de este planeta. Y tú no eres hombre.

—«¡Chee!» —chilló Murgatroyd. Parecía alegrarse de no serlo.

—Pero tenemos que inspeccionar la situación antes de intentar algo noble e inútil —observó Calhoun—. Pero, sin embargo… ¿Qué es eso?

Miraba con fijeza la pantalla que mostraba luces en el suelo moviéndose hacia el Navío Médico. Eran transportadas por hombres a pie, caminando sobre la nieve. Mientras se acercaban resultó que también llevaban armas. Eran instrumentos feos y curiosos… como rifles deportivos, excepto que sus cañones eran imposiblemente largos. Tendrían que ser… Calhoun repasó su nuevo almacén de información… serian lanzadores de cohetes en miniatura, capaces de disparar pequeños proyectiles con potentes cargas que destruirían fácilmente el Navío Médico.

A treinta metros, se separaron para rodear la nave. Solo un hombre avanzó.

—Voy a dejarle entrar, Murgatroyd —observó Calhoun—. En la guerra el hombre debe ser educado con cualquiera que lleve un arma capaz de hacerle pedazos. Es una de las leyes bélicas.

Abrió las puertas internas y externas. El resplandor del interior de la nave originó brillos blancos sobre la nieve virgen. Calhoun se plantó en la abertura, observando que cuando su aliento salía hacia el exterior se convertía en una blanca niebla.

—Me llamo Calhoun —dijo con sequedad a la sola figura que se acercaba—. Servicio Médico Interestelar. ¡Un neutral, no combatiente, y en este instante enojadísimo por lo que ha pasado!

Un hombre con barba gris, de ojos ásperos, avanzó hasta la puerta abierta. Asintió.

—Me llamo Walker —dijo—. Se supone que soy el jefe de esta expedición militar. Por lo menos, mi hijo es el jefe del… eje… del enemigo, lo que me convierte a mi en el hombre lógicamente indicado para dirigir el ataque contra ellos.

Calhoun no creía del todo lo que estaba oyendo, pero prestó atención. Un padre y un hijo en confianza por ninguna de las partes, puesto que esos eran los conceptos que privaban en la guerra. Y ciertamente, su parentesco apenas tendría una calificación especial para permitirles alcanzar la jefatura en ningún momento.

Hizo un gesto invitador y el hombre de la barba gris subió por la escalerilla hasta la portezuela. De algún modo no perdió ni el menor ápice de dignidad mientras ascendía. Entró con solidez en la escotilla de aire y luego en la cabina de la nave.

—Si me permite, cerraré las compuertas —dijo Calhoun—, siempre y cuando sus hombres no interpreten mal la acción. Hace frío fuera.

El recio hombre de la barba se encogió de hombros.

—Destrozarán su nave si trata de despegar —dijo—. ¡Están de humor para acabar con cualquier cosa!

Con el mismo aire de confianza, avanzó hasta un asiento. Murgatroyd lo miró con recelo. El recién llegado ignoró al animalito.

—¿Y bien? —preguntó con impaciencia.

—Soy del Servicio Médico —contestó Calhoun—. Puedo demostrarlo. Deberé permanecer neutral en lo que está ocurriendo. Pero se me pidió que viniese por el gobierno planetario de Phaedra. Creo que es probable que sus navíos vengan de Phaedra. Su rejilla de aterrizaje-navío, en particular, no sería necesaria para los ciudadanos de la localidad. ¿Qué tal va la guerra?

Los ojos del hombre ardieron.

—¿Se ríe de mí? —preguntó.

—He estado tres meses en superimpulsión —le recordó Calhoun —. No he oído nada que me haga reír en todo ese tiempo. No.

—El… nuestro enemigo —dijo con amargura Walker—, considera que ha ganado la guerra. Pero usted quizá sea capaz de hacerles comprender que no es cierto y que no pueden ganarla. Hemos sido estúpidamente pacientes, pero no podemos continuar siéndolo más tiempo. Tenemos el propósito de seguir hasta la victoria aun cuando nos cueste el cuello llegar hasta la celebración del triunfo. ¡Cosa que no es nada probable!

Calhoun alzó las cejas. Pero asintió. Sus estudios decían que una psicología de guerra era altamente emotiva.

—Nuestro planeta patrio Phaedra tiene que ser evacuado —dijo Walker, muy ceñudo—. Hay signos de inestabilidad en nuestro sol. Hace cinco años, enviamos a Canis III a nuestros hijos mayores para construir un mundo en el que trasladarnos todos. Nuestro sol puede estallar en cualquier momento. Seguro que arderá en cualquier

instante… y ¡pronto! Enviamos a nuestros hijos porque en la patria estaba el peligro. Les apremiamos para que trabajaran febrilmente. También enviamos a mujeres jóvenes al principio, para que si nuestro planeta se fundía cuando estallara el sol, aún hubiesen hijos de nuestros hijos que siguieran viviendo. Cuando nos atrevimos… cuando los primeramente enviados se vieron capaces de cobijarlos… mandamos a nuestros muchachos más jóvenes y a las niñas a la seguridad, sobrecargando la colonia con bocas que alimentar, pero quedándonos nosotros en donde estaba el peligro. Más tarde mandamos hasta las criaturas pequeñas, cuando los signos del inminente cataclismo se hicieron más amenazadores.

Calhoun volvió a asentir. En un año en la galaxia no se producían muchas novas, aun contando los millones de billones de estrellas que contenía. Pero por lo menos había habido una colonia que tuvo que ser trasladada a causa de la evidencia de inestabilidad solar. El trabajo en ese caso no fue completo cuando se produjo el estallido. La evacuación de un mundo, sin embargo, jamás sería una tarea fácil. La población tenía que ser trasladada a años luz de distancia. El viaje espacial necesita tiempo, incluso marchando a treinta veces la velocidad de la luz. Cuando llegó el momento del desastre, el plazo final para el traslado, cuyo día era imposible de calcular con anticipación exactamente, por lo que resultaba lógico el curso de acontecimientos adoptados por Phaedra. Los jóvenes y las mujeres tenían que ser enviados primero. Así construirían nuevas casas para sí mismos y para los que les siguieran. Podrían trabajar con más dureza y más tiempo en ese propósito que cualquier otro grupo ya de edad… ¡Y se asegurarían mejor de la supervivencia permanente de alguien! La nueva colonia tendría que dedicarse a un trabajo frenético y sin descanso, febril empleo de las veinticuatro horas del día, porque la escala de tiempo para la labor era necesariamente desconocida, aunque resultase improbable que diera margen suficiente. Cuando pudieran soportar una carga mayor, los niños y las niñas serían enviados… lo bastante mayores para ayudar, aunque no para iniciar una colonización. Serían enviados a una colonia en parte construida con miras a la seguridad. Más tarde las criaturas pequeñas harían el viaje, necesitando los cuidados de sus paisanos mayores ya. Solo al final abandonarían los adultos su mundo en busca del nuevo. Se quedarían allí, en donde el peligro,

hasta que todos los jóvenes gozaran de seguridad.

—Pero ahora —dijo Walker con voz gruesa—, nuestros hijos han construido su mundo y se niegan a recibir a sus padres y abuelos. Tienen un mundo de gente joven, sin más autoridad que la suya. Dicen que les mentimos acerca de la próxima destrucción del sol de Phaedra: que les esclavizamos y les obligamos a utilizar su juventud para construir un nuevo mundo que ahora exigimos ocupar. ¡Desean que el sol de Phaedra estalle y mate al resto de nosotros, para poder vivir a su gusto sin preocupaciones hacia los que le dieron el ser!

Calhoun no dijo nada. Es parte del adiestramiento médico reconocer que la información obtenida de otros nunca es del todo segura. Admitiendo los hechos, seguiría obteniendo de Walker solo una interpretación de tales hechos. Hay un instinto en los jóvenes de convertirse en independientes de los adultos, y un instinto en los adultos de ser protectores para sus descendientes más allá de toda razón. Hay, en cierto modo, siempre una guerra entre las generaciones en todos los planetas, no solo en Phaedra y Canis III. Es un conflicto entre los instintos que por sí mismos son necesarios… y quizás el conflicto en sí es necesario para algún propósito en bien de la raza.

—Se cansaron del esfuerzo requerido para construir la colonia —dijo Walker, sus ojos ardiendo como antes—. ¡Así que decidieron que era necesario la duda! Enviaron a cierto número de ellos de regreso a Phaedra para verificar nuestras observaciones sobre el comportamiento del sol. ¡Nuestras observaciones! ¡Sucedió que llegaron en un momento en que las perturbaciones del sol estaban temporalmente acalladas! ¡Así que nuestros hijos decidieron que nos habíamos mostrado exagerados; de que no corríamos peligro; de que exigíamos demasiado! Se negaron a construir más refugios y limpiar y sembrar más tierra. Incluso se negaron a hacer aterrizar más navíos de Phaedra, y mucho menos los que les enviábamos con más bocas que alimentar. ¡Se mostraron partidarios del descanso, de la comodidad! ¡Se declararon independientes de nosotros! ¡Renegaron de su raza! Más malignos que los dientes de una serpiente…

—Los hijos son ingratos —dijo Calhoun—. Eso he oído decir. Por eso ustedes declararon la guerra.

—¡Sí! —estalló furioso Walker—. ¡Somos hombres! ¿No tenemos que proteger a nuestras esposas? ¡Lucharemos incluso contra nuestros hijos por la seguridad de sus madres! ¡Y tenemos nietos… en Canis III! Lo que ha pasado… y está ocurriendo allí… lo que están haciendo… —pareció que sus palabras se ahogaban por la furia—. Para nosotros, nuestros hijos se han perdido. Han renegado de sus padres. ¡Son capaces de destruirnos a nosotros y a nuestras esposas y de destruirse a sí mismos y también de destruir a nuestros nietos! ¡Lucharemos!

Murgatroyd trepó en el regazo de Calhoun y se acurrucó contra él.

Los «tormales» son animalitos pacíficos.

La furia y la amargura en el tono de Walker trastornaron a Murgatroyd. Buscó refugio de aquella cólera y la proximidad de Calhoun.

—Así que hay guerra entre ustedes y sus hijos y nietos —observó Calhoun—. Como hombre del Navío Médico… ¿qué ha pasado hasta la fecha? ¿Cómo ha ido la lucha? ¿Cuál es el estado de cosas actual?

—No hemos logrado nada —jadeó Walker—. ¡Hemos sido demasiado blandos! ¡No queremos matarles… ni siquiera después de lo que nos han hecho! ¡Pero ellos sí desean estar exterminándonos! ¡Hace solo una semana enviamos un crucero para una misión de propaganda. Creemos que debía quedar algún pensamiento decente en nuestros hijos! Claro que ningún navío puede utilizar sus motores cerca de un planeta. Lanzamos al crucero en un rumbo que formase una semiórbita parabólica, su momento de proximidad cerca de la atmósfera de Canópolis, en donde permitiría en frecuencias «standard» de comunicación y saldría al espacio libre otra vez. Pero utilizaron la rejilla de aterrizaje para sembrar su camino con rocas y peñascos. Chocó contra ellos. ¡Su casco quedó agujereado en cincuenta lugares! ¡Todos los tripulantes murieron!

Calhoun no cambió de expresión.

Esta entrevista tenía por misión conocer los hechos de una situación a la que el Servicio Médico había sido solicitado para actuar.

Era una ocasión apta para horrorizarse.

Dijo:

—¿Qué es lo que esperaban del Servicio Médico cuando pidieron

su ayuda?

—Creímos —respondió Walker, con más amargura que antes—, que tendríamos prisioneros. Preparamos navíos hospital para cuidar a nuestros hijos heridos en el combate. Deseamos toda la ayuda posible en esa misión. No les importaba lo que nos hubieran hecho nuestros hijos…

—¿Y sin embargo no tienen prisioneros? —preguntó Calhoun.

Todavía no captaba el asunto. Quedaba demasiado lejos de lo corriente para un rápido criterio. Cualquier guerra, en los tiempos modernos, habría parecido bastante extraña. Pero una conflagración total entre padres e hijos a escala planetaria, era demasiado para captarlo rápidamente en todas sus implicaciones.

—Tenemos un prisionero —respondió Walker desdeñoso—. Le capturamos porque esperábamos hacer algo con él. Fracasamos. Usted lo devolverá. ¡No le queremos! ¡Antes de que parta, se le contarán nuestros planes para el combate; para la destrucción, si es preciso, de nuestros propios hijos! ¡Pero resulta mejor para nosotros destruirles que dejarles que nos destruyan a nuestros nietos, como están haciendo!

La acusación acerca de los nietos no parecía concebiblemente cierta. Sin embargo, Calhoun no la objetó. Dijo reflexivo:

—Tratan este asunto de una manera rara, a veces como si fuese una guerra y otras como una muestra de disciplina paternal. Enviando noticias de sus planes al supuesto enemigo, por ejemplo…

Walker se puso en pie. Su mejilla se contraía.

—¡En cualquier momento el sol de Phaedra puede estallar! Es posible que suceda inesperadamente. Y nuestras esposas… las madres de nuestros hijos… están en Phaedra. Si nuestros hijos las han asesinado negándoles refugio, entonces solo nos quedará el derecho de…

Se oyó un batir en la escotilla.

—Terminé —jadeó Walker. Fue hacia la escotilla y abrió la puerta—. Este médico vendrá y verá lo que tenemos preparado —dijo a los del exterior—. Luego se llevará a nuestro prisionero hasta Canis. Informará de lo que sabe. Quizás de eso salga algo bueno.

Se apartó de la escotilla, lanzando una orden a Calhoun para que le siguiera.

Calhoun gruñó para sí. Abrió un armario y se colocó unos

gruesos vestidos invernales.

Murgatroyd dijo alarmado:

—«¡Chee!» —cuando comprendió que Calhoun iba a dejarle.

Calhoun chasqueó los dedos y Murgatroyd saltó a sus brazos. Calhoun lo metió bajo su abrigo y siguió a Walker hasta la nieve.

Esto, indudablemente, era el planeta siguiente al colonizado Canis III. Sería Canis IV y con un pequeñísimo exceso de dióxido de carbono en su atmósfera que le mantendría más cálido, gracias al efecto de invernadero, de lo que implicaría de otro modo su distancia del sol local.

La nieve era solo fruto del invierno. No estaba demasiado fría para las operaciones militares de una base contra un planeta vecino en dirección al sol.

Walker caminó delante hacia las filas de cascos de espacionaves que rodeaban la singular y tentaculosa rejilla.

Se le ocurrió a Calhoun que la astrogación en tal nave sería muy parecida a manipular un descomunal cesto papelero de mimbre o alambres.

Se precisaría un monstruoso campo de superimpulsión y mantener su metal por encima del punto quebradizo en cualquier viaje espacial realmente largo, sería cosa muy difícil.

Pero aquí estaba. Indudablemente había despegado de Phaedra. Había aterrizado aquí mismo por si sola y sería capaz de aterrizar también en Canis y luego descender tras de sí a la flota guerrera que ahora se apiñaba en torno a su base. Calhoun trató de encontrar consuelo en la dificultad de viajar por distancias realmente largas, del orden de los diez o veinte años luz, con tal ingenio. Posiblemente, solo posiblemente, la guerra quedaría todavía limitada a mundos relativamente cercanos.

—Pensamos —murmuró Walker—, que podríamos excavar refugios aquí, para poder traer al resto de la población de Phaedra y esperar el fin de la guerra… de modo que estuviesen a salvo si estallaba el sol de nuestro planeta. Pero no podríamos darles de comer a todos. ¡Así que tenemos que labrarnos con explosivos una recepción en el mundo creado por nuestros hijos!

Llegaron hasta una nave mayor que las otras, excepto la nave rejilla. Casi la mitad de su casco había sido abierto y una tienda gigantesca se apoyaba en él.

Era un descomunal taller. El navío espacial interior era evidentemente el crucero del que hablara Walker.

Calhoun pudo ver los muchos desgarrados agujeros que poseía el casco. Hombres de mediana edad o más viejos, trabajaban en una especie de atmósfera artificial. Pero Walker señaló a otro objeto, casi la mitad del tamaño del Navío Médico. Los hombres también trabajaban en aquel. Era un proyectil dirigido, sin tripulación humana, con una capacidad de combustible relativamente enorme para los motores cohete.

—Fíjese en eso —ordenó Walker—. Es un proyectil cohete, un robot de combate que lanzaremos desde el espacio con combustible suficiente para que maniobre. Luchará y esquivará abriéndose paso hasta el centro de la rejilla de Canópolis… que nuestros hijos se negaron a utilizar para que aterrizaran sus padres. Dentro de tres días utilizaremos esto para destrozar esa rejilla y cuanto de la ciudad de Canópolis sea posible, con la explosión de una bomba megatónica. Luego nuestro navío rejilla tomará tierra y la flota le seguirá, y seremos Canis, utilizando rifles detonadores y llamas y bombas, para luchar por nuestro derecho a la supervivencia en el mundo de nuestros hijos.

»Cuando hayan aterrizado nuestros combatientes, los navíos empezarán a traer a nuestras esposas desde Phaedra… Si siguen todavía vivas… mientras los que combatamos les estaremos buscando lugar seguro. ¡Lucharemos contra nuestros hijos como si fuesen bestias salvajes… por el modo con que nos han tratado! Comenzaremos este combate dentro de tres días, cuando ese proyectil esté listo y probado. ¡Si nos matan… mucho mejor! ¡Pero les obligaremos a que nos maten con sus manos, con sus armas, con las que indudablemente ya se han fabricado! ¡Pero no nos matarán sin luchar! ¡Y si tenemos que darles muerte para salvar a nuestros nietos… lo haremos dentro de tres días! ¡Lléveles ese mensaje!

Calhoun dijo:

—Me temo que no me creerán.

—¡Comprenderán que deben hacerlo! —gruñó Walker. Luego, con brusquedad, añadió—: ¿Qué reparación necesitará su navío? ¡Lo traeremos aquí, arreglaremos y luego se llevará usted a nuestro prisionero y le transportará con nuestro mensaje hasta los de su propia clase… nuestros hijos!

La alegría y la furia en su frustración, en su tono, cuando dijo «hijo», hizo que Murgatroyd se agitara debajo del abrigo de Calhoun.

—Creo que cuanto necesito es energía —dijo Calhoun—. Dejaron seca mi carga de superimpulsión cuando arrancaron a mi navío de la misma. Tengo células Duhanne, pero una carga de superimpulsión es una pérdida de energía considerable.

—Se la devolveremos —gruñó Walker—. Luego tomará al prisionero y nuestro aviso y lo llevará todo a Canis. Hágales rendir, si puede.

Calhoun meditó.

Bajo su abrigo, Murgatroyd dijo:

—«¡Chee! ¡Chee!» —en un tono de cierta indignación.

—Pensando cómo lo haría mi propio padre —dijo Calhoun con malicia—, y aceptando su propia historia como cierta… ¿Cómo diablos lograré que sus hijos crean que esta vez no están fanfarroneando? ¿No han fanfarroneado antes?

—Hemos amenazado —contestó Walker, los ojos echando llamas —. Sí. Y fuimos demasiado blandos de corazón para llevar a cabo nuestras amenazas. Hemos tratado todo excepto la fuerza. ¡Pero ha llegado el momento en que debemos ser implacables! ¡Tenemos que pensar en nuestras esposas!

—A quienes sospecho que no se han atrevido a traer consigo porque no les permitirían pelear, No importa cuanto sus hijos e hijas hicieran —observó Calhoun.

—¡Pero no están aquí ahora! —rugió Walker—. ¡Y nada nos detendrá!

Calhoun asintió.

En vista de la situación en su conjunto, casi creía en lo dicho por los padres de los colonos de Canis III. Pero no habría hecho caso a su propio padre, sin embargo, y no pensó que los jóvenes de Canis obraran de manera contraria. Sin embargo, no les quedaba otro remedio que actuar de esa manera.

Parecía como si hubiese viajado tres meses en superimpulsión y estudiaba penosamente muchos informes descorazonadores sobre los antecesores de los hombres modernos, solo para llegar y ser testigo del más implacable conflicto en la historia de los humanos.

III

«El hecho de que una afirmación esté de acuerdo con otra no significa que ambas deban de ser ciertas. Muy frecuentemente un acuerdo puede demostrar que ambas afirmaciones pueden ser falsas. Las afirmaciones convergentes y confluyentes deben tender a demostrar la verdad de cada cual, si el conflicto se encuentra en sus interpretaciones de los hechos que narran…»

Manual del Servicio Médico Interestelar, p. 43.

Una hora más tarde trajeron al prisionero. Hombres hoscos y recios habían tendido una línea hasta el banco receptáculo de energía del Navío Médico y se notaba aquel diminuto y zumbante sonido que nadie entiende por completo mientras la energía manaba dentro de las células Duhanne. Los hombres de las centrales energéticas estudiaron el interior de la nave sin curiosidad, como si estuviesen demasiado absortos en sus amarguras particulares para interesarse por cualquier otra cosa. Después que se fueron, unos guardias trajeron al prisionero. Calhoun se fijó en la expresión de los rostros de aquellos hombres. Odiaban a su cautivo. Pero las caras mostraban la profunda y mordiente amargura que un hombre experimenta cuando sus hijos le abandonan en bien de compañías que yo consideré indignas o peor. El hombre odia a esas malas compañías corrosivas y aquellos individuos odiaban a su prisionero. Pero no podían evitar saber, que él también habían abandonado al buen padre cuyos sentimientos eran iguales a los suyos propios. Por eso había frustración incluso en su furia.

El prisionero ascendía ligero por la escalerilla entrando en el Navío Médico. Era un hombre jovencísimo, con una tez singularmente rubia y un porte a la vez retador, ágil y provocativo. Calhoun calculó su edad como siete años menos que la suya propia, e inmediatamente le consideró irritantemente inexperto y poco

maduro, a causa de esa diferencia de edad.

—Es usted mi carcelero, ¿eh? —dijo el prisionero con brillantez, mientras entraba en la cabina—. ¿O se trata de algún truquito nuevo? Dicen que me devuelven a los míos. ¡Lo dudo!

—Es cierto —afirmó Calhoun—. ¿Quieres hacer el favor de cerrar la escotilla? Cuando lo hayas hecho despegaremos.

El joven le miró amistoso. Sonrió.

—No —dijo feliz—. No quiero.

Calhoun sintió una rabia innoble. No había habido gran intención en su petición. No podía ver tampoco ninguna en la negativa. Así que cogió al prisionero por el cuello y lo metió dentro de la escotilla.

—Pronto nos van a elevar —dijo con suavidad—. Si la puerta externa no está cerrada herméticamente, el aire escapará de la escotilla. Cuando lo haga, morirás. Yo no puedo salvarte, porque si esa puerta externa no está cerrada, todo el aire del navío escaparía si tratara de ayudarte. Por tanto, te aconsejo que la cierres bien.

Él cerró la puerta interna. Parecía asqueado. Murgatroyd le miró alarmado.

—¡Si tengo que tratar con los de esa clase —dijo Calhoun al «tormal»—, necesito alguna prueba de que haré lo que les diga, si no la consigo, me catalogarán igual que a sus padres!

El Navío Médico se agitó. Calhoun miró de reojo al dial del campo externo. La rejilla de aterrizaje móvil estaba cerrando su campo de fuerza. El pequeño navío se levantó. Subió y subió Calhoun pareció aún más enfermo. El aire en la escotilla se enrarecía rápidamente. Tres kilómetros de altura. Cinco…

Se oyeron frenéticos cohetes metálicos. El indicador decía que la puerta externa estaba cerrada herméticamente. Calhoun abrió la interna. El joven entró tambaleándose, sorprendentemente pálido y jadeando en busca de aliento.

—Gracias —dijo Calhoun con sequedad.

Se sujetó en la silla de control. Las pantallas viseras mostraban la mitad del universo en la pura oscuridad y el resto en una llama de multicolores chispas de luz. Mostraban nuevas estrellas apareciendo al borde de la monstruosa negrura. El Navío Médico ascendía todavía más rápidamente. Al poco la zona negra no fue solo la mitad de universo. Sino una tercera parte. Luego una quinta.

Una décima. Era un disco de pura oscuridad en una mediada de distantes soles.

El indicador de campo externo cayó bruscamente hasta cero. El Navío Médico flotaba en el espacio claro y libre. Calhoun probó el motor Lawlor, a tientas. Funcionaba. El Navío Médico emprendió un vasto rumbo curvo saliendo de la sombra del planeta oscuro. Allí estaba el sol Canis, llameando en el espacio. Calhoun efectuó algunas observaciones, ajustó un nuevo rumbo y el navío lo emprendió veloz con una aceleración no notada. Esto era, claro, el sistema de propulsión Lawlor, utilizado para distancias que comprendían solo millones de kilómetros.

Cuando el navío estuvo por completo en control automático, Calhoun giró en redondo para mirar a su involuntario compañero. Murgatroyd contemplaba al joven desconocido con intensa curiosidad. Este clavó sus ojos en Calhoun con cierta aprensión.

—Me llamo Calhoun —le dijo—. Soy del Servicio Médico. Este es Murgatroyd. Es un «tormal». ¿Quién eres y cómo te capturaron?

El prisionero adoptó al instante una pose de altivez.

—Me llamo Fredericks —dijo con suavidad—. ¿Qué ocurrirá ahora?

—Me dirijo a Canis III —contestó Calhoun—. En parte para dejarte en tierra. En parte para tratar de hacer algo sobre esta guerra. ¿Cómo te capturaron?

—Efectuaron un ataque —dijo el joven Fredericks con desdén—. Aterrizaron en un cohete en campo abierto. Pensamos que sería otra bomba de propaganda, como la que nos enviaron antes… diciéndonos que éramos bribones y cosas por el estilo. Fui a ver si había algo que me sirviera de diversión. Pero resultó que el aparato era mayor que lo corriente. No lo sé, pero habían aterrizado también hombres. Saltaron sobre mí. Eran dos. Me metieron en el cohete y despegaron. Luego nos recogieron y me trajeron aquí, donde usted aterrizó. ¡Trataron de hacerme un lavado cerebral! —rio con desprecio—. Me mostraron material científico que probaba que el sol de Phaedra iba a estallar y a cocinar el viejo planeta patrio. Me sermonearon diciendo que todos éramos estúpidos en Canis, hijos ingratos, etc.

Fredericks sonrió con superioridad.

—Sigue usted en la brecha, ¿eh? ¡Desconozco la ciencia, pero sé

que han estado mintiéndonos! ¡Mire! Enviaron la primera pandilla a Canis hace cinco años. No enviaron con ellos equipo, nada más que el imprescindible. Llenaron las naves de gente. Tenían los tripulantes veinte años de edad. ¡Tuvieron que sudar! ¡Tuvieron que sudar para sacar minerales, construirse equipo y tratar de edificar cobijos y sembrar comida! ¡Todo el tiempo estuvieron llegando más… enviados desde Phaedra con raciones de hambre, para dejar más espacio en las naves y ocuparlo con más enviados! ¡Recuerde, todos eran jóvenes! Tuvieron que sudar para no morirse de hambre, y siempre con gente nueva llegando. Todos, nada más arribar, tenían que ponerse al trabajo. Eso no lo sabía, ¿verdad?

—Sí —contestó Calhoun.

—¡Trabajaron con ahínco! —continuó desdeñoso Fredericks—. ¡Tanto las niñas como los muchachos! Cuando casi se habían puesto al corriente y se imaginaban que quizás al cabo de otro mes podrían respirar poco tranquilos, entonces los viejos de Phaedra empezaron a enviar criaturas más jóvenes. ¡Yo entre ellas! Contaba entonces quince años y caímos sobre Canis como una inundación. No había vivienda, ni comida, ni ropas de repuesto, pero los que ya estaban allí tuvieron que alimentarnos. Y nosotros debimos ayudarles trabajando. ¡Y trabajé! Construí casas, pavimenté calles, doblé cañerías para los servicios higiénicos y de alcantarillado… cañería que los muchachos mayores fabricaban… sembré el suelo y talé árboles. ¡Nada de descanso! ¡Nada de diversión! ¡Nos apilaban sobre Canis tan de prisa que no quedaba más remedio que trabajar o morir! ¡Y echamos raíces! ¡Entonces, comenzamos a pensar que quizás podríamos tomarnos un respiro, cuando comenzaron a descargar sobre nosotros criaturitas pequeñas! ¡Niños de diez años y de nueve, a los que había que alimentar y vigilar! ¡Niños de siete años a los que había que limpiar los mocos! Nada de diversión, nada de descanso…

Escupió colérico y despreciativo.

—¿Le contaron eso? —preguntó.

—Si —asintió Calhoun—. Me contaron eso y mucho más.

—Todo el tiempo —estalló malhumorado Fredericks—, nos gritaban de que el sol de la patria estaba creciendo. Que oscilaba. ¡Que en cualquier momento estallaría! ¡Nos mantuvieron asustados al afirmar que en cualquier segundo las naves dejarían de venir

porque ya no existirían, como tampoco existiría Phaedra! Y éramos buenos niños y niñas y trabajamos infernalmente. Tratamos de construir lo que necesitaban los niños que nos mandaban, y siguieron enviando criaturas más y más pequeñas. Llegamos hasta el punto de ruptura. ¡No podíamos mantener el ritmo! ¡Noche, día, cada día, sin diversión, sin descanso, sin nada excepto trabajar hasta que uno caía agotado y luego se levantaba apenas recuperadas fuerzas para caer cuando estas tornaran a acabarse!

Se detuvo.

Calhoun dijo:

—Así que dejasteis de creer que podía haber urgencia en la misión. Enviasteis a unos cuantos mensajeros a la patria para revisar y comprender. Y para ellos el sol de Phaedra parecía perfectamente normal. No de visible peligro. La gente mayor os mostró los archivos científicos y vuestros mensajeros no les creyeron. Decidieron que les habían engañado. Estaban cansados. Todos vosotros estabais cansados. La gente joven necesita diversión. Vosotros no la tenéis. Así que cuando vuestros mensajeros volvieron y dijeron que la emergencia era mentira… les creísteis. Pensasteis que la gente mayor estaba descargando simplemente en vosotros sus cargas, mediante mentiras.

—¡Lo sabíamos! —jadeó Fredericks—. ¡Así que renunciamos! ¡Habíamos hecho nuestra parte! ¡Íbamos a tomarnos tiempo libre y vivir un poco! ¡Llevábamos mucho retraso en diversiones! ¡Llevábamos mucho retraso en descanso! ¡Llevábamos mucho retraso simplemente en el mero hecho de disfrutar de la brisa! ¡Estábamos retrasados en todo. Habíamos sido esclavos, siguiendo normas fijadas, realizando planos, excavando agujeros y volviéndolos a rellenar —se detuvo—. Cuando dijeron que la gente mayor iba a trasladarse con nosotros, eso fue el colmo! ¡Somos humanos! ¡Tenemos derecho a vivir como humanos! Cuando se trató de construir más casas y plantar más tierra para que muchas más personas… y personas viejas más que nada… pudiesen mudarse y hacerse cargo de los mandos sobre nosotros, no aguantamos más. ¡Decidimos que nuestro trabajo debía ser para nosotros mismos! ¡Si venían los viejos, nunca lo obtendríamos! ¡No les importó que trabajásemos hasta morir! ¡Que se fueran al infierno!

—La reacción fue normal —dijo Calhoun—. Pero si su anunciación era equívoca, podía seguir siendo equívoca.

—¿Qué es lo que podría ser equívoco? —preguntó furioso Fredericks.

—La anunciación de lo que mentían —dijo Calhoun—. Quizás el sol de Phaedra está a punto de destruirse. Quizás vuestros mensajeros se equivocaron. Quizás se os dijo la verdad.

Fredericks escupió. Calhoun dijo:

—¿Quieres limpiar eso, por favor?

Fredericks le miró boquiabierto.

—Lávalo —continuó Calhoun. Y hizo un gesto reforzando sus palabras.

Fredericks rezongó. Calhoun aguardaba.

Murgatroyd dijo agitado:

—«¡Chee!»

Calhoun no se movió. Al cabo de largo rato, Fredericks tomó la bayeta y la pasó con desgana sobre el lugar en el que había escupido.

—Gracias —dijo Calhoun.

Se volvió al tablero de control. Comprobó el rumbo y consultó el informe de la inspección y Exploración sobre el sistema solar de Canis hecho medio siglo antes. Frunció el ceño. Al poco dijo por encima del hombro:

—¿Qué tal ha resultado el descanso? ¿Se sienten ya todos mejor?

—Tanto mejor —dijo Fredericks ominosamente—, por eso piensan mantener las cosas tal como están. ¡Los viejos nos enviaron un navío para aterrizar y nosotros cargamos la rejilla de aterrizaje de rocas y sembramos dicho navío con ellas! Vamos a levantar pequeñas rejillas por todas partes, para poder lanzar bombas… haremos buenas bombas… y si tratan de aterrizar en cualquier parte cerca de Canópolis, les bombardearemos. Y si lograsen el aterrizaje, haremos que se arrepientan. Hasta ahora solo se han atrevido a dejar caer propaganda impresa llamándonos todo lo peor de nuestro vocabulario.

Calhoun tenía el planeta interior, Canis III, firmemente en el centro de su pantalla directora. Dijo al desgaire:

—¿Qué hay de las criaturitas? Dices que la mayor parte de

vosotros habéis dejado de trabajar…

—No dan mucho trabajo —fanfarroneó Fredericks—. Lo hacemos automáticamente, gracias a nuestras ideas, para así poderlas cuidar y no perder manos en faenas poco productivas. Trajimos de la patria inventos. ¡El cuidado de los críos lo hacemos muy bien y sin muchas molestias!

Calhoun reflexionó. Si era posible una sociedad en la que no existiese la propiedad privada, tendría que ser esta sociedad compuesta exclusivamente por jóvenes. Ellos no querían el dinero como tal. Deseaban lo que se adquiere con él… ahora. No habrían capitalistas en un mundo poblado solo por la joven generación de Phaedra. Seria una clase interesante de sociedad, pero, sin embargo, para el futuro estaría marcada con ciertos caracteres de carencia.

—Pero —dijo Calhoun—, ¿qué hay de los niños pequeños? Me refiero a los que necesitan que se les cuide. ¿No los cuidaréis de manera automática?

—¡Casi, casi! —fanfarroneó Fredericks—. A unas cuantas chicas les gusta atender a los niños. En su mayoría son muchachas hogareñas. Pero hay demasiados pequeños. Así que conectamos para ellos un circuito psíquico con múltiples salidas. Algunas de las chicas juegan con un par de críos y eso deja satisfechos a los demás. Alguien estudió la ciencia prepsíquica en Phaedra y le enviaron con el resto para excavar agujeros y construir casas. Arreglamos ese dispositivo, para que la chica que lo prefiriese, se ocupara de cuidar a un par de críos. Hay muy buenos técnicos en Canis III. ¡Logramos salir adelante!

Evidentemente habían técnicos muy buenos. Pero Calhoun comenzó a sentirse asqueado. Un circuito psíquico, claro, no es en sí un aparato dañino. Formaba parte del equipo psiquiátrico individual, no del trabajo del Servicio Médico, y su valor estaba demostrado más allá de toda duda. En el uso clínico permitía al psiquiatra compartir la consciencia de su paciente durante entrevistas. Ya no tenía penosamente que interpretar los procesos mentales de su paciente según lo que le confesaba. Podía observar los procesos mentales en sí mismos. Podría rastrear las barreras, las llagas mentales, las ansias horribles e inhumanas que podían convertirse en obsesiones.

Sí. Un circuito psíquico era un aparato admirable en sí. Pero no

era nada bueno utilizándolo para cuidar a los niños.

Habría una gran habitación en la que centenares de criaturas pequeñas estarían sentadas en éxtasis llevando en sus cabezas los circuitos receptores psíquicos. Permanecerían quietecitos, sentados en silencio, muy quietecitos… riendo para sí, o murmurando. Lo estarían pasando maravillosamente. Cerca habría otro cuarto más pequeño en el que uno o dos niños jugarían. Habrían chicas mayores para ayudar a jugar a esos pocos críos. Con lo que ellos consideraban a cada segundo la atención de los adultos y con un profundo afecto por sus maestras parvularias, los niños que en realidad jugaban tendrían la mismísima perfección del placer infantil. Y su experiencia sería compartida por los compañeros que simultáneamente la conocerían y experimentaba completamente según sus propias sensaciones, por los centenares de otros críos sintonizados en el circuito psíquico. Cada cual experimentaría la emoción y sensación de aquellos que sinceramente y en verdad jugaban, se emocionaban y sufrían agradablemente.

Pero los niños tan felizmente contentos no harían ejercicios, no se sentirían estimulados para actuar ni para pensar, o para reaccionar por sí mismos. El efecto del cuidado de niños por circuito psíquico, sería el de las drogas que mantenían a las criaturas sin que necesitasen atención. Los niños meramente receptores perderían toda iniciativa, todo propósito, toda energía. Se habituarían a esperar a que alguien jugase por ellos. Y la proporción de muertes entre sus personas sería alta y en cambio bajaría el porcentaje saludable.

Y tuvo otro pensamiento todavía más feo. En una sociedad tal como la que debía existir en Canis III, habrían adolescentes y post adolescentes, capaces de asegurarse para sí increíbles y fascinantes placeres… una vez que comprendieran lo que podía lograrse con un circuito psíquico.

Calhoun dijo con llaneza:

—Dentro de media hora podrás comunicarte con Canópolis mediante espaciofono. Me gustaría que les llamaras. ¿Habrá alguien de servicio en la rejilla?

Fredericks contestó con negligencia:

—Siempre hay alguien por allí. Constituye un buen club. ¡Pero todos aguardan a que la gente mayor intente algo! ¡Si eso

ocurriese… la rejilla se ocuparía de contrarrestar el ataque!

—Aterrizaremos con o sin ayuda —afirmó Calhoun—. Pero si no les llamas antes y les convences de que alguien de los de su gente regresa de la guerra, quizás dispongan de nosotros utilizando la rejilla de aterrizaje.

Fredericks mantuvo su aire de altivez.

—¿Qué quiere que le diga de usted?

—Este es un Navío Médico —precisó Calhoun—. Según el acuerdo de la Organización del Tratado Interestelar la población de cada planeta puede elegir su gobierno. Todo planeta es necesariamente independiente. A mí no me importa quién gobierna, o con quién se comercia. Yo nada tengo que ver con otra cosa que no sea la salud pública. Pero habrán oído hablar de los Navíos Médicos. Tú lo oíste, ¿verdad?

—Sí… sí —asintió Fredericks—. Fuimos al colegio. Antes de que nos enviasen hasta aquí.

—De acuerdo —dijo Calhoun—. Ya podrás imaginarte lo que tienes que decir.

Volvió al tablero de control, contemplando cómo el disco del planeta crecía mientras el Navío Médico se acercaba más. Al poco extendió la mano y cortó el motor. Conectó el espaciofono.

—Adelante —dijo con sequedad—. Habla y convénceles de que aterricemos, o métenos en dificultades, como gustes.

IV

«Dicta la experiencia que cualquier seguridad, en cualquier momento, de que no hay nada equívoco o que todo va bien, debe ser considerada con recelo. Cierto que con frecuencia los doctores encuentran pacientes que ignoran la naturaleza de su mal y sus causas, y que además sus síntomas han aparecido tan lentamente y de manera tan gradual que ni se fijaron en ellos ni todavía han reparado en…»

Manual del Servicio Médico Interestelar, p. 68.

La de Canis III era una sociedad singular. Tras una larga y señaladamente irrelevante discusión por espaciofono, el Navío Médico descendió hasta el suelo arrastrado por las fuerzas de la rejilla de aterrizaje de Canópolis. Esto se consiguió con una pericia rayana en lo artístico. Quienquiera que manipulara los mandos, lo hizo con tan desapasionada perfección propia del joven capaz de manejar un mecanismo que entiende y adora. Pero no se dedujo de aquello que el operador hubiese estado pendiente con exclusividad a la perfección de tal tarea. Salió y sonrió al Navío Médico cuando este se posó, ligero como una pluma, en el espacio despejado y herboso del centro de la rejilla de aterrizaje de la ciudad. Era un zagal espigado que contaría diecisiete o dieciocho años.

Una pandilla —no una guardia— de edades similares vino a entrevistar a los dos que acababan de tomar tierra con la nave espacial. Fredericks citó dónde había estado trabajando y lo que hiciera y cómo le capturaron. Nadie se molestó en comprobar sus afirmaciones. Pero su edad era casi una garantía de que pertenecía a Canis. Cuando relató sus experiencias como prisionero entre los enemigos, toda posible muestra de recelo se disipó. La pandilla del espaciopuerto interpuso preguntas y vitoreó algunas de sus respuestas y se dieron palmadas unos a otros cuando su compañero

les narró algunas de las cosas que dijo e hizo en manos del enemigo, y habló con voz alta y fanfarrona de lo que ellos harían si las personas mayores trataban de llevar a cabo sus amenazas. Pero Calhoun no observó ningún real preparativo más allá de la perfecta condición de trabajo de la propia rejilla. Sin embargo, dicha rejilla debía defender adecuadamente al planeta… excepto en contra del espaciopuerto móvil que le había capturado a él.

Cuando le miraron en espera que adujera razones despectivas para con la gente mayor, Calhoun dijo fríamente:

Puesto que me lo preguntáis os confesaré que los «viejos» pueden apoderarse del planeta en cuanto se decidan a matar a unos pocos de vosotros para abrirse paso. ¡Una muestra de lo que os digo la encontraréis en el modo que tenéis de efectuar esta misma tarea en particular!

Se encresparon. Y Calhoun se maravilló de ver la organización tribal que se había desarrollado entre ellos. Lo que le había dicho Fredericks en el navío comenzaba a encajar a la perfección dentro de lo que anteriormente hubiera parecido ser pura teoría antropológica. Conocía ese extremo porque todo miembro del Servicio Médico ha de saber algo más que de simples enfermedades. También tenía que conocer a los humanos capaces de albergar tales pensamientos. Singularidades de la teoría de cultura-instinto comenzaron a asomar a su memoria y se aplicaron exactamente a lo que estaba descubriendo. Dice la teoría que las culturas tribales de las que provienen incluso los organismos sociales más civilizados… fueron invenciones no humanas. Los hechos fundamentales de la sociedad humana existen porque el instinto humano los dirige, en paralelo exacto al designio básico de las vidas sociales de las hormigas y abejas. Le parecía a Calhoun que estaba presenciando en directo la operación del instinto puro en las divisiones de funciones dentro de la sociedad que había encontrado.

Aquí, donde deberían haber montado una guardia para estar prevenidos contra cualquier asechanza del enemigo, halló jóvenes guerreros. Emprendieron esa tarea porque así se lo dictaba su instinto. Para los jóvenes era un impulso hereditario, propio de su edad, que les impelía a obrar como jóvenes guerreros en un puesto de peligro. Nada había más importante para ellos que su prestigio ante los camaradas. No deseaban sabiduría, ni seguridad, ni

familias, ni posesiones. El instinto del grupo de su edad les dirigía tan específicamente como generaciones sucesivas de insectos sociales igualmente dirigidos. Se movían a pandillas. Fanfarroneaban ostensiblemente. Vagaban de modo conspicuo y correrían riesgos lunáticos sin la menor razón justificativa.

Pero nunca construirían ciudades por sí mismos. Ese impulso era propio de hombres mayores. En particular el grupo-edad-guerrero seria capaz de mostrar una inmensa y admirable pericia en manejar cualquier cosa que les interesase, pero jamás crearían sistemas automáticos destinados a mantener en marcha una ciudad sin casi atenciones personales. Simplemente serían incapaces de tal previsión. Lucharían, discutirían y fanfarronearían. Pero si este mundo excéntrico había sobrevivido hasta ahora, es porque debía poseer una estructura tribal adicional… debía haber algún jefe más dedicado a la previsión que este brillante grupito de jóvenes que guardaban inadecuada mente y operaban a la perfección el mecanismo de un aparato del espaciopuerto que jamás habrían sido capaces de construir.

—Tengo que hablar con alguien de mayor categoría —dijo irritado Calhoun—. Un jefe en realidad… un caudillo. No es asunto mío la guerra que sostenéis con vuestros padres. Estoy aquí por cuenta del Servicio Médico. Se supone que he de revisar la situación de la sanidad pública en compañía de las autoridades locales e intercambiar con ellas información. Por lo que a mí respecta, este es un trabajo de rutina.

La afirmación no era del todo cierta. En algún sentido, Como el de prevenir muertes innecesarias, sí era rutina y con ese significado Calhoun tenía igual propósito en Canis III como en cualquier otro planeta al que le enviaran. Pero los azares de la sanidad aquí no constituían ninguna rutina Toda sociedad es un organismo. Forma un conjunto. La teoría del instinto dice que solo se puede sobrevivir como un total, que debe estar compuesto de tales y cuales partes. Esta sociedad había sufrido un trauma, por la predicha disolución del sol de Phaedra. Muchísimas vidas se perderían innecesariamente a menos que los resultados de esa experiencia traumática pudieran ser cicatrizados o sanados. Pero la obligación de Calhoun no debía presentarse ante aquellos jóvenes bajo tales términos.

—¿Quién manda en Canis III? —preguntó Calhoun—. Un tal

Walker dijo que su hijo era quien estaba al frente del gobierno aquí. ¡Se mostró también muy amargado a este respecto! ¿Quién se encarga de la distribución de alimentos y quién asigna a quién la misión de procurar más sustancias nutritivas, y quién procura que se atienda a los niños?

La pandilla del espaciopuerto le miró inexpresiva. Luego, alguien dijo:

—Nos turnamos en lo de procurar alimentos para nosotros mismos. Aquellos que aterrizaron primero en el planeta van por ahí gritando a todo el mundo. A veces exigen que se hagan cosas. Pero la mayoría se ha casado ya. Viven en un Centro que queda más allá. —Hizo un gesto. Calhoun lo aceptó como una dirección vaga e imprecisa.

—¿Puede llevarme alguien hasta ese centro? —Preguntó.

Fredericks dijo con grandilocuente.

—Yo lo haré. De todas maneras iba en esa dirección. ¿Quién tiene un Coche de superficie para dejarme? Mi novia estará preocupada por mí. Debe estarlo porque ignora que los viejos me hicieron prisionero.

Su petición de un vehículo fue acogida con desprecio. Había allí Coches de superficie, pero los que no necesitaban reparaciones estaban celosamente reservados para ciertos individuos y sus amigos más íntimos. Se produjeron murmullos. Al poco, un joven ceñudo accedió a llevar a Calhoun a la zona en general donde aterrizaron los colonos por primera vez… colonos que ahora se habían hecho serios y autoritarios, luego de erigir sus viviendas. Resultó molesto esperar mientras se discutía una cuestión tan sencilla con tanta dosis de vociferación. Cuando se llegó a zanjar la cuestión, Fredericks se había marchado ya disgustado.

El ceñudo joven sacó su coche de superficie. Calhoun subió. Murgatroyd, claro, no se quedó atrás. El vehículo era magnífico tanto en su aspecto como en sus cualidades. En su ajuste y mantenimiento se había derrochado raudales buen gusto y pericia. Al girar las ruedas salió disparado alcanzando inmediatamente una gran velocidad. Todos los jóvenes conducían con escalofriante descuido y pericia. Atravesó la ciudad en pocos minutos y a una velocidad que apenas permitió a Calhoun captar de la urbe fugaces atisbos. Pero logró ver que parecía casi deshabitada.

Canópolis había sido erigida por los jóvenes de Phaedra según los planos hechos por sus mayores con la misión de recibir inmigrantes procedentes del planeta madre. Se edificó con prisa frenética y se utilizó solo como depósito receptor. Necesitábase una labor desapasionada y dedicada y mantenida hasta el agotamiento para construir aquella ciudad y el resto de las facilidades coloniales con el fin de terminarlo todo antes del plazo ignorado para la muerte del mundo patrio. Pero ahora sus constructores se habían hastiado de ella. Se la veía prácticamente vacía. Los últimos en llegar se desparramaron por lugares en donde las fuentes de suministro de alimento estuvieran más cerca y fuera posible el modo más satisfactorio de vida. Se veían ventanas rotas y paredes en ruinas. Por todas partes aparecía el desorden y suciedad. Sin embargo, se tomaron grandes molestias en la edificación.

La Ciudad terminaba y una gigantesca pila de estructura dejaron rápidamente atrás. Las carreteras estaban improvisadas. Podrían perfeccionarse muchos después. A través del horizonte se veían poblados diminutos… eventuales por diseño, porque había mucha necesidad, desesperada para muchos en tan escaso espacio de tiempo.

El coche se detuvo con un chirriar de frenos al borde de uno de aquellos grupitos de casitas. Una mujer corrió a esconderse. Un hombre apareció a la vista. Otro, y otro, avanzaron amenazadores hacia el Coche.

—Baje —dijo ceñudo el conductor. Sonrió débilmente—. No me quieren aquí. Pero les animé un poco, ¿eh?

Calhoun bajó del vehículo. El Coche giró sobre un par de ruedas y regresó raudo hacia la Ciudad, su Conductor volviéndose para hacer un gesto despreciativo a los hombres que habían aparecido. Eran todavía muy jóvenes… más que Calhoun. Le miraron con serenidad. Gruñó para sí. Luego bramó:

—Busco a alguien llamado Walker. Se supone que es el principal hombre aquí.

Un joven dijo con sorna:

—Yo soy Walker. Pero no soy el principal. ¿De dónde viene? Con uniforme del Servicio Médico y un «tormal» sobre el hombro, no es uno de nosotros. ¿Ha venido a convencernos de que cedamos ante Phaedra?

Calhoun rezongó.

—Traigo un mensaje de que provendrá un ataque del espacio dentro de tres días, pero ninguna noticia más de Phaedra. Soy un hombre del Servicio Médico. ¿Qué tal es la situación sanitaria? ¿Cómo estáis equipados de médicos, etc.? ¿Qué hay de hospitales? ¿Cuál es la proporción de muertes?

El joven Walker sonrió salvajemente.

—Esto es una nueva colonia. Dudo que hayan cien personas en el planeta desde más allá de veinticinco años. ¿Cuántos médicos debería haber en una población como la nuestra? No creo que haya tampoco un coeficiente de mortalidad. ¿Sabe usted como vinimos aquí?

—Tu padre me lo dijo —contestó Calhoun—, en la base militar del planeta vecino externo. Se están preparando para un ataque… y me pidieron que os previniese. Dentro de tres días.

El joven Walker rechinó los dientes.

—No se atreverán a atacar. Los destrozaríamos si lo hicieran. ¡Nos mintieron! Nos obligaron a trabajar hasta la muerte…

—¿Y no hay coeficiente de mortalidad? —preguntó Calhoun.

El joven frunció el entrecejo.

—Es inútil discutir con nosotros. ¡Este es nuestro mundo! ¡Nosotros lo hicimos y lo conservaremos! ¡Nuestros padres ya nos hicieron hacer un ridículo bastante grande!

—¿Y no tienen problemas sanitarios en absoluto?

El sardónico joven dudó. Uno de los otros dijo fríamente:

—Hazle feliz. Déjale que hable con las mujeres. Están preocupadas por algunos de los críos.

Calhoun lanzó un privado suspiro de alivio. Estos jóvenes relativamente maduros eran los colonos llegados en primer lugar. A su cargo corrió la más dura de todas las tareas, la de mantener las nuevas generaciones, asignada por los adultos de Phaedra. Hicieron la labor más agotadora y por ellos les cayeron las responsabilidades más urgentes. Habían trabajado y esforzado hasta el máximo. Por último habían llegado a una decisión fruto de la desesperación.

Pero en apariencia las cosas podrían ser mejores. Esa es la costumbre, en todas partes, de que las mujeres se aderecen de la manera mejor posible para resultar atractivas a los hombres. Las jovencitas, en particular, adoptarían cualquier tradición que fuese

probada con sus futuros maridos, y en una sociedad a formar de modo nuevo, sorprendentes tradiciones nuevas podrían iniciarse. Pero no había ocurrido así. Los instintos profundamente enraizados aún funcionaban. Mujeres, jóvenes mujeres, chicas aún, seguían sintiendo interés por los niños pequeños que ni siquiera eran suyos propios. Y la historia de Fredericks…

—Por todos los medios —asintió Calhoun—, si va algo mal con la salud de los niños…

El joven Walker hizo un gesto y se volvió hacia las casas. Frunció el ceño mientras caminaba. Al poco dijo a la defensiva:

—Probablemente se habrá fijado que no hay mucha gente en la ciudad.

—Sí —contestó Calhoun—. Me fijé.

—Todavía no estamos del todo organizados —dijo Walker, aún más a la defensiva—. No hacíamos nada excepto edificar. Teníamos que organizarnos antes de instalar un sistema económico regular. Algunos de los recién llegados no saben otra cosa excepto construir. Cuando estén preparados para eso, la ciudad será ocupada. Tendremos un sistema tan sonado para la producción y distribución de bienes como en cualquier otra parte Pero acabamos de terminar una revolución. En cierto sentido, aún estamos en ella. Pero dentro de poco este mundo será muy parecido a cualquier otro… solo que mejor.

—Comprendo —dijo Calhoun.

—La mayor parte de la gente vive en pequeñas colonias, como esta… cerca de las cosechas que cultivamos. La gente se produce su propio alimento, etc. En cierto modo usted puede pensar que somos primitivos, pero tenemos algunos buenos técnicos. Cuando se acostumbren a no tener que trabajar para la gente mayor y terminen haciendo cosas solo por si mismas… nos desenvolveremos bien. Después de todo, no se les adiestró para hacer un mundo completo. Solo para preparar un planeta para la gente mayor de Phaedra. ¡Sin embargo lo hemos ocupado nosotros mismos!

—Sí —asintió Calhoun educadamente.

—Produciremos las otras cosas —continuó el joven Walker con aire de truculencia—. Tendremos dinero y crédito, y nos contrataremos uno a otro, etc. Ahora lo que más preocupa a todo el mundo es defendernos.

—Sí volvió a asentir Calhoun.

—Los mayores de nosotros estamos casados —continuó Walker con firmeza—, y sentimos la responsabilidad y mantenemos las cosas bien a raya. También nos engañaron, sin embargo y eso no lo perdonamos. y no dejaremos que la gente mayor trate de gobernarnos cuando hemos demostrado que podemos fabricar y gobernar a un mundo nosotros propiamente.

Calhoun no dijo nada. Llegaron a una casa.

Walker se volvió para entrar, haciendo un gesto a Calhoun para que le acompañase.

Walker se paró un momento antes de continuar:

—Dije que teníamos técnicos. Algunos de ellos construyeron un aparato para ayudar a cuidar a los niños. Es inofensivo. Pero quieren utilizarlo para espiar a la gente mayor con él. ¡Para espiarnos! Invasión de intimidad. No nos gusta… bueno… tratan de instalar circuitos psíquicos cerca de nuestras casas. Creen… que es divertido… saber lo que la gente dice y hace.

—Los circuitos psíquicos pueden ser útiles —observó Calhoun—, o convertirse en cosa monstruosa. Por otra parte…

—¡Eso no lo haría ningún hombre decente! —saltó el joven Walker—. Y ninguna chica querría tener que ver nada con nadie… ¡Pero siempre hay algunos locos estúpidos!

—Tú lo has descrito —dijo Calhoun con sequedad—, una clase criminal. Solo que en vez de robar las posesiones de otra gente, quieren robarle sus sensaciones. Cosa de chismorrería, de escuchar en lo que otra gente siente hacia aquellos a quien ama, también como lo que dicen y hacen. En cierto modo se trata de un problema de delincuencia, ¿no?

—No puede haber civilización sin Problemas —dijo Walker—. Pero vamos a… abrió la puerta. Mi esposa trabaja con los críos que la gente mayor nos cargó a la espalda. Sígame por aquí.

Hizo un gesto indicando a Calhoun el interior de la casa. Era uno de los refugios construidos durante el frenético programa de construcción diseñado a proporcionar un refugio de emergencia para la población de todo un planeta. Era la más tosca de las construcciones hechas a máquina. Los suelos estaban sin acabar, las paredes sin enlucir. Se veía el equipo. Pero se advertía que se hicieron intentos por remediar algo de la tosquedad. Se emplearon

colores para un aspecto más hogareño.

Cuando salió una chica de la habitación contigua, Calhoun entendió por completo. Era mucho más joven que su marido, pero no en exceso. Miró a Calhoun con aquella ansiedad con la que una ama de casa mira siempre a un visitante inesperado, confiando en que no se fije en los defectos.

La joven esposa tenía todos aquellos instintos femeninos que son mucho más viejos que la tradición. Obligaciones y lealtades pueden ser apartadas a un lado, pero la idea de su papel de una ama de casa es inmutable.

—Se trata de un hombre del Servicio Médico —dijo con laconismo Walker, señalando a Calhoun—. Le dijo que habían problemas sanitarios en alguno de los niños —volviéndose a Calhoun añadió con sequedad—: Esta es Elsa, mi esposa.

Murgatroyd exclamó:

—«¡Chee!» —que estaba colgado al cuello de Calhoun. De pronto se sintió tranquilizado. Descendió al suelo. Elsa le sonrió.

—¡Es dócil! —dijo encantada—. Quizás… Calhoun extendió la mano. Ella la tomó. Murgatroyd, tambaleándose, le alargó su propia zarpa negra. En lugar de conflicto y odio, aquí, Murgatroyd parecía percibir una sociabilidad amable tal como a la que estaba acostumbrado. Se sentía más en su casa. Comenzó inmediatamente a actuar como el ser humano al que le gustaba parecerse.

—¡Es encantador! —exclamó la muchacha—, ¿Puedo enseñárselo a Jack?

El joven Walker contestó:

—Elsa ha estado ayudando a cuidar a los niños pequeños. Dice que hay algo en el asunto que no comprende. Se ha traído aquí a uno de los niños. Sácalo, Elsa.

La chica desapareció. Un momento más tarde entró con un niño pequeño. Probablemente tendría seis o siete años. Ella le llevaba en brazos. Estaba delgado. Los ojos brillantes. Pero se mostraba en sus brazos completamente pasivo. Ella le dejó en una silla y él miró en su torno lo bastante despierto, pero no se movió. Vio a Murgatroyd y su expresión se tornó radiante. Murgatroyd fue hasta el humano que era casi de su propio tamaño. Tambaleándose, le ofreció la zarpa una vez más. El muchacho rio, pero su diestra permaneció en el regazo.

—¡No hace nada! —dijo Elsa apenada—. Que funcione los músculos, pero no quiere moverlos. Se limita a sentarse y espera a que le hagan las cosas. ¡Actúa como si hubiese perdido la idea del movimiento, o de hacer algo en absoluto! ¡Y… eso empieza a mostrarse entre los demás niños! ¡Simplemente se sientan! ¡Son bastante listos… ven y comprenden… pero se quedan quietecitos y sentados!

Calhoun examinó al muchacho. Su expresión aumentó de impasibilidad cuidadosamente. Pero parpadeó mientras el fonendoscopio tocaba brazos y piernas. Los músculos eran casi como mantequilla. Cuando se incorporó, a su pesar, tenía la boca descompuesta en una mueca. La esposa del joven Walker preguntó ansiosa:

—¿Sabe usted lo que le pasa?

—Básicamente, sí —dijo Calhoun con una especie de desesperada ironía—. Está en plan de rebeldía. Al igual que vosotros estáis en rebeldía contra Phaedra, él se revela contra vosotros. Vosotros necesitáis descanso que no tuvisteis y recreos que no pudisteis tener por aquel trabajo agotador bajo una carga más pesada minuto a minuto durante años. Por eso os rebelasteis y encontrasteis una estupenda justificación para la guerra que habéis comprometido. Pero él tiene una necesidad de algo que no tuvo también. Así que se revela contra su falta… al igual que vosotros… y se morirá como os pasará a todos vosotros exactamente por la misma causa final.

Walker frunció el Ceño amenazador.

—¡No comprendo lo que usted dice! —exclamó con dureza.

Calhoun se humedeció los labios.

—Hablo dejando aparte mi profesionalidad. La verdadera causa de sus dificultades presentes y de las vuestras futuras es que hay que destruir un sistema social, que ha sido ya destruido, quiero decir. Las partes no pueden vivir por sí mismas. Y desconozco qué medidas médicas deben tomarse para cuidar a una civilización herida. Como doctor, puedo ser derrotado. Pero preferiría comprobar… Digamos, a propósito ¿os dije que la flota de guerra de Phaedra va a atacar dentro de tres días?

V

«… La verdad es el concordar de una idea con una cosa. Muy a menudo el individuo falla en descubrir la verdad acerca de alguna materia porque descuida informarse sobre algo. Pero todavía con mayor frecuencia, la verdad no se encuentra nunca porque alguien se niega a sostener una idea…»

Manual del Servicio Medico Interestelar, pp. 101 y 102.

El primer día Calhoun recorrió ceñudo el trecho de terreno que llevaba hasta las chozas alzadas para los jóvenes colonos que llegaron primero cuando los navíos empezaron a descargar chicos realmente pequeños en la rejilla de Canópolis. Las chozas no se parecían demasiado a los orfanatos, claro, pero los adultos habían puesto a la joven generación de Phaedra en una difícil situación. En el tiempo que se conoció la inminente explosión solar, el asunto pudo manejarse con mejor tacto. Actualmente, la explosión llevaba un retraso —con respecto a las previsiones hechas— de casi cinco años a partir del descubrimiento de que ello podría ocurrir. Si se hubiera predicho tal retraso, los hombres mayores y muchas máquinas se habrían enviado primero. Pero el estallido no se podía calcular. Era cuestión de probabilidades. Tales y cuales variables arrítmicas deberían coincidir tarde o temprano. Cuando lo hicieran… se produciría la catástrofe final. El sol ardería de manera terrible y destruiría toda la vida en su sistema solar. Podría calcularse de que las probabilidades de que esto ocurriera en el término de un año estaban igualadas; de que lo hiciera dentro de un bienio, el momio podía fijarse en dos contra uno, y de cinco a uno a que la catástrofe se produciría dentro del quinquenio. Las probabilidades en contra de que Phaedra sobreviviera más tiempo resultaban enormes. La gente del mundo madre había tenido ya un

lapso altamente improbable.

Pero el frío sentido común habían hecho lo más sensato. Trataron de salvar primero a aquellos de sus hijos capaces de cuidarse de sí mismos, y añadieron otros en cuanto se atrevieron. Pero la carga que recayó sobre los jóvenes colonos había sido monstruosa. Incluso los adultos habían mostrado tendencia a la rebeldía sufriendo tan agotadora presión como la de explotar minas, edificar, arar y sembrar, que fue la tarea encomendada a los jóvenes. Apenas tuvieron nunca nada más que lo escasamente indispensable para comer… y siempre habían en camino muchas bocas más. Jamás tuvieron un refugio extra y, cargamentos de chicos más y más jóvenes, llegaban constantemente, cada uno necesitando más cobijo y cuidado que su antecesor. Y todavía estaba allí por prepararse el mundo para que lo ocuparan los adultos.

Calhoun conoció a las chicas que se habían dedicado por sí mismas al cuidado de los niños casi huérfanos. Se mostraban con aires de autoridad bastante conmovedores ante los niños más pequeños. Pero, en ocasiones, eran capaces de llegar hasta la ferocidad. A veces tenían necesidad no de defender a sus pupilos sino a ellas mismas contra los osados avances románticos y torpes de adolescentes pervertidos que las consideraban fascinadoras.

Lo habían hecho muy bien, hasta ahora.

Los niños pequeños eran exactamente igual a lo que anticipara Calhoun… en todos los sentidos. El chavalito que Calhoun vio primero era un caso extremo, pero los resultados de jugar por un medio remoto eran visibles por doquier. Calhoun inspeccionó atentamente uno tras otro a todos los refugios infantiles. Se notó vigilado ansiosamente por los rostros serios juveniles de las muchachas. Pero todas rieron cuando Murgatroyd trató de imitar las acciones de Calhoun al tomar temperaturas y cosas por el estilo. Sin embargo, se le tuvo que detener cuando intentó hacer un raspado de garganta al igual que Calhoun había hecho con pura rutina.

Después de la cuarta de tales inspecciones, dijo a Elsa:

—No necesito ver más. ¿Qué ha sido de los chicos de la misma edad que estas muchachas enfermeras… los de trece, catorce y quince años?

Elsa contestó con cierta incomodidad:

—En su mayoría se encuentran en la espesura. Cazan, pescan y exploran. No se interesan por las chicas. Algunos cultivas cosas… no creo que, de no hacerlo, hubiese bastante comida, aunque no tienen que alimentar a nadie.

Calhoun asintió. En todas las ciudades de la galaxia, los niños pequeños de ambos sexos se veían por doquier, y chicas entre los diez y los veinte años, y adultos. Pero el grupo de muchachos de esa misma edad que él mencionase siempre resultaba invisible. Se congregaban pandillas lejos de la vista del público y se comprometían en juegos aventureros y en exploraciones del todo fútiles. Por todas partes el grupo de esa edad trataba de aparecer autosuficiente.

—Será mejor que tu marido trate de reunir unos cuantos de esos —dijo Calhoun, con una cuidadosa impasibilidad—. Tal y como lo recuerdo, son capaces de albergar alguna idea bastante admirable del deber… durante un ratito. Necesitaremos dentro de poco buena cantidad de esos románticos.

Elsa ahora tenía fe en Calhoun, porque parecía interesarse por los niños. Pero dijo con aire infeliz:

—¿De veras cree usted que… la gente mayor atacará? He madurado desde que llegamos aquí. Los que vinimos primero somos casi iguales a la gente de Phaedra… en cierto sentido. Estos jóvenes están propensos a mostrarse recelosos con respecto a nosotros porque… tratamos de guiarles.

—Si tratas de confesarme que piensas que hay dos aspectos en esta guerra, tienes toda la razón —la dijo Calhoun—. Pero veamos lo que puede hacer tu marido acerca de reunir a algunos de los miembros de la comunidad que se dedican a la caza y a la pesca. Yo tengo que regresar a mi navío.

Consiguió que le llevasen en coche hasta la rejilla de aterrizaje. No fue Walker quien lo hizo, sino otro de los casi hombres de veinticinco años o así, procedente del poblado o refugio de los colonos de la primera ola. Era uno de esos que trabajaban con Walker desde los comienzos y que al igual que él se mostraba de lo más amargado. Ahora se encontraba a sí mismo como un miembro de la generación más antigua. Aún sentía amargura contra la gente de Phaedra, pero…

—¡Todo este asunto es un lío! —dijo sombrío mientras conducía por la casi desierta ciudad en dirección a la rejilla de aterrizaje—. Tenemos que imaginar un modo de organizar las cosas que sea mejor que el antiguo estilo. ¡Pero la falta de organización tampoco es buena! ¡Poseemos unos cuantos jóvenes duros a los que les gusta esa desorganización, pero tendremos que domesticarlos!

Calhoun tenía también sus propios recelos inquietos. Siempre habrían ideas espléndidas de sistemas sociales que convertirían a la tierra en paraíso para sus habitantes. Aquí, por casualidad, se encontraba un mundo habitado solo por la juventud. Trató de dejar a un lado, de momento, que se sintiera infelizmente seguro de lo que descubrirían en el navío. Intentó pensar en esta en apariencia perfecta oportunidad para una nueva y mejor organización de las vidas humanas.

Pero no podía creer en ello. La teoría del instinto-cultura está muy bien elaborada. El Servicio Médico consideraba probado hasta el concepto de que el sistema básico de las sociedades humanas es instintivo más que evolucionado por las pruebas y los errores. El ser humano individual pasa a través de una serie de sistemas instintivos que le encajan en diferentes épocas para realizar funciones distintas en una organización social que puede variar, pero que nunca cambia en su esencia. Tiene que hacer uso esta organización de las funciones sucesivas de sus miembros a las que se ven impulsados por el instinto. Si no utiliza sus miembros, o reprime los instintos, no puede sobrevivir. Los intentos más letales en prueba de las sociedades noveles no solo procuraban igualar a todos sus miembros, sino que intentaban hacerles iguales sin consideración a su edad. Lo que no podía resultar.

Calhoun pensó infeliz en las pruebas que quería efectuar en el Navío Médico. Mientras el coche de superficie doblaba hasta el gran centro abierto de la rejilla, dijo:

—Mi tarea es realizar un Servicio Médico. No puedo aconsejaros cómo planear un mundo nuevo. Si pudiera, no lo haría. Pero quien quiera que tenga autoridad aquí, será mejor que piense en las dificultades que se presentan muy inmediatas.

—¡Lucharemos si ataca Phaedra! —respondió sombrío el conductor—. ¡Nunca llegarán vivos hasta el suelo, y si lo hacen… lo lamentarán!

—Yo no pensaba en Phaedra —dijo Calhoun.

El coche se detuvo cerca del Navío Médico. Bajó. En su ausencia se había intentado entrar en la nave. La pandilla que ocupaba el edificio de control y en teoría protegía a Canis III contra el ataque del firmamento, había intentado satisfacer su curiosidad con respecto a la pequeña nave. Incluso utilizaron sopletes sobre el metal. Pero no consiguieron penetrar. Calhoun sí. Murgatroyd parloteó agudamente cuando le colocó en el suelo. Correteó aliviado por la cabina, disfrutando de encontrarse una vez más en un medio ambiente familiar. Calhoun no le prestó atención. Cerró y aseguró la escotilla de aire. Conectó el espaciofono y dijo al poco:

—Navío Médico «Esclipus Veinte» llamando a la flota Phaedriana. Navío Médico «Esclipus Veinte» llamando…

El altavoz por poco le ensorda cuando alguien le gritó por otra unidad de espaciofono desde la rejilla de control.

«¡Eh! ¡Usted, el del navío! ¡Basta de eso! ¡No se puede hablar con el enemigo!»

Calhoun rebajó el volumen de entrada y dijo con impaciencia:

—Navío Médico «Esclipus Veinte» llamando a la flota de Phaedra. ¡Adelante, flota de Phaedra! ¡Navío Médico «Esclipus Veinte» llamando…!

Se oyó un coro de gritos desde el edificio próximo. La guardia abigarrada, acalorada y auto-dominada de la rejilla que había intentado entrar en el Navío por causa de la curiosidad, estaba indignada cuando Calhoun hizo algo que desaprobaban ellos. Con su alboroto imposibilitaron que escuchara una respuesta de la flota espacial presumiblemente por encima de sus cabezas. Pero al cabo de un momento alguien en la torre de control, evidentemente apartó a un lado los demás y gritó:

«¡Usted! ¡Siga con eso y le destrozaremos! ¡Podemos hacerlo mediante la rejilla!»

Calhoun contestó con sequedad:

—Navío Médico a control. Tengo algo que deciros. Supongamos que me escucháis. Pero no por espaciofono. Que vuestro mejor técnico salga y entonces se lo diré por altavoz.

Cortó el espaciofono y aguardó. Del edificio de control salió una erupción de jóvenes indignados. Al cabo de un momento vio al zanquilargo que sonriera con orgullo cuando hizo aterrizar el Navío

Médico con absoluta perfección. Los otros gritaban y agitaban el puño en dirección a la nave.

Calhoun sacó el altavoz exterior… utilizado normalmente para comunicación con una brigada terrestre antes del despegue.

—Estoy preparado para el viaje con superimpulsión —dijo Calhoun—. Tengo cargadas hasta el máximo mis células Duhanne. Si tratáis de formar un campo de fuerzas en torno a este navío, soltaré la mitad de una docena de cargas de superimpulsión en un solo chorro que os quemará todas las bobinas que tenéis. ¿Y entonces cómo pelearéis contra los navíos de Phaedra? Voy a hablar con ellos por espacio. Escuchad si queréis. Registrad la conversación. ¡Pero no tratéis de molestarme!

Volvió a poner en marcha el espaciofono y pacientemente reanudó su llamada:

—¡Navío Médico «Esclipus Veinte» llamando a la flota de Phaedra! ¡Navío Médico llamando a la flota de Phaedra…!

Vio en el exterior, en el edificio de la rejilla de control, una violenta discusión. Algunas de las figuras jóvenes estaban furiosas. Pero el que manipuló la rejilla tan profesionalmente, se enfrentó con ellos. Calhoun no había hecho una vana amenaza. Toda rejilla de campo podía ser volada. Una rejilla podía volar por causa de uno de los navíos según manipulase. Cuando una nave como la de Calhoun entraba en superimpulsión, emitía algo de la clase de cuatro onzas de pura energía para formar un campo en el que poder viajar más allá de la velocidad de la luz. En términos de caballos de fuerza o kilovatios/hora, esa cantidad no tendría significado. Era demasiado grande. Formaba una cantidad de energía cuya masa se encontraba próxima a las cuatro onzas. Cuando el navío salía de superimpulsión, esa energía era recuperada y almacenada. La pérdida era despreciable, comparada con el total. Pero quedaba suelta en el campo de fuerza de una rejilla, incluso tres o cuatro cargas las cuales destruirían por completo el equipo de la rejilla.

Calhoun obtuvo una respuesta del vacío cuando los miembros del grupo junto al edificio de control se citaban unos a otros y entraban a escuchar con amarga incomodidad y recelo lo que hablaba con el enemigo.

—«La flota de Phaedra llamando» —dijo una voz gruñona en el altavoz del espaciofono—. «¿Qué es lo que usted quiere?»

—Ejercitar mi autoridad como oficial del Servicio Médico —dijo con energía Calhoun—. Os advierto que declaro ahora a este planeta bajo cuarentena. Todo contacto con él desde el espacio queda prohibido hasta que las condiciones sanitarias aquí estén controladas. Informar a las demás espacionaves y a cualquier otro espaciopuerto que estén en contacto, de esta cuarentena. Fin del mensaje.

Silencio. Un largo silencio. La voz gruñona jadeó.

—«¿Qué es eso? ¡Repítalo!»

Calhoun lo repitió. Cortó el fono y desembaló las raspadoras de garganta que usara en los cuatro refugios infantiles que visitó. Abrió su equipo de laboratorio. Puso una disolución de una de las raspaderas de garganta en un porta cultivos que permitía a los organismos vivos ser examinados mientras se multiplicaban. Comenzó a comprobar sus sospechas altamente especificas. Al poco estaba probándolas con toques minúsculos de diferentes anticuerpos. Hizo unas toscas pero razonables y seguras identificaciones. Su expresión se hizo muy, pero que muy sombría. Cogió otra muestra de raspado y la sometió al mismo proceso. Una tercera, una cuarta, una quinta y una décima. A cada instante su expresión crecía en aspereza.

Se ponía el sol cuando martillearon el casco del navío. Conectó el micrófono y el altavoz.

—¿Qué queréis? —preguntó llanamente.

La voz del joven Walker llegó desde la creciente oscuridad. Las pantallas mostraron una docena o más de habitantes de Canis III arremolinándose furiosos en su torno. Algunos eran de la edad de los jóvenes guerreros. Se enzarzaron en una amarga discusión. Pero el joven Walker, y cuatro o cinco que le acompañaban, se encaminaron al navío con ominosa tranquilidad.

—«¿Qué es esta tontería acerca de la cuarentena?» —preguntó con voz áspera Walker desde el exterior—. «No es que tengamos miedo a perder el comercio espacial, ¿pero qué significa eso?»

—Significa que los coeficientes de vuestro valiente nuevo mundo son una basura —le contestó Calhoun—. Habéis mantenido quietos a los niños con circuitos psíquicos y no han comido adecuadamente ni hecho el ejercicio necesario. Se encuentran débiles, desnutridos y también indefensos y flojos por no haber jugado por cuenta propia.

Son como los chiquillos míseros solían ser en las épocas pasadas. Aquí, en Canis III, estáis a punto de barreros vosotros mismos. Quizás ya lo habéis hecho.

—«¡Usted está loco!» —respondió Walker. Pero se le notaba trastornado.

—En los cuatro refugios que visité —dijo Calhoun con tono terrible—, localicé cuatro casos de temprana difteria, dos de tifoidea, tres de escarlatina y viruela y muestras de casi cualquier otra enfermedad que podáis conocer. Los chicos han estado desarrollando estas enfermedades por la debilidad y la falta de reserva de infecciones que los humanos siempre llevamos con nosotros. Han llegado a la etapa contagiosa antes de que les viese… pero todos los chicos son mantenidos tan quietos que nadie se fijó que estaban enfermos. Se han contagiado unos a otros y a sus enfermeras y por tanto a toda vuestra población general de todas las infecciones necesarias para una epidemia múltiple de primera clase. Y no tenéis médicos, ni antibióticos… ni siquiera practicantes para administrar inyecciones si las tuvieseis.

—«¡Usted está loco!» —repitió el joven Walker—. «¡Loco! ¿No es esto una treta de Phaedra para hacer que nos rindamos?»

—La treta de Phaedra —dijo Calhoun con tono más terrible que antes—, es una bomba atómica que van a dejar caer dentro de esta rejilla de aterrizaje, con cuarentena o sin cuarentena, dentro de dos días más. Considerando la situación total, no creo que eso importe mucho.

VI

«… La más difícil de las empresas es asegurarse la cooperación de los demás en empresas en que estos otros no pensaron primero…»

Manual del Servicio Médico Interestelar, p. 189.

Calhoun trabajó toda la noche, cuidando e inspeccionando los incubadores de cultivos que formaban parte del equipo técnico del Navío Médico. En la nave, diluyó las raspaduras y las, examinó microscópicamente. Estas raspaduras las había tomado de los refugios infantiles, precisamente de las gargantas de los niños. Se sintió depresivamente seguro de que sus peores augurios como médico tomaban cuerpo… todo aquello era causa y detalle del sistema de circuitos psíquicos sobre los niños descrito de manera tan fanfarrona por Fredericks. Pudo haber redactado el informe de sus presentes resultados por anticipado, tras echar una mirada a la criatura llamada Jack que le enseñó la joven esposa de Walker. Pero le sabía mal encontrar que la información objetiva estaba de acuerdo con lo que predijese teóricamente.

En cada cuerpo humano hay siempre gérmenes. El proceso de la buena salud es en parte un combate continuo con infecciones ligeras que pasan inadvertidas. A causa de las victorias sobre las pequeñas invasiones, un cuerpo humano adquiere defensas contra mayores invasiones contagiosas. Sin tales victorias y constantes, el cuerpo deja de mantener fuerte sus defensas contra las cabezas de puente de la infección. Pero la desnutrición e incluso el agotamiento, podían debilitar un cuerpo una vez admirablemente equipado para esta especie de guerra de guerrillas.

Si un niño mal nutrido fracasaba en vencer en una escaramuza, podía verse abrumado por un contacto que la misma criatura jamás habría conocido de haber sido algo más fuerte. Pero, abrumado, el niño se convierte en un caso esporádico de enfermedad… un caso no rastreable hasta ningún otro caso clínico. Y luego, es origen de otra epidemia. En condiciones de miseria una enfermedad

desconocida durante años puede despertar y extenderse como el fuego en la hierba seca. Con la mejor de las intenciones y gran ingenuidad técnica, la joven generación de colonos de Canis III había hecho ese proceso inevitable entre las criaturas que fueron su última carga impuesta. Los niños estaban faltos de ejercicio, bajos sus estímulos y por tanto igualados en apetito y nutrición. Y resulta un axioma del Servicio Médico que un solo niño mal nutrido puede poner en peligro a todo un planeta.

Calhoun demostró el hecho con abrumadora certidumbre. Sus cultivos deslumbraron incluso a él mismo. Pero al amanecer había aplicado ya las capacidades especiales genéticas de Murgatroyd a los cultivos.

Murgatroyd dijo: «¿Chee?» en un tono de protesta, cuando Calhoun hizo lo que era necesario en aquel trocito pequeño de su flanco que era del todo insensible.

Pero luego Murgatroyd se sacudió y con admiración miró ceñudo a Calhoun, imitando su aire intenso y preocupado que el médico portaba en aquellos instantes. Luego siguió a Calhoun casi de buen humor, plantado sobre sus cuartos traseros, a la manera humana, haciendo ajustar imaginarios aparatos, al igual que hacía Calhoun, muy adelantado en el tiempo a lo que él esperaba que ocurriría.

Al poco, Murgatroyd, cansado, un poco antes que lo corriente, se fue a dormir. Calhoun se inclinó sobre él y auscultó su ritmo respiratorio y los latidos del corazón. Murgatroyd siguió durmiendo. Calhoun entrecruzó los dedos en ansiosa expectación.

Había venido a esta misión con algo de rencor, porque pensaba que se trataba de una estupidez. Siguió con creciente desaliento cuando descubrió que no era absurda. Ahora vigilaba a Murgatroyd con el interés emocional que un médico siente cuando las vidas dependen de su ciencia profesional, pero cuando es eficiencia también depende de algo más allá de su control. En esta ocasión, Murgatroyd era ese algo… pero aún había otro más.

El «tormal» era un animalito agradable y Calhoun le tenía muchísimo cariño. Pero los «tormales», eran miembros de la tripulación de los Navíos Médicos, mejor dicho, de la monotripulación, porque su metabolismo resultaba similar, muy similar, al de los humanos, aunque ningún «tormal» había conocido

jamás la muerte por una enfermedad infecciosa. Podían albergar las infecciones humanas, pero solo una vez y ligeramente. Parecía ser que aquellas criaturitas peludas tenían una gran sensibilidad a las toxinas bacterianas. La presencia de material infeccioso en su torrente sanguíneo fruncía una reacción violenta e instantánea… y la elaboración de anticuerpos en gran cantidad. Los teóricos decían que los «tormales» tenían sistemas de inmunidad dinámicos en lugar de pasivos, cómo ocurría en los humanos. Y su química corporal parecía buscar truculentamente individuos microscópicos que destruir, más que aguardar a que algo se desarrollase antes de poder luchar contra ese algo.

Si ahora reacciona normalmente, en cuestión de horas su torrente sanguíneo estaría saturado de anticuerpos… o de un anticuerpo… retales para los cultivos que Calhoun le había inyectado. Había, sin embargo, un hecho desafortunado. Murgatroyd pesaba quizás diez kilos. Había una mayoría de población interplanetaria que necesitaba anticuerpos que solo él podía producir.

Durmió desde la hora del desayuno hasta la del almuerzo. Y respiró más ligeramente de prisa de lo que debiera. Su corazón latió de manera irregular.

Calhoun juró un poco cuando llegó e mediodía. Miró el equipo preparado para el microanálisis biológico… diminutos tubos de ensayo conteniendo media gota, frascos de reactivos dispersando fracciones de milímetros, herramientas y balanzas mucho más diminutas que si fueran para una casa de muñecas. Si podía determinar la estructura y fórmula de un anticuerpo, o anticuerpos, que el diminuto cuerpo de Murgatroyd formase, la síntesis en cantidad seria posible. Solo que el Navío Médico no tenía materiales para tan gran cantidad de producción.

Había solo una posibilidad. Calhoun dio al interruptor del espaciofono. Al instante le llegó la voz por el altavoz.

—«Llamando a Navío Médico “Esclipus Veinte”. ¡La flota de Phaedra llamando al Navío Médico “Esclipus Veinte”!»

—Navío Médico responde —dijo Calhoun—. ¿Qué pasa?

La voz prosiguió:

—«¡Llamando al Navío Médico “Veinte”! ¡Llamando al Navío Médico “Esclipus Veinte”! ¡Llamando…» —prosiguió

interminablemente. Sonaba muy lejana, como si tardase mucho en captar la respuesta de Calhoun. Tras la fórmula de llamada se interrumpió—: «¡Navío Médico! Nuestros doctores creen saber lo que ocurre en Canis. ¿Podemos ayudar? ¡Tenemos navíos hospital equipados y preparados!»

—La cuestión es si pueden hacer una fórmula de identificación de estructuras y si son ustedes capaces de desintonizar lo que yo identifique —dijo con rapidez Calhoun—. ¿Qué tal están de laboratorio? ¿Se encuentran bien provistos de materias primas biológicas?

Aguardó. Por el intervalo entre su respuesta y la réplica, el navío que comunicaba se encontraría a unos ocho millones de kilómetros de distancia o más. Pero no se encontraba tan lejos como el planeta contiguo exterior en donde la flota de Phaedra había establecido su base.

Mientras aguardaba la respuesta, Calhoun oyó murmullos. Vendrían del edificio de control al lado de la rejilla. La pandilla fanfarrona y recelosa escuchaba. Calhoun les había amenazado con destruir la rejilla si trataban algo en contra del Navío Médico… pero no podía hacer nada a menos que intentasen utilizar un campo de fuerza. Los jóvenes escuchaban, murmurando entre sí.

Mucho tiempo después la voz del espacio regresó. La flota de la generación mayor de Phaedra había aterrizado, excepto los navíos de observación como el que hablaba. La flota tenía un equipo biológico completo pronto para cualquier emergencia. Era capaz de sintetizar el componente deseado más extraño… el grado de complejidad y de clasificación resultaba satisfactorio.

—Anteayer —dijo Calhoun—, cuando me dejaron en Canis IV, su jefe Walker dijo que sus hijos en este planeta estaban destruyendo a sus nietos. No especifico cómo. Pero el proceso está muy adelantado… solo que toda la población probablemente morirá con ellos. Necesitaré esos navíos hospital y sus mejores químicos biológicos… ¡Tengo esperanza! ¡Que empiecen a venir desde aquí… de prisa! Intentaré hacer un trato para que por lo menos los navíos hospital puedan aterrizar. Corto.

No cortó el espaciofono. Escuchó. Y una voz amargada y envenenada vino de las proximidades:

—«¡Seguro! ¡Seguro! ¡Les dejaremos que aterricen navíos que

nos dirán que son hospitales, cargados con hombres y armas! ¡Les dejaremos aterrizar, claro que sí!»

Hubo un chasquido. El espaciofono del edificio del control estaba cerrado.

Calhoun se volvió al dormido Murgatroyd. Hubo un movimiento en torno al edificio de ladrillo de la rejilla de control. Esbeltos y relucientes coches de superficie se alejaron… dos. Calhoun se acercó al comunicador planetario. Podía irrumpir en cualquier longitud de onda utilizada para la comunicación de radio bajo el techo de abside de un planeta. Tenía que ponerse en contacto con Walker o algún otro de los colonos llegados en primer lugar. Seguían todavía amargados contra su mundo natal, pero empezaban a comprender que Calhoun les había dicho la verdad acerca de los niños más pequeños.

Pero el comunicador planetario no captó nada. No se utilizaba ninguna radiación en todas las frecuencias de onda exploradas. No había un servicio de noticias organizado. La gente joven de Canis III estaba demasiado autocentrada para preocuparse por las noticias. No habían programas de entretenimiento. Solo emisiones circunstanciales se ofrecían y esa circunstancia no se daba con tanta frecuencia como para exigir el mantenimiento de una costosa y trabajosa red de emisoras.

Así que Calhoun no puede comunicarse excepto por el espaciofono, con un rango de alcance de millones de kilómetros y por los altavoces exteriores del navío, con un alcance de centenares de metros. Si abandonaba el Navío Médico, probablemente tendría que abrirse paso luchando para regresar a él. De todas formas, no podía encontrar a Walker yendo a pie y no sabía tampoco a qué otra persona podría recurrir.

Además, en la nave había mucho trabajo que hacer.

Antes de que Murgatroyd despertara, los dos coches de superficie habían regresado. A intervalos, cerca de una docena de otros vehículos siguieron hasta el edificio de control, serpenteando hasta cruzar el centro despejado de la rejilla con magníficas nubes de polvo como estela. Frenaron violentamente al llegar. Los jóvenes salieron a raudales. Algunos de ellos gritaron dirigiéndose al Navío Médico e hicieron gestos amenazadores. Irrumpieron en el edificio.

—«¿Chee?» —dijo Murgatroyd tentativo.

Estaba despierto. Calhoun sintió ganas de abrazarle.

—¡Ahora a ver qué es lo que vemos! —exclamó ceñudo—. ¡Espero que hayas cumplido tu papel, Murgatroyd!

Murgatroyd se le acercó voluntariamente y Calhoun lo levantó hasta la mesa que tenía preparada. De nuevo, lo que le hizo no le dañó. Un diminuto retazo en el costado de Murgatroyd había sido insensibilizado permanentemente poco después de que naciera. Calhoun extrajo una cantidad de lo que confiaba que fuese un antagonista bacterial altamente concentrado. Sacó unos treinta centímetros cúbicos en total. Aplastó las células rojas. Separó el suero. Lo diluyó en una parte infinitísima y con mano segura lo añadió a una de las correderas de los mismos cultivos vivos en que la inmunidad dinámica de Murgatroyd había elaborado el posible suero. Las bacterias y virus murieron inmediatamente.

Calhoun tenía una muestra ahora de anticuerpo que podría soportar el desastre intolerable desparramado en el mundo de la gente joven… «sí» podía realizarlo rápidamente y de manera segura, y «sí» los navíos hospital del planeta Phaedra podían aterrizar, y «sí» eran capaces de desintetizar los componentes de algún anticuerpo altamente complejo, y «sí» los habitantes de Canis III dejaban a un lado su odio…

Oyó un sonido como de llamada en el casco del Navío Médico. Miró la pantalla. Dos jóvenes estaban plantados en el umbral del edificio de control, disparando a placer contra el Navío Médico con armas deportivas.

Calhoun se puso a trabajar. Los rifles deportivos no podían hacer mucho daño.

Durante una hora, mientras se producía el chasquido ocasional de los proyectiles contra las planchas exteriores de la nave, trabajó en la tarea infinitamente delicada de separar el suero de su contenido de anticuerpo. Durante otra hora, intentó separar el anticuerpo de infracciones. Increíblemente, no quería separarse. Resultó ser una sola substancia.

Hubo un sonido potente y todo el navío se estremeció. La pantalla mostró una nube de humo alejándose. Los miembros de la guardia de la rejilla habían hecho detonar algunos explosivos… destinados a la minoría, lo más probable… contra una de las aletas de aterrizaje.

Calhoun masculló un juramento. Su llamada a la flota phaedriana fue la causa. La guardia de la rejilla no tenía intención de permitir ningún aterrizaje. Les había amenazado con hacer volar sus controles si intentábamos utilizar la rejilla en el Navío Médico, pero la deseaban tener preparada para el uso como arma contra la flota espacial.

Volvió a su trabajo. De vez en cuando, molestamente, miraba hacia el exterior. Al poco un joven grupo de guerreros avanzó hacia la nave, portando algo muy pesado. Una carga mayor de explosivos, quizás.

Esperó a que estuviesen a pocos metros del navío. Apretó el botón de los cohetes de emergencia. Una varilla delgada como un lápiz llameante salió disparada hacia abajo entre las aletas de aterrizaje. Era de un blanco azulado, del blanco de la superficie de un sol. Durante un instante salpicó furiosa antes de perforar y fundir un agujero en el suelo por donde se perdió. Pero en ese instante había prendido fuego a la cobertura de la carga que llevaban los jóvenes. La dejaron caer y huyeron. La llama perforó más y más profundamente en el terreno. Se alzaron nubes de humo y vapor.

Se produjo un relámpago cegador. La carga que los jóvenes guerreros habían abandonado, se desvaneció en un fulgor que parecía el de un rayo. La nave se estremeció a causa de la explosión y un cráter apareció donde el explosivo había estado.

Calhoun cortó el cohete de emergencia, que había estado ardiendo durante diez segundos a un cuarto de potencia.

La puesta del sol sobrevino y cayó la noche por segunda vez. Advirtió, bruscamente, que algunos de los coches de superficie que estaban cerca del edificio de control se alejaban a toda marcha. Pero no pasaron cerca del Navío Médico en su partida. Siguió con el trabajo. Llevaba ya casi treinta horas efectuando cultivos de las muestras raspadas de las gargantas de los niños e inyectando a Murgatroyd y esperando su reacción y luego separando una diminuta cantidad de anticuerpo —que no sería del total del polvo que contiene una ala de mariposa— el suero que obtenía.

Muy lejos, a decenas o centenares de billones de kilómetros, los navíos hospital de la flota phaedriana despegaban desde el planeta vecino exterior. Venían a toda marcha hacia Canis III. Necesitarían

los resultados del trabajo que Calhoun estaba haciendo, si tenían que prevenir una sorprendente plaga múltiple que podría barrer todos los sacrificios de edificación de la colonia. Por esto su trabajo debía de ser exacto.

Era aburrido. Era cronométrico. Era agotador en su consumo de tiempo. Tenía la ayuda de experiencia anterior y el conocimiento de que el diseño molecular era más probable incluiría este grupo de radicales y seguramente que, en las cadenas laterales como esta, se podía buscar por productos similares y copolimeros. Pero tenía los ojos cansados y ya no podía más. Iba nuevamente a amanecer. Notaba como si tuviera granos de arena debajo de los párpados. Sentía el cerebro seco, lo nota riguroso dentro del cráneo, como si fuera de corcho. Pero cuando los primeros colores rojos aparecieron en levante, iluminando las torres de la ciudad, ya tenía el esquema de lo que debería ser la compleja molécula que se formó en el peludo cuerpo de Murgatroyd. Acababa de empezar a darse cuenta, de manera vaga, que había hecho el trabajo, cuando dos luces gemelas deslumbradoras vinieron rebotando y oscilando a través del centro vacío de la rejilla. Se mostraron vivamente en la difusa oscuridad. Se detuvieron. Un hombre saltó del coche de superficie y corrió hacia la nave.

Calhoun cansado sacó los micrófonos exteriores y altavoces.

—¿Qué ocurre ahora? —el hombre era el joven Walker.

—¡Tiene usted razón! —llamó la voz de Walker, tensa hasta el punto de ruptura—. ¡Hay enfermedad! ¡Por todas partes! ¡Es una epidemia!

—¡Está empezando! ¡La gente se sentía cansada y molesta y por eso se aisló en sí misma! ¡Nadie se dio cuenta! ¡Pero tienen fiebre! ¡Muestran lesiones! ¡Algunos deliran! ¡los niños más pequeños son los peores… siempre estaban quietos… pero la epidemia es general! ¡Jamás conocimos antes una verdadera enfermedad! ¿Qué podemos hacer?

Calhoun dijo cansado:

—Ya tengo la solución para un anticuerpo. Murgatroyd lo fabricó. Para eso está. Los navíos hospital de Phaedra vienen hacia aquí ahora. Empezarán a aparecer y a fabricar en cantidad y sus médicos darán a todo el mundo inyecciones inmunizadoras contra el mal.

El joven Walker gritó fieramente:

—¡Pero esto significa que tendrán que aterrizar! ¡Lo ocuparán todo! ¡No puedo permitirles que aterricen! ¡Yo no tengo poder para eso! ¡Nadie lo tiene! ¡Muchos de nosotros preferirían morir antes que dejarles tomar tierra! Nos mintieron. Ya es bastante malo tenerles amenazando en el exterior. ¡Si aterrizan, habrá lucha por todas partes y para siempre! ¡No podemos permitirles que nos ayuden! ¡No podemos! ¡Lucharemos… moriremos primero!

Calhoun parpadeó como un mochuelo.

—Eso es algo que tenéis que decir vosotros y tú por ti mismo —dijo cansino—. Si estáis decididos a morir, no puedo impedirlo. ¡Morir primero o morir después… es elección vuestra! Tomadla. ¡Yo me voy a dormir!

Cortó el micrófono y los altavoces. No podía mantener los ojos abiertos.

VII

«… Como asunto estrictamente práctico, un hombre que tiene que dejar una tarea que ha terminado y desea que continúe tal y como la dejó, de ordinario halla preciso conceder el crédito por su trabajo a alguien que permanecerá en el lugar y que, por tanto, se sentirá inclinado a protegerlo y defenderlo mientras viva…»

Manual del Servicio Médico Interestelar, pp. 167 y 168.

Murgatroyd se abrazó a Calhoun y le chilló ansiosamente al oído.

—«¡Chee! ¡Chee!» —fue su frenético grito—. «¡Chee-chee-chee!»

Calhoun abrió los ojos, parpadeando. Se produjo un estampido ensordecedor y el Navío Médico se tambaleó sobre sus aletas de aterrizaje. Estuvo a punto de volcar. Osciló terriblemente y luego, despacio, despacito, se bamboleó hacia el otro lado, pasó por la vertical y casi se inclinó tanto en la dirección opuesta, que se oyeron crujidos mientras el suelo cedía en parte por debajo de una de las aletas.

Entonces Calhoun despertó por completo. En un solo movimiento se había levantado y cruzado la cabina hacia la silla de control. Hubo otro violento impacto. Pasó la mano por la fila de mandos que accionó dando paso a todas las fuentes de información y comunicaciones. Las pantallas se iluminaron y el espaciofono y los micrófonos y altavoces, e incluso el sistema de comunicación planetario que le había informado que allí se estaba empleando el espectro electromagnético de la atmósfera del planeta.

Un griterío llenó la cabina. Por el altavoz del espaciofono una voz estentórea bramó:

—«¡Esta es nuestra última palabra! ¡Permitid nuestro aterrizaje o…!»

Una detonación atronadora se acusó en los micrófonos

exteriores. El Navío Médico rebotó limpiamente. En el exterior de la nave había un torbellino de humo blanco. Era media mañana ahora y la gigantesca estructura de encaje metálico de la rejilla de aterrizaje quedó silueteada contra un cielo azul profundo. Se produjeron chasquidos por alguna tempestad eléctrica quizás a dos mil kilómetros de distancia. Hubieron gritos, también captados por los micros del exterior.

Dos grupos de figuras, a cincuenta o cien metros del Navío Médico, trabajando furiosamente con algunos objetos del suelo. Salió un torrente de humo; luego, un «¡Boom!» pesado y explosivo.

Algo cruzó el aire de extremo a extremo, dejando tras de sí un reguero de chispas. Cayó cerca de la base del erguido Navío Médico.

Calhoun oprimió el botón del cohete de emergencia mientras aquello estallaba. El rugido del cohete llenó el interior de la nave. El altavoz del espaciofono tornó a bramar:

—«¡Hemos dirigido hacia abajo un proyectil portando una bomba megatónica! ¡Es nuestra última palabra! ¡Permitid que aterricemos o entraremos peleando!»

El objeto lanzado por el tosco cañón explotó con violencia. Ayudado por el llameante cohete de emergencia, alzó el Navío Médico, que se disparó hacia arriba, volvió a aposentarse… y solo dos de sus aletas encontraron sólido asiento. La nave comenzó a volcar al carecer de tercer soporte.

Una vez volcado, el navío quedaría indefenso. Se le podría hacer volar en pedazos colocando cargas explosivas entre el casco y el suelo. Ya existía un cráter allá donde debiera haber estado la tercera aleta para el aterrizaje.

Calhoun pulsó el botón hasta el fondo. La nave se estabilizó y ascendió. Pasó girando a través del nivelado centro de la rejilla de aterrizaje. Su esbelta llama a ultra velocidad acuchilló el terreno, dejando una hendidura incandescente y humeante. Las figuras en torno a los cañones se desparramaron y huyeron. El Navío Médico adquirió una posición vertical y empezó su ascenso.

Calhoun juró. La rejilla era la defensa del planeta contra los aterrizajes desde el espacio, porque podía arrojar proyectiles de cualquier tamaño con una perfecta puntería contra cualquier blanco que se encontrara dentro de un radio de ciento sesenta mil

kilómetros —doce diámetros planetarios, poco más o menos. Sus operadores tenían el propósito de desafiar a la flota de Phaedra y necesitaban desembarazarse del Navío Médico antes de atreverse a proporcionar energía a sus bobinas. Ahora se libraban de él. Ahora podrían arrojar bombas, o peñascos, o cualquier cosa que pudiera manejar sus campos de fuerza.

El espaciofono volvió a bramar:

—«¡Ah, los del suelo! ¡Nuestro proyectil apunta directamente a vuestra rejilla!¡Porta una bomba nuclear de un megatón! ¡Evacuad la zona!»

Calhoun volvió a jurar. La pandilla, la guardia, el grupo de jóvenes guerreros de la rejilla se mostrarían harto confiados para temer tal amenaza. Si en Canis III hubieran cabezas más sabias, no podrían hacer más que obedecer sus órdenes. Toda comunidad humana tiene que ser completa o no resulta operable. La civilización que había existido en Phaedra II quedó destrozada por la inminente catástrofe de su sol. Los fragmentos —en Phaedra, en la flota, en cada pequeña comunidad ocupada de Canis III— eran incompletos e incapaces de actuar o pensar en concierto con cualquier otro. Cada grupito en este planeta, ciertamente, solo servía a los demás de «boquilla». El mundo joven era inherentemente incapaz de Organizarse a sí mismo, excepto a una escala mínima. Y tal grupo miniatura poseía la rejilla y lucharía con ella sin tener en cuenta los deseos de nadie más… porque aquel grupo estaba compuesto por miembros del grupo de jóvenes guerreros que se dejaban llevar por sus instintos bélicos.

Pero él se encontraba todavía dentro de la cerca de un kilómetro de altura que formaba la estructura de acero de la rejilla. Se ató a su asiento. El navío ascendió y ascendió. Llegó a nivel de lo alto de la única defensa que la colonia tenía contra el espacio. El borde peculiar ondulado de cobre de la estructura, dando forma al campo de fuerza y sirviéndole de guía, lo que le hacía utilizable, se cernió en torno suyo. Puso en funciones el dispositivo conjunto de cohetes y lanzó su navío disparado hacia el cielo.

Un bramido ensordecedor le llegó por los altavoces:

—«¡Sí! ¡Vete y únete con los viejos! ¡Ya te ajustaremos las cuentas!»

Evidentemente, la voz procedía del suelo que quedaba debajo

suyo. El navío se remontó como un rayo. Calhoun se puso a chillar por el micro del espaciofono:

—¡Navío Médico llamando a la flota! ¡Retiren ese proyectil! ¡Tengo la estructura del anticuerpo! ¡No es este momento el adecuado para luchar! ¡Retiren su proyectil!

Una carcajada despectiva… de nuevo procedente del suelo. Luego se oyó la voz profunda de un hombre mayor.

—«¡Invado Médico, quítese de en medio! Esos jóvenes estúpidos se están destruyendo a sí mismos. ¡Ahora van a destruir a nuestros nietos! ¡Si antes no nos hubiéramos mostrado blandos de corazón… si hubiéramos peleado contra ellos desde el principio… Los pequeños no se estarían ahora muriendo! ¡Apártese de en medio! ¡Si puede ayudarnos, será luego de que hayamos ganado la guerra!»

El cielo se volvió púrpura a la altura alcanzada por Calhoun. Se ennegreció. El sol Canis flameó y destelló contra un fondo de espacio de ébano, salpicado por un millón de estrellas de colores. El Navío Médico siguió su ascenso.

Calhoun se sintió singular y desvalidamente solo. Por debajo de él la soleada superficie de un mundo se le extendía, su borde ya curvándose, masas de nubes en su atmósfera velando los detalles de montañas y macizos vegetales. Allá estaba el azul océano, casi amenazador. La ciudad de la rejilla de aterrizaje era ya diminuta. Los campos pardos y arados ya no quedaban divididos en formas rectangulares. Eran una mera bruma castaño entre el coloreado de las zonas aún vírgenes. Los colonos de Canis III se habían adueñado hasta entonces de solo una parte de aquel mundo nuevo. Muchas partes más permanecían a la espera de verse convertidas en útiles para el hombre.

La pantalla trasera mostraba algo que ascendía. Masas de material, sin forma pero a terrible velocidad. Era un género indefinido, incoado. Parecía polvo salido del centro del suelo de la rejilla de aterrizaje, lanzado a lo alto con el horrible poder asequible para el aterrizaje y lanzamiento de navíos. Y, enfocados en eso, los campos de fuerza de la rejilla que lo podían controlar absolutamente durante doscientos mil kilómetros.

Calhoun se desvió, aunque muy ligeramente. Su propia velocidad alcanzaba el rango de kilómetros por segundo, pero la masa informe que le seguía viajaba a una velocidad diez veces

mayor. No importaría que fuese un singular proyectil dirigido. A tal velocidad no chocaría como una masa, sino como una lluvia de meteoros, entrando en incandescencia cuando tocaran su blanco y vaporizando al Navío Médico consigo mismo en la llamarada del impacto.

Pero la rejilla tendría que soltar su múltiple proyectil antes del choque. En las células Duhanne de la nave había almacenado un poder monstruoso. Si esa energía cruda era puesta en libertad dentro de algo que estuviese enfocado por un campo de fuerza, destruiría la fuente emisora del campo. La rejilla podría controlar este pulverizado ariete hasta la más última fracción de segundo, pero luego debería soltar o… y su operador lo sabía.

Calhoun hizo virar su nave con frenesí.

La masa de rauda materia planetaria pasó veloz a menos de unos centenares de metros de distancia. La habían soltado. Seguirían viajando por el espacio vacío durante meses, O años… quizás por toda la eternidad.

Calhoun regresó a su rumbo de ascensión. Ahora, por delante suyo, envió furiosas órdenes.

—¡Retiren ese proyectil! ¡No pueden hacer caer una bomba sobre Canis! ¡Hay gente allí! ¡No pueden dejar caer una bomba sobre Canis!

No hubo respuesta. Tornó a vociferar.

—¡Navío Médico llamando a la flota phaedriana! ¡Hay epidemia en Canis! ¡Sus hijos y nietos se ven afectados! ¡No pueden abrirse paso luchando para llegar a ellos! ¡No pueden instalarse junto a las cabeceras de sus camas tras haber abierto fuego contra ellos! ¡Tienen que negociar! ¡Han de llegar a un compromiso! ¡Es preciso que lleguen a un acuerdo o ustedes y ellos juntos…!

Una voz enronquecida procedente del suelo, dijo con desdén:

—«¡No te molestes, mediquillo! ¡Déjales que traten de aterrizar! ¡Déjales que prueben a ocuparnos y a dominarnos! ¡Ya les hemos escuchado bastante! ¡Que intenten aterrizar y verán lo que pasa! ¡Tenemos localizada toda su flota! ¡Nos ocuparemos de ellos!»

Luego los tonos gruñones que Calhoun había llegado a asociar con Phaedra:

—«Apártese de en medio, Navío Médico. ¡Si nuestros hijos están enfermos, vamos junto a ellos! Nos hallamos más allá del área en

que ningún motor funciona. ¡Cuando hayamos hecho estallar la rejilla, nuestro navío de desembarco descenderá y podremos entrar! ¡Nuestro proyectil se encuentra a solo media hora de su blanco ya! ¡Dentro de tres horas, o menos, empezará nuestro aterrizaje! ¡Fuera de nuestro camino!»

Calhoun, amargado, pronunció unas cuantas palabras impublicables. Pero se enfrentaba a una posición emocional de tablas entre enemigos que estaban igualmente equivocados. La cólera frenética de los adultos de Phaedra, que veían barrado su camino al mundo adonde enviaron sus hijos primero para poder quedarse en donde aguardaba la muerte, se conjuntaba con la amarga rebeldía de la gente joven que había trabajado más allá de lo soportable y recibió una carga superior a su energía para tolerarla. Allí no podía haber ningún compromiso. No era posible a ninguno de los dos bandos reconocer ante el otro que había sido parcialmente derrotado. La querella debía pelearse hasta un final entre los bandos opuestos y luego permanecería el odio, no importa cuál grupo ganase. Ese odio imposible de razonar.

Solo podía ser reemplazado por un odio todavía mayor.

Calhoun rechinó los dientes. El Navío Médico siguió alejándose del soleado Canis III. En algún lugar —a pocos miles de kilómetros de distancia— la flota de Phaedra se apiñaba. Sus tripulaciones estaban furiosas, pero también enfermas de ansiedad acerca de los enemigos contra quienes se preparaban para luchar. En tierra había odio entre los mayores de los colonos —el joven grupo de los guerreros en particular, porque es el grupo en que el odio resulta natural y apropiado— y no había allí ni el menor remordimiento de conciencia porque incluso al estar en lo cierto se hallaban equivocados. Todo impulso decente que se había ejercido sobre ellos para obligarles al agotamiento, antes de su rebelión, protestaba ahora de las consecuencias de su revuelta. Sin embargo, creía que al rebelarse estaban justificados.

A Murgatroyd no le gustó el continuo rugir de los cohetes de emergencia. Trepó al regazo de Calhoun y protestó.

—«¡Chee!» —gritó apremiante—. «¡Chee-chée!»

Calhoun gruñó.

—Murgatroyd —dijo—, es norma del Servicio Médico que un miembro de este servicio sea, en caso de necesidad, prescindible.

Me temo que se tendrá que prescindir de nosotros. ¡Agárrate fuerte ahora! ¡Probaremos algo de acción!

Hizo girar al Navío Médico de cabo a rabo y dio plena potencia a los cohetes. La nave aceleraría incluso más de prisa de lo que cobraba velocidad. Ajustó el indicador de objetos próximos hasta la máxima ganancia. Mostraba ahora retirándose la masa de piedra y suelo de Canis. Calhoun ajustó luego un escrutador para examinar una zona particular del firmamento.

—Puesto que pueden insultar a los padres —observó—, ellos han construido un misil que se abra paso luchando a través de cualquier cosa que se le arroje. Irá a control remoto para tal propósito. Es muy dudoso que haya ninguna espacionave del planeta para hacerle frente. De todas formas, no ha habido referencia alguna. Así que el proyectil tendrá que librarse solo del material que le lance la rejilla de aterrizaje. Lo que resulta bueno. Además, siendo padres como son, por encima de todo, ese proyectil no marchará a gran velocidad. Querrán ser capaces de controlarlo para retirarlo en el último minuto. Estarán esperando tener que hacerlo.

—«¡Chee!» —dijo Murgatroyd, insistiendo en que no le gustaba el rugir de los cohetes.

—Así que nos haremos nosotros tan impopulares como nos sea posible con los padres —observó Calhoun—. Si sobrevivimos nos haremos todavía más cordialmente odiar por los hijos. Y entonces podrán tolerarse un poquito unos a otros, porque ambos nos odiarán mucho. Y así la situación de salud pública en Canis III quizás se pueda resolver. ¡Ah!

El indicador de objetos próximos mostraba algo que se movía hacia el Navío Médico. El escrutador repitió la información con mayor detalle. Había un objeto pequeño que se encaminaba hacia el planeta desde el espacio vacío. Su velocidad y rumbo…

Diez minutos más tarde gruñó el espaciofono:

—«¡Navío Médico! ¿Qué se cree que está haciendo?»

—Meterme en dificultades —contestó con laconismo Calhoun.

Silencio. Las pantallas mostraron diminutos puntos de luz que se movían, alejándose hacia el vacío. Calhoun calculó su curso. Lo cambió.

—«¡Navío Médico!» —carraspeó el espaciofono—. «¡Apártese de en medio del camino de nuestro proyectil! ¡Es una bomba

megatónica!»

Calhoun contestó de manera irrelevante:

—Los que se entrometen en las peleas, a menudo tienen que salir con un ojo amoratado —y añadió—. Ya sé lo que es.

—«¡Déjelo en paz!» —continuó la voz—. «¡La rejilla en el suelo lo ha localizado! ¡Están enviando rocas para luchar contra él!»

—Son muy malos tiradores —anunció Calhoun—. ¡Cuando dispararon contra mí, fallaron!

Apuntó a su navío. Conocía las capacidades de la nave como solo es capaz de conocerla un hombre que lleva muchísimo tiempo manejándola. Sabía exactamente qué es lo que podía hacer.

El cohete desde la lejanía —el proyectil dirigido conteniendo la bomba de un megatón— vino humeando furiosamente desde las estrellas. Calhoun pareció lanzar a su nave en rumbo de colisión. El cohete giró para esquivarle, aunque guiado desde muchos miles de kilómetros de distancia. Había un espacio de tiempo trivial, también, entre el momento en que sus escrutadores captaban una imagen y la transmitían y la transmisión llegaba a la flota phaedriana y los impulsos de control alcanzaban en respuesta al proyectil. Calhoun contaba con eso. Tenía que hacerlo. Pero no buscaba el choque. Estaba obligado a la acción evasiva. La aseguró. El cohete se ladeó para apartarse y Calhoun lanzó el Navío Médico en una marcha en zig zag y fue una cosa escalofriante, salvándose por un pelo —dio un tajo a toda la extensión del cohete megatónico con las llamas de sus toberas. Esas llamas tenían menos de media pulgada de grosor, pero su temperatura era equivalente a la de la superficie de una estrella, y en el vacío, se prolongaba a centenares de metros de longitud. La llama cortó el cohete en redondo. Este Llameó horriblemente e incluso hasta tan lejos, que Calhoun notó el impacto amortiguado de la llama. Pero eso era el Combustible del cohete del proyectil dirigido. Una bomba atómica es la única bomba conocida que no estallaría si se la parte por medio.

Los fragmentos del proyectil dirigido siguieron adelante del planeta, pero ya eran inofensivos.

—«¡Está bien!» —dijo el espaciofono con tono gélido, pero Calhoun creía advertir alivio en aquella voz—. «¡Solamente ha retrasado nuestro aterrizaje y ha hecho que se pierdan muchas vidas por causa de la enfermedad!»

Calhoun masticó algo que le pareció ser su corazón.

—¡Ahora veremos si eso es verdad! —dijo.

El navío había perdido su velocidad de escape antes de acercarse al proyectil. Ahora alcanzaba velocidad hacia el planeta. Cortó el cohete para observar. Hizo girar el casco y dieron un par de breves explosiones los cohetes.

—Será mejor que economice —dijo a Murgatroyd—. El combustible para los cohetes es difícil de conseguir en este rincón perdido del espacio. Si no tengo cuidado, entraremos en órbita aquí, sin medio de bajar. ¡Y no creo que los habitantes locales se muestren propicios a ayudarnos!

Su caída lateral hacia el proyectil le había situado muy próximo a la velocidad orbital relativa según la superficie del planeta. El Navío Médico flotaba, con un desgaire de apariencia infinito en torno a la vasta masa de aquel mundo en guerra. En menos de media hora se hundía profundamente en la oscuridad de la zona nocturna de Canis. A los tres cuartos de hora salía otra vez por el borde soleado, a unos seiscientos cincuenta kilómetros de altura.

—No es velocidad suficiente para una verdadera órbita —dijo a Murgatroyd con aire crítico—. ¡Daría cualquier cosa por tener un buen mapa!

Vigiló alerta. Podía ganar más altura si era necesario, pero le preocupaba el combustible del cohete. Estaba diseñado para resolver solo emergencias. Pesaba demasiado para transportarlo en cantidad.

Divisó la ciudad de Canópolis en el horizonte. Se puso a trabajar furiosamente. Invirtió el pequeño navío y se zambulló en la atmósfera. Redujo velocidad mediante disparos del cohete unidos a la fricción del aire, cayendo sin cesar todo el rato. Estaba a tres kilómetros de altura cuando pasó rozando el borde de las montañas y vio que la ciudad se extendía por delante y por debajo. Pudo haberse estrellado a poca distancia de ella. Pero consumió más combustible para permanecer en vuelo. Usó los cohetes dos veces. Con delicadeza.

A una velocidad de superficie menor quizás a trescientos kilómetros por hora, sostenido al final por una llama cohete capilar que era como una varilla de arco voltaico, barrió la parte superior de la rejilla de aterrizaje. La llama, como una espada, lavó

brevemente el borde más próximo. Muy brevemente. La llama cortó una hendidura a través de las vigas de acero y de los gruesos cables de cobre. Los cohetes rugieron furiosos. Ese corte de la rejilla está dirigido hacia abajo, como una cuchillada. Ahora el navío chilló y ascendió y siguió… y barrió por encima del lado lejano de la rejilla a solo unos metros de la amplia zona de cobre que guiaba sus campos de fuerza hacia el espacio. Cortó aquí cables, viguetas y guías del campo de fuerza, en total por más de ciento veinte metros con respecto a la cumbre. La rejilla quedaba inútil hasta que se efectuase la penosa labor de repararla.

Calhoun utilizó casi lo último de su combustible para alcanzar altura mientras decía crispado por el espaciofono:

—¡Llamando a la flota! ¡Llamando a la flota! ¡Navío Médico llamando a la flota! ¡He desarbolado la rejilla de aterrizaje en Canópolis! Pueden descender ahora y ocuparse de los enfermos. Por así hablar, no hay armas en tierra y si no se muestran agresivos no habrá pelea. Aterrizaré lejos en alguna parte de las colinas hacia el norte de la ciudad. Si los habitantes de la localidad no cargan explosivos hasta allí y destrozan el navío para capturarme, les tendré preparados los datos para el anticuerpo. De hecho, en cuanto aterrice, se los daré por espaciofono, por si acaso.

Estuvo muy cerca de la muerte, sin embargo. El combustible de su cohete se había agotado cuando chocó contra el suelo. La llama chisporroteó y se apagó cuando la nave se encontraba a un metro de tierra. Cayó, quebrantando árboles. Fue un claro y tosco aterrizaje.

Murgatroyd estaba muy indignado por eso. Empezó a gritar agudamente mientras Calhoun se desligaba de la silla, y continuó indignado hasta que el hombre se asomó para ver dónde estaban.

Fue una semana más tarde cuando el Navío Médico —llevado hasta la rejilla para reparar y reponer combustible— estuvo preparado para partir otra vez al espacio. La original rejilla de aterrizaje seguía en pie, claro. Pero se la veía abrumada, tan enorme como era, por la supergigante rejilla volante de Phaedra. No habían, sin embargo, muchos navíos en tierra. Mientras Calhoun avanzaba hacia el edificio de control, ahora conectado por cable con las habitaciones de mando de la rejilla volante, uno de los pocos navíos que permanecían, pareció caer hacia el firmamento. Una segunda

nave la siguió a los pocos instantes.

Entró en el edificio de control. Walker, el mayor de Phaedra, le saludó distraído con la cabeza al verlo entrar. El joven Walker le miró ceñudo. Estaba en consulta con su padre y la atmósfera era de gran reserva.

—Mmmm… —murmuró el mayor Walker, como un gruñido—. ¿Cuál es el informe?

—Bastante bueno —contestó Calhoun—. Había un lote de anticuerpo que parece un poco alterado bajo la tensión. Pero la situación general la considero satisfactoria. Se producirán unos cuantos casos más de una clase u otra, claro… casos que están incubando ahora. Pero se resolverán con las inyecciones de anticuerpo. Por lo menos así ha pasado hasta ahora —se volvió hacia el joven Walker—. Hicisteis un buen trabajo en reunir a los muchachos de trece a quince años para que escoltasen a los doctores de la flota y sujetaran los pacientes. Se tomaron el trabajo muy en serio. Eran ideales para esa tarea. Vuestro grupo de jóvenes guerreros…

—Una buena cantidad de ellos se han refugiado en los bosques —contestó sombrío el joven Walker—. ¡Juran que jamás se entregarán!

—¿Qué hay de las chicas?

El joven Walker se encogió de hombros.

—Van por ahí parloteando y empiezan ya a hablar de vestidos. Cuando lleguen las mujeres mayores supongo que el negocio de modistería será el más floreciente…

—Y los chavales de los bosques —anunció Calhoun—, vendrán para fascinarías y quedarán fascinados. ¿Crees que habrá mucho jaleo?

—Nooo —contestó sombrío el joven Walker—. Algunos de… nuestros jóvenes, parecen aliviados al verse libres de responsabilidad.

—Pero —intervino Walker el mayor, refunfuñando—, él la quiere. Disfruta con ella. ¡Y la tendrá! —lanzó otro gruñido—. Lo mismo ocurrirá con los otros que mostraron lo que podían hacer aquí. Nosotros, los mayores, les necesitamos. No planeamos ninguna… ejem… represalia.

Calhoun alzó las cejas.

—¿Debo mostrarme sorprendido?

El viejo Walker rezongó.

—¡No querrá usted que caigamos mutuamente en los brazos unos de otros, después de lo que ha ocurrido! ¿Verdad? ¡No! Pero vamos a tratar de ignorar nuestras… diferencias en todo lo posible. Sin embargo, no podremos olvidarlas por completo.

—Sospecho que serán más difíciles de recordar de lo que se imaginan —vaticinó Calhoun—. Ustedes tenían una cultura que se desmoronó. Sus piezas estaban incompletas… y una sociedad necesita ser completa para sobrevivir. No es invento humano. Es algo que conocemos por instinto… como los pájaros tienen el instinto de hacer sus nidos. Cuando construimos una cultura según nuestros instintos, seguimos adelante. Cuando eso es imposible… hay dificultades —luego dijo—. No trato de darle un sermón.

—Oh —exclamó Walker el mayor—. ¿De veras?

Calhoun sonrió.

—Pensé que sería el hombre más impopular de este planeta —dijo animoso—. Y lo soy. Me entrometí con los asuntos de cada cual y nadie llevó a cabo sus planes tal y como los tenía preparados. Pero por lo menos nadie tampoco se siente ganador. Se mostrarán complacidos cuando alce la cuarentena y despegue, ¿verdad?

El viejo Walker contestó desdeñoso:

—No prestamos la mayor atención a su cuarentena. Nuestra flota está cargando a nuestras esposas en Phaedra, para transportarlas aquí tan de prisa como lo permita la superimpulsión. ¿Acaso creyó que íbamos a hacerle el menor caso a esa estúpida cuarentena?

Calhoun volvió a sonreír. El joven Walker dijo con dificultad:

—Supongo que creerá que debíamos… —se interrumpió y continuó con más cuidado que nunca—: Lo que usted dijo fue por nuestro bien, de acuerdo, pero nos duele a nosotros más que a usted. Dentro de veinte años, quizás, podremos reírnos de nosotros mismos. Entonces nos sentiremos agradecidos. Ahora sabemos lo que le debemos, pero no nos gusta.

—Y eso —dijo Calhoun—, significa que todo vuelva a la normalidad. Es la actitud tradicional hacia todos los médicos… se les debe mucho y sabe mal pagar. Firmaré la liberación de vuestra cuarentena y despegaré en cuanto me deis combustible para el

cohete, para caso de emergencia.

—¡Enseguida! —dijeron los dos Walkers a coro.

Calhoun chasqueó los dedos. Murgatroyd se le acercó tambaleándose. Calhoun tomó la negra patita del «tormal» en su mano.

—Vámonos, Murgatroyd —dijo con buen humor—. Eres la única persona que yo traté en realidad malamente y no te importó. Supongo que la moraleja de todo esto es, que el «tormal» es el mejor amigo del hombre.

EL PLANETA DESIERTO

¿Era una misteriosa enfermedad?

¿O un diabólico complot?

II

Calhoun miró al comunicador con algo así como exasperación mientras su voz grabada en cinta repetía por vigésima vez una llamada de aproximación. Pero no recibía respuesta, lo que desde hacía rato se había convertido en algo irritante. Para Calhoun aquel era un nuevo sector del Servicio Médico. Se le había nombrado para cubrir la zona de otro hombre porque su antecesor había sido vencido por el romance. Se casó, lo que le descalificaba para el servicio de un Navío Médico. Por eso, ahora Calhoun escuchaba su propia voz repitiendo infinitamente una llamada que debería haber recibido inmediata respuesta.

Murgatroyd, el «tormal», le miraba con ojos interesados. El planeta Maya iba a ser el puerto de llegada del Navío Médico «Esclipus Veinte». Su disco casi circular aparecía completo en una pantalla de visiono junto al tablero de control de la nave. La imagen era absolutamente clara y multicolor. Se veía un casquete helado. Habían continentes. Mares. El sistema nuboso de una notable conturbación ciclónica se advertía a un lado y los continentes parecían razonablemente lo que debieran, y habían mares de aquel tinte fangoso e indescriptible que señala el agua profunda.

La propia voz de Calhoun, grabada media hora antes, sonaba en el altavoz mientras se repetía de nuevo en el comunicador y luego se difundía por el mundo en extremo visible a ciento sesenta mil kilómetros de distancia.

—«Llamando a tierra» —decía la voz grabada de Calhoun—. «Navío Médico “Esclipus Veinte” llamando a tierra para informar de su llegada y pedir coordenadas para aterrizaje. Nuestra masa son cincuenta toneladas “Standard”. Repito, cinco-cero toneladas. Propósito de aterrizaje, inspección sanitaria del planeta.»

La voz grabada se detuvo. Hubo un silencio excepto para aquellos ruidos al azar también grabados y que mantenían el interior del navío impidiéndole que pareciera el interior de una tumba.

Murgatroyd exclamó:

—«¿Chee?»

Calhoun dijo irónico:

—¡Indudablemente, Murgatroyd! ¡Indudablemente! ¡Quién quiera que esté de servicio en el espaciopuerto salió un momento, o se murió, o hizo algo igualmente inconveniente! ¡Tendremos que aguardar hasta que regrese o alguien le releve!

Murgatroyd dijo:

—«¡Chee!»

Y comenzó a lamerse las patillas. Sabía que cuando Calhoun llamaba por el comunicador, tenía que contestar otra voz humana. Luego habría conversación y al poco los campos de fuerza de una rejilla de aterrizaje se apoderarían del Navío Médico y lo atraerían hacia el planeta. Y pronto con el tiempo tocaría tierra en un espaciopuerto con una rejilla de aterrizaje plateada y gigantesca alzándose hacia el cielo a su alrededor. Luego vendría gente a saludar cordialmente a Calhoun y a dar la bienvenida a Murgatroyd con sonrisas y caricias.

«Llamando a tierra» —decía la voz grabada otra vez más. «Navío Médico “Esclipus Veinte”…»

Siguió dando la noticia formal de la llegada. Murgatroyd aguardaba con el placer de la anticipación. Cuando el Navío Médico llegaba a un puerto de visita de seres humanos, estos le daban dulces y le consideraban encantador al verle beber café como un hombre, aunque con mucho más gusto. En tierra, Murgatroyd se movía vivaracho con gran sociedad mientras Calhoun trabajaba. El trabajo de Calhoun se componía de conferencias con las autoridades planetarias de salud, recibiendo educadamente la información que ellos consideraban importante y diciéndoles con tacto lo que había de los nuevos descubrimientos en ciencia médica conocidos por el Servicio Médico Interestelar.

—¡Alguien se la va a cargar por esta endiablada negligencia! —exclamó Calhoun sombrío.

El altavoz del comunicador sonó con brusquedad.

—«Llamando a Navío Médico» —dijo una voz—. «¡Llamando a Navío Médico “Esclipus Veinte”! Habla el barco de línea “Cándida”: ¿Ha recibido repuesta de tierra?»

Calhoun parpadeó. Luego dijo con sequedad:

—Todavía no. ¡Y llevo llamándoles media hora!

—«Pues nosotros nos encontramos en órbita desde hace doce —

contestó la voz del vacío—. Llamando sin parar. No hay respuesta.»

Calhoun accionó un conmutador que ponía una de las pantallas de visión en circuito con el telescopio electrónico de la nave. Apareció un campo estelar que cambió rápidamente. Luego un puntito brillante se centró. Accionó la amplificación. El punto brillante se hinchó y se convirtió en un rechoncho navío comercial, con los falsos ventanales que hacían creer a los pasajeros que estaban mirando por ellos al espacio durante los viajes. Dos portalones relativamente grandes de carga a cada lado mostraban que portaba un cargamento pesado además de los pasajeros. Era uno de esos navíos de cabotaje entre el macizo estelar que distribuían la carga y los pasajeros que los navíos trasplanetarios de gran tonelaje dejaban en los espaciopuertos de tránsito establecidos.

Murgatroyd correteó por la cabina del Navío Médico y examinó una imagen con fino aire de sabiduría. No significaba nada para él, pero dijo:

—«¡Chee!»

Y dio a esta observación un aire de profunda significancia. Volvió al cojín donde había estado enroscado.

—«No vemos nada mal en el suelo» —se quejó la voz del transporte— «pero no responden a nuestras llamadas. ¡No recibimos tampoco ninguna otra señal! ¡Hemos bajado hasta dos diámetros y no pudimos captar nada! ¡Y tenemos que dejar en tierra a un pasajero! ¡Insiste en ello!»

De ordinario, las comunicaciones entre lugares distintos sobre la superficie de un planeta utiliza frecuencias que las capas ionizadas de la atmósfera o bien las reflejan o refractan más allá del horizonte. Pero de ordinario hay alguna pequeña filtración hasta el espacio y las frecuencias visuales son abundantes en general. Es una de las molestias que sufre el navío al acercarse al puerto, ya que el espacio próximo a la mayor parte de los planetas está de ordinario lleno de señales locales.

—Inspeccionaré —dijo Calhoun con sequedad—. Estén alerta.

El «Cándida» había llegado a Maya como lo hiciera el Navío Médico y llamó, al igual que Calhoun estuvo haciendo. Era probablemente un navío con horario fijo y el operador de la rejilla del espaciopuerto tendría que estar a la espera. El comercio espacial era importante para cualquier planeta, comparándolo más o menos

con el negocio de exportación e importación de una nación industrial en las épocas antiguas de la Tierra. Los planetas habían elaborado sistemas de ayuda al tráfico para los transportes de carga que se movían entre sistemas solares, al igual que antaño se hiciera entre los continentes de la Tierra. Tales auxilios del tráfico se mantenían con muchísimo cuidado. Con certeza el que la rejilla de aterrizaje de un espaciopuerto no respondiera a las llamadas durante doce horas seguidas parecía siniestro.

—«Hemos estado preguntándonos si debería haber algo radicalmente equivoco allá abajo» —dijo el «Cándida» en tono de queja—. «Por ejemplo, enfermedad.»

La palabra «enfermedad» era el substituto de otro vocablo más alarmante. Pero una plaga casi barrió la población de Dorset, antaño, y los primeros navíos que llegaron después habían descendido con la máxima falta de precaución hasta el suelo y así distribuyeron la epidemia en sus siguientes puertos de visita. Hoy en día, las regulaciones de la cuarentena se veían forzadas al cumplimiento de manera estricta.

—Trataré de descubrir qué ocurre —dijo Calhoun.

—«Tenemos un pasajero que insiste en que le dejemos en tierra mediante lancha espacial si no es nuestro deseo aterrizar. Dice que tiene en el planeta un negocio importante» —repitió con agravio el «Cándida».

Calhoun no contestó. En esta época los derechos de los pasajeros quedaban extravagantemente protegidos. Dejar de entregar a un pasajero en su punto de destino le daba derecho a daños y perjuicios que ninguna línea de transportes podría sufragar. Así que el Navío Médico debió parecer al «Cándida» como enviado del cielo. Calhoun podía relevar a su patrón de tal responsabilidad.

La pantalla telescópica parpadeó y mostró la superficie del planeta a ciento sesenta mil kilómetros de distancia. Calhoun miró la imagen de reojo en la pantalla y guio el telescopio al espaciopuerto de la ciudad… Maya City. Vio carreteras y bloques de edificios. Vio el espaciopuerto y su rejilla de aterrizaje. Claro que no pudo ver movimiento. Aumentó la ampliación. Tomó a aumentarla. Seguía sin advertirse movimiento. Siguió con el aumento de la ampliación hasta que la estructura cristalina del amplificador del telescopio comenzó a aparecer. Pero a la distancia en que se hallaba

la nave del planeta, un coche de superficie hubiera representado solo la cuadragésima parte de un segundo de arco. Había atmósfera también, con desigualdades térmicas. Cualquier cosa del tamaño de un coche de superficie simplemente podría no verse.

Pero la ciudad aparecía con toda claridad. Nada masivo le había sucedido. Ningún desastre físico a gran escala había ocurrido. Simplemente no respondía a las llamadas del espacio.

Calhoun apagó la pantalla.

—Creo —dijo irritado por el micrófono del comunicador— que tendré de hacer un aterrizaje de emergencia. Podría ser algo tan insignificante como un fallo de energía… —pero sabía que aquello era más que improbable—. O podría ser… cualquier cosa. Aterrizaré mediante cohetes y les comunicaré lo que encuentre.

La voz del «Cándida» dijo esperanzada:

—«¿Puede usted autorizarnos a negar el aterrizaje a nuestro pasajero por su propia protección? ¡Está hecho una fiera! ¡Insiste en que su negocio exige aterrizar!»

Una palabra de Calhoun, como miembro del Servicio Médico, protegería al transporte espacial de cualquier demanda por daños y perjuicios. Pero a Calhoun no le gustó el aspecto de las cosas. Comprobó con disgusto que podía previamente encontrar que había ocurrido cualquier cosa allá abajo. Quizás descubriese que tenía que poner en cuarentena al planeta y a sí mismo. En tal caso, precisaría que el «Cándida» difundiera la noticia de la cuarentena a los demás planetas y avisara al sector del Servicio Médico, comunicándolo a los cuarteles generales.

—«Hemos perdido mucho tiempo» —insistió el «Cándida»—. «¿Puede usted autorizarnos…?»

—Todavía no —contestó Calhoun—. Se lo diré cuando aterrice.

—«Pero…»

—Corto de momento —anunció Calhoun—. Estén a la escucha.

Dirigió su pequeña nave hacia abajo y mientras adquiría velocidad repasó las hojas de información referentes a este mundo en particular. Jamás había aterrizado antes aquí. Su ocupación, claro, era procurar la diseminación de la ciencia médica siguiendo el plan previsto por el Servicio Médico. El propio Servicio ni era político ni administrativo, sino importante. Cada mundo ocupado por los humanos debería recibir la visita de un Navío Médico por lo

menos una vez cada cuatro años. Cada visita comprobaba el estado de la salud pública. Hombres del Servicio Médico, como Calhoun, ofrecían consejos en los problemas sanitarios comunales. Cuando aparecía algo fuera de lo corriente, el Servicio Médico tenía un grupo de investigadores que no se desconcertaban por nada. Habían grandes naves capaces de transportar el más ultramoderno equipo de laboratorio y personal especializado a cualquier lugar donde fuera necesario. No menos que una docena de mundos habitados en este sector debían la supervivencia de sus poblaciones al Servicio Médico, y el número de aquellos que no podían haber sido colonizados sin ayuda del Servicio Médico eran ya legión.

Calhoun releyó las indicaciones. Maya era uno de los cuatro planetas de esta zona en general cuyos sistemas vitales parecían tener un origen común, sugiriendo que la teoría de Arenio de las esporas viajando por el espacio era cierta en algún sentido limitado. Un gene de plantas superficiales con tronquillos móviles y hojas y tendencias caníbales era la fuerte evidencia que se consideraba del origen común.

Hacía ya dos siglos que colonizaron el planeta y que produjeron componentes orgánicos de gran valor sacados de las plantas nativas. Se utilizaban en manufacturas textiles. No habían infecciones locales endémicas que pudieran afectar a los hombres. Un cierto número de cosechas útiles para la humanidad se cultivaban. Cereales, hierbas y granos, sin embargo, no podían explotarse a causa de las plantas nativas tipo movible. Todo el trigo y alimentación cereal tenía que importarse y ese hecho limitaba severamente a la población de Maya. Habían casi dos millones de personas en el planeta, instaladas en una península en el Mar Yucatán y en una pequeña área continental. Las inspecciones de la salud pública habían mostrado todo esto y algo más. No se mencionaba nada referente a una explicación del fracaso del espaciopuerto en responder a las llamadas de llegada desde el espacio. ¡Naturalmente!

El Navío Médico siguió descendiendo. El planeta giraba debajo suyo. Mientras crecía el hemisferio de Maya bañado por el Sol, Calhoun mantuvo el campo telescópico abierto. Vio ciudades y vastas zonas de tierra libre donde las plantas nativas se cultivaban como materias primas para las manufacturas orgánicas. Vio, sin

embargo, poquísimo verde clorofílico. El follaje mayano tendía a un verde aceituna oscuro.

A ochenta kilómetros estaba seguro de que las ciudades estaban vacías, e incluso de tráfico de coches de superficie. No había ninguna espacionave en el suelo dentro de la rejilla de aterrizaje. Tampoco se veían coches en movimiento en las espléndidas autopistas.

A cuarenta kilómetros de altitud seguía sin encontrarse señales en la atmósfera, aunque probó la recepción de modulación de amplitud y captó los ruidos de la estática. Pero no se percibía ninguna señal modulada en el aire a ninguna frecuencia. A treinta y dos kilómetros, nada. A veinticinco era posible captar las emisiones de radio, y el zumbido que percibió indicaba que la rejilla de aterrizaje cargaba como siempre, absorbiendo la energía de las cargas eléctricas de la atmósfera superior para proporcionar potencia para todas las necesidades del planeta.

Desde quince kilómetros hasta el nivel del suelo, Calhoun estuvo ocupado. No es difícil aterrizar un navío con cohetes, teniendo un terreno razonablemente nivelado en que posarse. Pero tomar tierra en un lugar especifico es cosa distinta. Calhoun hizo vibrar el navío hasta descender dentro del recinto de la rejilla. Sus cohetes perforaron agujeros del diámetro de un lápiz en la arcilla y en la piedra de debajo del pavimento asfaltado. Cortó entonces el encendido.

Silencio. Quietud. Los micrófonos exteriores del Navío Médico, captaron ruiditos pequeños del viento soplando sobre la ciudad. No se percibía en absoluto ningún otro sonido.

No. Había un chasquido singularmente deliberado, ni alto ni rápido. Quizás un clic… un doble clic… cada dos segundos. Eso era todo.

Calhoun fue hacia la escotilla con Murgatroyd correteando a su alrededor. Abrió la escotilla de aire. Olió algo. Era un aroma débil, un olor a astringente que tenía la cualidad de la putrefacción. Pero no era un olor que reconociera. De nuevo quietud y silencio. Ningún ruido de tráfico. Ni siquiera el murmullo inaudible que cada ciudad tiene durante las horas. Los edificios parecían igual que debieran parecer al amanecer, excepto que las puertas y ventanas estaban abiertas. Era algo sorprendente.

Una ciudad en ruinas es dramática. Una ciudad abandonada es patética. Esta no era ninguna de las dos cosas. Era algo nuevo. Parecía como si todo el mundo se hubiera alejado, fuera de la vista, en los últimos minutos transcurridos.

Calhoun se encaminó hacia el edificio del espaciopuerto con Murgatroyd correteando turbado a su lado. Murgatroyd se encontraba desconcertado. ¡Aquí tendría de haber gente! Deberían recibir a Calhoun y admirarle a él… a Murgatroyd… que se mostraría un animalito sociable agradeciendo los dulces que pudiera comer y todo el café que cupiese en su dilatable panza. Pero no ocurrió nada. Nada en absoluto.

—«¿Chee? —preguntó ansiosamente—. ¿Chee-chee?»

—Se han ido —murmuró Calhoun—. Probablemente se fueron en coches de superficie. No se ve a nadie.

Calhoun pudo mirar a través de los cimientos de la rejilla y ver las calles angostas, soleadas y absolutamente vacías. Llegó al edificio del espaciopuerto. Había, tenía que haber, un espacio verde en torno a la base de la estructura, pero no quedaba allí ninguna planta viva. Las hojas colgaban mustias. Había casi una gelatina de tallos y yemas desmadejados, de color verde aceituna oscuro. Las plantas estaban muertas, pero no hasta el punto de haberse secado del todo. Quizás murieron dos días antes. Posiblemente tres.

Calhoun entró en el edificio. El diario del espaciopuerto yacía abierto en un escrito. Había registrado la llegada de una carga para ser exportada, indudablemente en el «Cándida», ahora en órbita en algún lugar del espacio cercano. No se veía ningún desorden. Era como si los de aquí hubiesen salido a echar un vistazo a algo interesante y no hubieran vuelto aún.

Calhoun recorrió el espaciopuerto y se dirigió por las calles y edificios de la ciudad. ¡Era increíble!

Las puertas estaban abiertas o sin cerrar con llave. Las mercancías de las tiendas aparecían expuestas en los escaparates, como si esperaran compradores, e incluso en algunos mostradores, el género estaba como si recientemente hubiera sido mostrado a posibles clientes. No había rastro de convulsión por ninguna parte. En un restaurante se veían platos y cubiertos sobre las mesas. La comida en los platos estaba rancia, como si tuviese tres días, pero todavía no había comenzado a descomponerse por la putrefacción.

El aspecto de todo era como si la gente sentada a punto de comer, se hubiese levantado con sencillez ante alguna señal, y salido sin ningún apresuramiento.

Calhoun hizo una mueca de desagrado. Había recordado algo. Entre las narraciones que habían sido traídas desde la Tierra a los otros mundos de la galaxia, había una historia sin importancia de misterio a la que la gente aún trataba de escribir un final. Era el relato de un antiguo barco de vela llamado el «Marie Celeste», que se encontró navegando sin rumbo en mitad del océano. En la mesa de la cabina del capitán había la comida servida y la cocina estaba aún caliente y por ninguna parte se vela signo de dificultad, o de terror, o de conturbación que hubiera podido causar el abandono del navío. Pero a bordo no había ni un alma. Nadie fue capaz de dar una explicación creíble.

—Solo que esto es a una escala mayor —dijo Calhoun a Murgatroyd—. La gente de esta ciudad se fue hace tres días y no volvió. Quizás en todo el planeta sus habitantes hicieran lo mismo, puesto que no se encuentran señales de comunicación por ninguna parte. ¡Para efectuar la afirmación del siglo, Murgatroyd, no me gusta esto! ¡NO me gusta ni pizca!

II

De regreso hacia el Navío Médico, Calhoun se detuvo en otro lugar en donde, en un planeta herboso, debió haber habido una zona verde. Los árboles eran tipo terrestre y entre ellos tuvo que haber un césped. Los árboles eran florecientes, pero las plantas que cubrían el suelo se habían desplomado y se pudrían. Calhoun recogió un poquito de semilégamo y lo olió. Tenía un olor débil a rancia y a astringente, el mismo que olió cuando abrió la escotilla de la nave. Arrojó aquella porción al suelo y se sacudió las manos. Algo había matado a las plantas que cubrían el suelo.

Escuchó. En todas partes donde viven humanos hay insectos, pájaros y otras pequeñas criaturas que forman parte esencial del sistema ecológico a que pertenece la raza humana. Tienen que ser transportados y establecidos en todos los nuevos mundos que la humanidad intenta ocupar. Pero aquí no se percibía el menor sonido de tales criaturas vivas. Era probable que el rugiente bramar de los cohetes de emergencia del Navío Médico fueran el único verdadero y que la ciudad escuchara desde que sus habitantes se fueran.

La quietud preocupó a Murgatroyd.

—«¡Chee!» —dijo en tono bajo mientras permanecía cerca de Calhoun.

Calhoun sacudió la cabeza. Luego anunció bruscamente:

—¡Vámonos, Murgatroyd!

Regresó a la rejilla y al edificio que albergaba sus controles. Esta vez no miró el diario del espaciopuerto. Entró en la sala de instrumentos grabadores de la segunda función de la rejilla de aterrizaje. Además de elevar y descender navíos del espacio, una rejilla de aterrizaje extraía poder de los iones de la atmósfera superior y lo radioemitía. Proporcionaba toda la energía que los humanos del mundo podían necesitar. Era energía solar, en cierto modo, absorbida y almacenada por una capa de iones de muchos kilómetros de altura, que luego se podía extraer y distribuir por la rejilla. Durante su descenso, Calhoun había advertido que el poder radioemitido, la energía, era aún asequible. Ahora miró lo que

decían los instrumentos.

La aguja del dial que mostraba la succión de energía se movía lentamente arriba y abajo. Era un movimiento rítmico, yendo del máximo hasta el mínimo de utilización de energía y luego repitiéndolo. Aproximadamente seis millones de kilovatios eran extraídos de la emisión cada dos segundos y durante medio segundo. Luego la extracción se cortaba durante un segundo y medio y volvía a repetirse… durante medio segundo.

Frunciendo el ceño, Calhoun alzó los ojos hasta una estupendísima fotografía en color que había en la pared encima de los diales de energía. Era la foto de la parte de Maya ocupada por los humanos, tomada desde más de seis mil kilómetros en el espacio. Había sido ampliada hasta metro y medio por más de dos, y la ciudad de Maya se veía como un grupo irregular de cuadrados y triángulos midiendo cada uno algo más que centímetro y medio de lado. El detalle era perfecto. Resultaba posible ver las líneas absolutamente rectas e infinitamente finas saliendo de la ciudad. Eran carreteras, autopistas de múltiples vías de circulación, de una rectitud matemática que iba de una ciudad a otra y luego también siguiendo su rectitud geométrica, aún adoptando un ángulo nuevo, comunicaban con la siguiente urbe. Calhoun las contempló pensativo.

—La gente abandonó la ciudad a toda prisa —dijo a Murgatroyd — y hubo un grupo de confusión, si se produjo algo de esa clase. Así que sabían por anticipado que quizás tendrían que irse y estaban preparados para hacerlo. Si tomaron algo, ya lo tenían preparado en sus coches. Pero no estaban seguros de que tendrían que marcharse puesto que de otro modo no habrían acudido a atender sus asuntos como siempre. Todas las tiendas estaban abiertas y la gente comía en los restaurantes, etc.

—«¡Chee!» —dijo Murgatroyd como si estuviera del todo de acuerdo.

—Ahora —preguntó Calhoun— ¿dónde fueron? La cuestión es realmente, dónde pudieron ir. ¡Habían ochocientas mil personas en esta ciudad! ¡Los coches los tenían para todos, claro, y con doscientos mil vehículos! Pongámoslos a sesenta metros de separación en una autopista y tendremos dieciséis coches en cada kilómetro y por cada vía de circulación… hagámoslos correr a

ciento cincuenta kilómetros por hora en una carretera de doce vías de circulación, utilizándolas todas en un solo sentido, y tendremos veintiocho mil ochocientos coches por hora… Con dos carreteras serán entonces cincuenta y siete mil seiscientos… Con tres carreteras… Bueno, con dos carreteras podrían vaciar la ciudad en unas tres horas y con tres casi en dos… Puesto que no hay rastro de pánico, eso es lo que ha debido ocurrir. Quizás lo tenían ensayado con anticipación, también. Puede que ya lo hubiesen hecho antes…

Escrutó la fotografía que era mucho más detallada que un mapa. Hacia el norte de Maya City habían montañas, pero solo una carretera conducía hasta ellas. También habían montañas en el Oeste. E igualmente una carretera llegaba a las faldas de los montes, pero no los atravesaba. Por el sur estaba el mar, que se curvaba en torno durante casi quinientos kilómetros de Maya City y conformaba la colonia humana de Maya en una especie de colonia peninsular. Era una fracción pequeña del planeta, pero allí no crecerían los cereales. El planeta podía cultivar plantas nativas para materias primas de química orgánica, pero no todo su propio alimento, por lo que su población estaba limitada.

—Se fueron hacia el este —dijo al poco Calhoun. Siguió las líneas con su dedo—. Tres autopistas van al este. Ese es el único modo en que pudieron marcharse con rapidez. No estaban seguros de que tendrían que irse, pero sabían dónde ir si era preciso. Así que cuando recibieron el aviso, se marcharon. Por tres carreteras, al este. Y les seguiremos y preguntaremos qué diablos les hizo huir. ¡Aquí no hay nada visible!

Volvió al Navío Médico, Murgatroyd sin separarse de su lado. Mientras la escotilla se cerraba tras ellos, hubo un chasquido procedente de los altavoces del micrófono exterior. Escuchó. Era un chasquido doblado, como si se pusiese en funcionamiento y casi de inmediato se cortara otra vez. En un ciclo de dos segundos… el mismo que aquel drenaje de energía. Algo extraía seis millones de kilovatios e inmediatamente cortaba la extracción cada dos segundos. Producía un sonido en los altavoces conectados con los micrófonos exteriores, pero no originaba ruido en el aire. Los chasquidos del micrófono eran debidos a la inducción; amplificación; como los cruces en los cables telefónicos defectuosos.

Calhoun se encogió de hombros con fuerza. Se acercó al

comunicador.

—Llamando a «Cándida»… —comenzó y la respuesta casi le cortó en seco las palabras.

—«“Cándida” al Navío Médico. ¡Adelante! ¡Adelante! ¿Qué pasa ahí abajo?»

—La ciudad está abandonada sin ningún rastro de pánico —contestó Calhoun—, y hay energía y no aparece nada destruido. Es todo como si alguien hubiese dicho: «Fuera de la cómoda ciudad». Y lo han hecho. ¡Eso no ocurre en un abrir y cerrar de ojos! ¿Cuál es su siguiente puerto de llegada?

La voz del «Cándida» se lo dijo, esperanzada.

—Tomen un informe —ordenó Calhoun—. Entréguenlo en la oficina de salud pública inmediatamente que aterricen. Allí lo retransmitirán al cuartel general del sector del Servicio Médico. Voy a quedarme aquí y descubrir qué es lo que está pasando.

Dictó, irritándose cada vez más al hacerlo porque no podía explicar lo que informaba. Algo grave había ocurrido, pero no había rastro que indicara la naturaleza de este grave asunto. Hablando estrictamente, ni siquiera parecía un asunto de salud pública. Pero cualquier emergencia de esta categoría entrañaba factores de sanidad general.

—Me quedo en tierra para investigar —terminó Calhoun—. Informaré más cuando me sea posible. Fin del mensaje.

—«¿Qué hay de nuestro pasajero?»

—¡Al diablo con su pasajero! —exclamó Calhoun enfurecido—. ¡Hagan lo que gusten!

Cortó el comunicador y se preparó para la actividad al exterior del navío. Al poco, con Murgatroyd, buscó un medio de transporte. El Navío Médico no puede utilizarse para una operación de búsqueda. No tenía suficiente combustible para los cohetes. Tendría que utilizar un vehículo de superficie.

De nuevo apareció el panorama de que todo el mundo había salido y no había regresado. Calhoun vio los escaparates de las joyerías. A plena vista y sin vigilancia se mostraban tesoros. Vio una floristería. Había allí flores de tipo terrestre en apariencia lozanas y algunas flores raras y muy hermosas con un follaje verde aceitunado con la misma frescura que las terráqueas. Había una jaula en la que creció una planta y esa planta estaba mustia y

próxima a la putrefacción. Pero una planta que tenía que cultivarse dentro de una jaula…

Encontró una agencia de coches, quizás para la venta de vehículos importados, quizás para los de fabricación en Maya. Entró. Habían muchos coches en exhibición. Eligió uno, deportivo y lujoso. Dio la vuelta a la llave y el motor zumbó. Lo condujo con cuidado hasta la vacía calle. Murgatroyd se sentó interesado a su lado.

—Esto es un lujo, Murgatroyd —dijo Calhoun—. También es un gran robo. Nosotros los médicos no podemos costearnos tales cosas, ni tampoco con frecuencia tener excusa para robarlas. Pero estamos en una época muy extraña. Correremos el riesgo.

—«¡Chee!» —contestó Murgatroyd.

—Queremos encontrar una población furtiva y preguntarles qué les hizo huir. De momento, parece que lo hicieron sin motivo. Quizás les agrade saber que pueden regresar.

—«¡Chee!» —volvió a repetir Murgatroyd.

Calhoun condujo por las vacías vías de circulación. Todo resultaba sobrecogedor. Le parecía qué en cualquier momento alguien asomaría y le diría:

—¡Oh!

Descubrió una autopista elevada y una rampa de acceso. Marchaba de Oeste a Este. Dirigió el coche hacia levante, alerta a cualquier signo de vida. No había ninguno.

Casi había salido de la ciudad cuando sintió como un impacto el rugido de un 800 vulsónico que parecía provenir de muy lejos. Era el resultado de algo que viajase más deprisa que el sonido, cuyo ruido se alejaba hasta ser difícil de captar por el oído humano.

Alzó la vista. Vio florecer un paracaídas como una manchita blanca contra el azul del cielo. Luego oyó el bramar todavía más bajo de tono de una nave supersónica ascendiendo hacia el cielo. Podría ser una lancha salvavidas de una nave espacial, que había ascendido hasta la atmósfera y volvía a marcharse. Lo era. Había dejado caer un paracaídas y ahora regresaba al espacio a su cita con su nave materna.

—Ese debe ser el pasajero del «Cándida». Sí, se mostró lo bastante insistente… —dijo Calhoun con impaciencia.

Frunció el ceño. La voz del «Cándida» le había dicho que su

pasajero exigía que le aterrizasen por motivos comerciales. Y Calhoun tenía prejuicios contra algunas clases de hombres de negocios que pensaban que sus propios asuntos eran más importantes que cualquier otra cosa. Dos años «standard» antes, hizo una inspección sanitaria en Texia II, en otro sector galáctico. Era un planeta llano y había allí una sola y gigantesca empresa de negocios. Verdadera e inimitable habían sembrado hierba terrestre que destruía la vegetación nativa, al contrario de la situación que aparecía aquí, y el planeta entero era un prado monstruoso para el ganado bovino. Salpicado con gigantescos mataderos y ganado en masas de docenas de miles de cabezas que eran trasladados de aquí para allá por campos terrestres de inducción, que actuaban como cercas. Últimamente el ganado era conducido por las mismas cercas de inducción hasta los mataderos y en la actualidad a los pozos en donde eran degollados los bueyes. Cada fracción imaginable de beneficio se extraía de sus cadáveres, y Calhoun descubrió que el cuerpo de un buey era una fuente increíble de ingresos. No se mostraba sentimental acerca del ganado, pero la frialdad absoluta de toda esta operación le dio asco. La misma sangre fría se advertía en los empleados humanos que dirigían el lugar. Sus viviendas eran marginales. El aire tenía olores de matadero. Los hombres que trabajaban para la Texia Company lo hacían a conciencia o no lo hacían. Si no trabajaban, no comían. Su informe Servicio Médico fue mordiente. Desde entonces sintió prejuicios contra los hombres de negocios.

Descendió el paracaídas suavemente lejos de la ciudad. Aterrizaría bastante cerca de la autopista que Calhoun seguía. Y no se le ocurrió dejar de ayudar al desconocido paracaidista. Vio una figura pequeña pendiente debajo de las sedas y disminuyó la marcha de su vehículo. Calculó dónde aterrizaría aquel hombre.

Se encontraba en la carretera de doce vías y en un desvío lateral, cuando el paracaídas estaría a una altura de treinta metros. Corrió a través del campo cubierto de plantas verde oliva, del campo que se perdía en el horizonte, cuando el paracaidista tocó tierra. Hacía considerable viento. El hombre rebotó. No sabía cómo deshinchar el hongo de seda y el paracaídas le arrastró. Calhoun apretó la marcha, giró y saltó sobre el paracaídas.

El hombre estaba enredado e inerme entre el cordaje. Lo deslió

con pericia. Al ver a Calhoun dijo receloso:

—¿Tiene usted un cuchillo?

Calhoun se lo ofreció, abriendo educadamente la hoja. El hombre cortó las cuerdas. Se libertó. En el arnés del paracaídas había un maletín de mano. Cortó las cuerdas que sujetaban el maletín. El objeto no solo quedó libre, sino que se abrió. Dejó caer una masa increíble de certificados de crédito interestelar nuevos completamente y en apretados fajos. El hombre del paracaídas sacó del sobaco una pistola desintegradora. No era una arma de servicio. Era complicada. Prácticamente parecía un juguete. Con sombría mirada de Calhoun, se la metió en un bolsillo lateral y recogió el dinero desparramado. Era una suma enorme, que guardó antes de incorporarse.

—Me llamo Allison —dijo con voz autoritaria—. Arthur Allison. Le estoy muy agradecido. Ahora lléveme usted a Maya City.

—No —contestó Calhoun educadamente—. Acabo de salir de allí. Está abandonada. No pienso volver. No hay nadie.

—Pero tengo un negocio importante… —el individuo le miró con fijeza—. ¿Está desierta? ¡Pero eso es imposible!

—Del todo —asintió Calhoun— pero es verdad. Está abandonada. Está deshabitada. Todos se fueron. No queda nadie en absoluto.

El hombre que se hacía llamar Allison parpadeó incrédulo. Masculló un juramento. Luego comenzó a maldecir. Pero no se vio sorprendido por la noticia. Lo que, bien considerado, era también anonadador. Luego sus ojos se mostraron suspicaces y miró a su alrededor.

—Me llamo Allison —repitió, como si hubiese alguna especie de magia en la palabra—. Arthur Allison. No me importa lo que haya ocurrido, tengo que hacer algunos negocios aquí. ¿Adónde habrá ido la gente? ¡Necesito descubrir…!

—Yo también necesito descubrirlo —dijo Calhoun—. Le llevaré conmigo, si gusta.

—Usted ha oído hablar de mí —era una afirmación, hecha con toda seguridad.

—Nunca —contestó Calhoun con educación—. Si no está usted herido, ¿qué le parece si subimos al coche? Estoy tan impaciente como usted para descubrir lo ocurrido. Soy del Servicio Médico.

Allison avanzó hacia el coche.

—Servicio Médico, ¿eh? ¡No tengo un gran concepto del Servicio Médico! ¡Ustedes tratan de meterse en cosas que no les importa!

Calhoun no contestó. Aquel hombre, apretando con fuerza el maletín, cruzó por entre las plantas verde oliva hasta el coche y se instaló en él.

Murgatroyd dijo cordial:

—«¡Chee-chee!» —pero Allison le miró con disgusto.

—¿Qué es esto?

—Es Murgatroyd —contestó Calhoun—. Un «tormal». Forma parte del personal del Servicio Médico.

—No me gustan las bestias —dijo Allison con frialdad.

—Para mí este animal es más importante de lo que puede usted serlo —advirtió Calhoun se lo digo por si acaso llegara el momento de tener que demostrarlo y ponerles a los dos a prueba. Allison le miró con fijeza, como si esperara que el otro se disculpara. Calhoun no lo hizo. Mostraba todas las señales de ser un hombre importante que esperaba que esta importancia fuese reconocida y acatada. Cuando Calhoun se agitó gruñó un poco. Calhoun ocupó su lugar. El motor zumbó. Se levantó sobre las seis columnas de aire que ocupaban el lugar de las ruedas. Cruzó el campo de plantas verde oliva, dejando que el paracaídas se deshinchase por sí solo, fuese arrastrado un trecho de terreno y dejara un reguero de plantas aplastadas a su paso.

Volvió otra vez a la autopista. Calhoun subió a la cuneta hasta la calzada y luego de pronto se detuvo. Había advertido algo. Paró el coche y bajó. Donde terminaba el campo arado y antes de que comenzase la superficie alquitranada de la autopista, había un espacio donde en cualquier otro mundo se esperaría ver hierba verde. En este planeta la hierba no crecía. Pero de ordinario se veía alguna especie de vegetación plantada en donde hubiese tierra apropiada, sol y humedad. Aquí hubo tal vegetación, pero ahora solo era una fila en masa repelente de follaje putrefacto. Calhoun se inclinó. Percibió el hedor débil y astringente de la podredumbre. Estas eran las plantas terrestres de Maya de las que Calhoun había leído tanto. Tenían tallos móviles y hojas de flores. Poseían tendencias caníbales. Estaban muertas. Pero allí estaban las semillas locales que habían hecho imposible que creciese el grano para el

uso humano en este mundo.

Calhoun se incorporó y regresó al coche. Plantas como esta estaban mustias en la base del edificio del espaciopuerto y en otro lugar en donde debieron formar una zona verde. Calhoun había visto un gran ejemplar muerto de esa especie en la floristería. Lo habían cultivado en una jaula antes de que muriera. Aquí había una coincidencia singular. Los humanos huían de algo y ese algo causó la muerte de una raza particular de plantas caníbales.

Exactamente eso no concordaba con nada en particular y ciertamente no resultaba prueba en absoluto. Pero Calhoun condujo con un humor algo turbado. El germen de una hipótesis se formaba en su mente. No podía tratar de engañarse de que era probable, pero seguramente resultaba menos imposible que la mayoría de las hipótesis que explicasen cómo dos millones de seres humanos abandonaban sus hogares ante un aviso inmediato.

III

Llegaron a la desviación que daba acceso a un pueblo llamado Tenochitlan, a unos sesenta y cinco kilómetros de Maya City. Calhoun se desvió de la autopista para atravesarlo. Quien hubiese elegido el nombre de Maya para este planeta se interesaba por las leyendas del Yucatán, allá en la Tierra. Había muchos ejemplos de tal afición en la lista de puertos de llamada del Navío Médico. Calhoun tocaba tierra regularmente en planetas que tenían el nombre de condados y ciudades en donde los primeros hombres partieron para las estrellas y nostálgicamente bautizaron sus descubrimientos con substantivos llenos de añoranza. Había un Tralee, y Dorset, y un Eire. Los colonos con frecuencia tomaban el nombre dado de su mundo como sistema y elegían los otros nombres relativos para los mares y penínsulas y cadenas montañosas. Calhoun incluso había visitado un mundo llamado Texia, en donde la rejilla de aterrizaje se alzaba cerca de una urbe llamada Corral, y el principal puesto elaborador de carnes tenía el nombre de Rodeo.

Quienquiera que se bautizara Tenochitlan habría sugerido, sin embargo, algo que la propia ciudad lo negaba. Era un pueblecito. Tenía un tipo de arquitectura local agradable. Habían tiendas y algunas fábricas, y muchas viviendas estrictamente particulares, algunas apiñadas juntas y otras en medio de jardines de considerable tamaño. En esos jardines también había mustiedad y podredumbre entre las plantas caníbales. No había hierba, porque tales plantas lo impedían, pero ahora aquellas expresiones vegetales naturales que impedían que crecieran otras hierbas estaban muertas. Excepto una clase de cosas crecientes, sin embargo, el resto de la vegetación parecía lozana.

Pero el pueblecito estaba desierto. Sus calles se encontraron vacías. Sus casas desalquiladas. Algunas viviendas estaban aparentemente cerradas con llave, aquí, sin embargo, Calhoun vio a tres o cuatro tiendas cuyos géneros en venta habían sido tapados con fundas de plástico antes de que los propietarios partieran. Dedujo que en esta ciudad se recibió el aviso más temprano que en

la del espaciopuerto, o que sabían que tenían tiempo de ponerse en movimiento antes de que las autopistas estuviesen llenas de coches procedentes del oeste.

Allison miró las casas con ojos agudos y calculadores. No pareció fijarse en la ausencia de gente cuando Calhoun regresó a la gran carretera más allá del pueblecito, Allison contempló los campos sin fin de plantas verde oscuro con la misma especie de interés.

—Interesante —dijo bruscamente cuando Tenochitlan quedó atrás y se redujo a una simple manchita en el horizonte—. Muy interesante. Me interesa la tierra. Los bienes raíces. Ese es mi negocio. Tengo una corporación que posee tierras en Thanet Tres. Poseo pertenencias también en Dorset. Y en todas partes. Se me acaba de ocurrir. ¿Qué vale esta tierra y las ciudades si la gente se marcha lejos?

—¿Y qué vale la gente que es capaz de huir? —preguntó Calhoun.

Allison no le hizo caso. Parecía ensimismado. Pensativo.

—Vine aquí a comprar tierra —dijo—. Tenía concertado adquirir algunos cientos de kilómetros cuadrados. Compraría más si el precio fuera bueno. Pero… tal y como están las cosas, me parece que los precios del terreno deberán bajar bastante. ¡Más que bastante!

—Eso depende de que quede alguien vivo para venderle el terreno y de qué clase de cosas hayan ocurrido —dijo Calhoun.

Allison le miró con viveza.

—¡Ridículo! —dijo con autoridad—. ¡incuestionablemente están vivos!

—Pienso que debían estarlo —observó Calhoun—. Por esa razón han huido. Esperaban estar a salvo allá donde fueron. Y ojalá tengan razón.

Allison ignoró el comentario. Sus ojos permanecieron agudos e intensos. No estaba desconcertado por la huida de la gente de Maya. Su mente se afanaba en la contemplación de aquella huida desde el punto de vista del hombre de negocios.

El coche siguió veloz hacia delante. Los campos infinitos de verde oscuro quedaron atrás. La carretera estaba desierta. Habían tres vías de calzada en superficie, de rectitud matemática,

perdiéndose en el horizonte. Siguieron así durante decenas y centenares de kilómetros. Cada vía era lo bastante amplia para permitir el paso de cuatro coches de superficie lado a lado. La autopista pretendía permitir que todos los productos de aquellos campos fuesen llevados a un mercado o a una fábrica elaboradora a mayor velocidad posible y en cualquier cantidad imaginable. Las mismas carreteras habían permitido que los ciudadanos abandonaran la ciudad nada más recibieran el aviso… cualesquiera que este fuese.

Ochenta kilómetros más allá de Tenochitlan había una franja de cobertizos de dos kilómetros de longitud, contenían maquinaria agrícola para la cosecha y camiones para transportar los productos a su primer destino. No había rastro de vida en torno a la maquinaria. Tampoco había un rastro de vida en una hora de camino hacia el Oeste.

Luego a la izquierda apareció una ciudad invisible. Pero no estaba comunicada por aquella autovía en particular, sino por otra. En sus calles no había señal de movimiento. Se perdía a lo largo del horizonte a la izquierda y atrás. Al poco desapareció.

Media hora más tarde, Murgatroyd dijo:

—«¡Chee!»

Se agitó inquieto. Un momento más tarde volvió a decir:

—«¡Chee!»

Calhoun apartó los ojos de la carretera. Murgatroyd parecía desgraciado. Calhoun pasó la mano por el peludo cuerpo del «tormal». Murgatroyd se oprimió contra él. El coche siguió corriendo. Murgatroyd murmuró un poquito. Los dedos de Calhoun notaron cómo los músculos del animalito se ponían tensos, luego se relajaban y al cabo de un rato volvían a tensarse. Murgatroyd dijo casi histéricamente:

—«¡Chee-chee-chee-chee!»

Calhoun detuvo el coche, pero Murgatroyd no pareció aliviarse. Allison preguntó impaciente:

—¿Qué ocurre?

—Eso es lo que trato de averiguar —contestó Calhoun. Tomó el pulso a Murgatroyd y lo cronometró con su reloj de pulsera. En todos los espasmos musculares de Murgatroyd, coincidieron con las conturbaciones de los latidos del corazón. Se producían

aproximadamente a intervalos de dos segundos y la tensión de los músculos duraba precisamente medio segundo.

—¡Presionó el ciento! —exclamó Calhoun.

Murgatroyd volvía a lloriquear y dijo:

—«¡Chee-chee-chee!»

—¿Qué ocurre? —preguntó Allison, con la impaciencia de un hombre muy importante—. ¡Si el animal está enfermo, que lo esté! Tengo que averiguar…

Calhoun abrió su equipo médico y rebuscó en su interior cuidadosamente. Encontró lo que necesitaba. Colocó un comprimido en la boca de Murgatroyd.

—¡Trágatelo! —ordenó.

Murgatroyd se resistió, pero al final se tragó el comprimido. Calhoun le contempló con viveza. El sistema digestivo de Murgatroyd era delicado, pero de confianza. Cualquier cosa que pudiera ser venenosa, el estómago de Murgatroyd lo rechazaría al instante. Pero aguantó la píldora.

—¡Vive! —exclamó indignado Allison—. ¡Tengo que hacer negocios! ¡En este maletín llevo algunos millones de créditos interestelares, en efectivo, para pagar las compras de tierra y de fábricas! ¡Necesito hacer algunos tratos condenadamente buenos! ¡Me figuro que lo más importante de nada de lo que usted piense es mi trabajo! ¡Resulta todavía más importante que el dolor de barriga de una bestezuela!

Calhoun le miró con frialdad.

—¿Posee usted tierras en Texia? —preguntó.

Allison se quedó boquiabierto. En su rostro aparecieron las extremas sospechas y la intranquilidad. Hasta como signo de la inquietud, su mano fue hasta el bolsillo lateral en el que había guardado el arma. No la sacó. Calhoun disparó su izquierda y dio en el blanco. Le quitó a Allison el desintegrador de artesanía y lo arrojó entre las filas monótonas de plantas verde oliva. Volvió a la observación de Murgatroyd.

A los cinco minutos los espasmos musculares disminuyeron. A los diez, Murgatroyd se erizó. Pero pareció pensar que Calhoun había hecho algo notable. Con el más cálido de los tonos, dijo:

—«¡Chee!»

—Muy bien —dijo Calhoun—. Seguiremos adelante. Sospecho

que te comportarás también como nosotros… durante un rato.

El coche se alzó unos cuantos centímetros sobre las columnas de aire que le sostenían por encima del suelo. Siguió adelante, todavía hacia el Este. Pero Calhoun condujo ahora con mayor lentitud.

—Algo proporcionaba a Murgatroyd espasmos musculares rítmicos —dijo con frialdad—. Le di una medicación para detenérselos. Es más sensible que nosotros, así que reaccionó a un estímulo que todavía no hemos advertido. Pero creo que no tardaremos en notarlo.

Allison parecía turbado por la afrenta que se le había hecho. Resultaba increíble que alguien le hubiera puesto las manos encima.

—¿Qué diablos tiene que ver eso conmigo? —preguntó furioso —. ¿Y por qué me golpeó? ¡Lo va a pagar caro!

—¡Hasta que lo pague, usted estará quietecito! —le dijo Calhoun —. Y si es preciso le arrancaré los diablos del cuerpo. Una vez había un chisme del Servicio Médico, un aparatito que traducía la contracción de ciertos músculos elegidos. Era útil para volver a poner en funcionamiento a los corazones detenidos sin necesidad de una operación. Regulaba el pulso del corazón que era demasiado lento o peligrosamente irregular. Pero algún hombre de negocios tuvo la brillante idea y consiguió que un investigador a sueldo enlazara el aparato a las corrientes inductoras del suelo. ¡Supongo que usted conoce a ese hombre de negocios!

—No sé de lo que me habla —saltó Allison. Pero se mostró singularmente tenso.

—Yo sí —afirmó Calhoun con tono desagradable—. Efectué una inspección de salud pública en Texia hace un par de años. Todo el planeta es una gigantesca y única empresa ganadera. No utilizan cercas metálicas. Los rebaños son demasiado grandes para que tales cosas los detenga. No utilizan vaqueros. Cuestan dinero. En Texia utilizan la inducción de campo y el aparato del Servicio Médico unido a él para servir como cercas ganaderas. Actúan igual que estas cercas, a pesar de que son proyectadas a través del suelo. El ganado se vuelve inquieto cuando trata de cruzarlas. Por eso se retira. Por eso los hombres lo controlan. Lo trasladan cambiando las cercas ganaderas que son corrientes inducidas en el suelo, de sitio a sitio. El ganado tiene que seguir moviéndose o se ve castigado por la cerca movible. ¡Incluso los conducen hasta las rampas del

matadero mediante campos de inducción solar! Ese es el truco en Texia, donde los campos de inducción conducen al ganado. ¡Creo que es el truco utilizado en Maya, en donde la gente está conducida como ganado y arrancada de sus ciudades para que el valor de sus campos y fábricas caiga… y que un comprador de terrenos encuentre gangas!

—¡Está usted loco! —saltó Allison—. ¡Acabo de bajar a este planeta! ¡Me vio aterrizar! ¡No sé qué es lo que pasó antes de llegar aquí! ¿Cómo iba a poder saberlo?

—Pues, quizás lo concertó de antemano —anunció Calhoun.

Allison adoptó un aire de superior dignidad ofendida. Calhoun condujo el coche hacia delante a menor velocidad que la marcha de un peatón. Al poco se miró las manos que aferraban el volante. De vez en cuando los tendones de sus dedos parecían retorcerse. A intervalos rítmicos, la piel se encogía en el dorso de sus manos. Miró de reojo a Allison. Las manos de Allison estaban fuertemente crispadas.

—De acuerdo, hay una cerca de inducción del suelo en acción —dijo Calhoun calmoso—. ¿Se da cuenta? Es una cerca ganadera y nos estamos metiendo en ella. Si fuésemos ganado, ahora, daríamos la vuelta y nos alejaríamos.

—¡No sé de lo que me habla! —exclamó Allison.

Pero sus manos permanecieron crispadas. Calhoun disminuyó la marcha todavía más. Comenzó a sentir, por todo su cuerpo, que cada músculo tendía a retorcerse al mismo tiempo. Era una sensación horrible. Sus músculos cordiales trataron de contraerse también, simultáneamente, con el resto, pero el corazón propio tenía su propio ritmo pulsatorio.

A veces el batir normal coincidía con el retorcimiento. Entonces su corazón latía con violencia… tan violentamente que resultaba doloroso.

Pero con igual frecuencia la contracción impuesta de los músculos cordiales venía poco después de una contracción normal y entonces la víscera permanecía como anulada prietamente durante medio segundo.

Fallaba un latido y la sensación era de agonía.

Ningún animal hubiera avanzado arrastrando tales sensaciones. Hacía mucho rato que habrían dado media vuelta.

Calhoun detuvo el coche. Miró a Murgatroyd. Murgatroyd era por completo dueño de sí mismo. Fijó sus ojos inquisitivos en Calhoun. Calhoun le saludó con la cabeza, pero habló, con alguna dificultad, a Allison.

—Veremos… si esta cosa… aumenta… Ya sabe que se trata… del truco… de Texia… Una inducción… de campo… colocada… aquí. Conduce a la gente… como ganado… Ahora… nos hemos metido… en ella… Está… reteniendo… a la gente… como ganado.

Jadeaba. Sus músculos pectorales se controlan con el resto, de manera que su respiración quedaba interferida.

Pero Murgatroyd, que antes se mostrase intranquilo e incómodo hasta el punto de que Calhoun advirtiera que algo iba mal, aparecía ahora tranquilo y fresco. La medicación había sensibilizado sus músculos a los estímulos exteriores. Podía recibir una considerable descarga eléctrica sin que le afectara, siempre y cuando no fuera excesivamente intensa, claro.

Una cólera salvaje se apoderó de Calhoun.

Todo encajaba. Allison se había llevado la mano convenientemente a su desintegrador cuando Calhoun mencionó Texia. Eso significaba que Calhoun sospechaba lo que Allison sabía por cierto.

Una unidad de cerca ganadera había sido instalada en Maya y estaba reteniendo, como a ganado, a la gente que previamente condujo en manada.

Calhoun hasta podía deducir con alguna precisión exactamente lo que se había hecho.

La primera experiencia de Maya con la cerca ganadera habría sido una suavísima versión de ello. Debió contener una pequeña energía y causar solo incomodidad advertible. Tuvo que moverse de Oeste a Levante, despacio, y luego de llegar a cierto lugar desvanecerse. Y habría sido un misterio que nadie en Maya lo comprendería.

Al cabo de una semana quedaría casi olvidado. Pero entonces vendría una conturbación más fuerte. Y viajaría como la primera; por toda la extensión peninsular en la que se alzaba la colonia, pero deteniéndose en el mismo punto que antes y luego desvaneciéndose hasta la nada.

Esto también parecería misterioso, aunque nadie sospecharía

que era causado por los humanos. Se lanzarían en teorías y preguntas, pero al final se le consideraría como un acontecimiento nada familiar aunque natural.

Posiblemente la tercera utilización de la cerca ganadera sería mucho más molesta. En esta ocasión el dolor sería agudo. Pero cruzaría las ciudades, las atravesaría… y descendería por la península a donde se detuvo y desvaneció en las dos anteriores ocasiones. Y la gente de Maya se encontraría molesta y asustada. Pero considerarían que sabían que comenzaba al oeste de la ciudad y que se movía hacia levante a tal velocidad y que finalizaba tan y tan lejos. Y se organizarían para aplicar esta elaborada información.

Calhoun, claro, solo podía razonar que esto es lo que debía ocurrir. Pero ninguna otra cosa pudo suceder. Quizás aquí había más de tres utilizaciones de la movible cerca ganadera para conseguir que la gente se preparase para el traslado más allá del lugar conocido en el que siempre la sensación se desvanecía hasta anularse por completo. Quizás tuvieron un intervalo de días, o semanas, o meses. Puede que las manifestaciones hubieran sido más fuertes, seguidas por otras más débiles y nuevamente fuertes otra vez.

Pero que había una cerca ganadera… una cerca ganadera inductiva… cruzando aquí la autopista, eso era cierto. Calhoun se había metido en ella. Cada dos segundos los músculos de su cuerpo se ponían tensos. A veces su corazón fallaba un latido pero en el momento en que su respiración se detenía, y en otras ocasiones latía violentamente. Le parecía que los síntomas se hacían más y más insoportables.

Sacó su equipo médico, con manos que espasmódicamente resultaban incontrolables. Buscó la misma dedicación que había dado a Murgatroyd y sacó dos comprimidos.

—Con toda razón —dijo fríamente—, debería dejarle soportar esta maldita cosa que usted creara. ¡Pero… tome!

Allison estaba preso del pánico. La idea de una cerca ganadera sugería incomodidad, claro. Pero no indicaba peligro. La experiencia de una cerca ganadera, diseñada para enormes bestias en lugar de hombres, era terrible. Allison se quedó boquiabierto. Efectuó movimientos convulsivos. Calhoun se movió de manera errática. Durante segundo y medio, de cada dos, podía controlar sus

músculos. Durante medio segundo cada vez, no podía hacerlo. Pero metió el comprimido en la boca de Allison.

—¡Tráguéselo! —ordenó—. ¡Trague!

El coche de superficie descansaba tranquilo sobre la carretera, que aquí proseguía durante dos kilómetros y luego se hundía en una suave pendiente para después remontarse una vez más. Los campos totalmente nivelados a derecha e izquierda finalizaban también aquí. Crecían árboles nativos, agitando ostentosamente sus largas frondas. La maleza escondía la mayor parte del suelo. Eso parecía normal. Pero la vegetación más baja que cubría el terreno estaba mustia y pudriéndose.

Allison tragó el comprimido. Calhoun hizo lo propio con el suyo. Murgatroyd miró inquisitivo a un hombre y a otro. Dijo:

—«¿Chee? ¿Chee?»

Calhoun se arrellanó en su asiento, respirando con cuidado para permanecer vivo. Pero nada podía hacer en lo referente al latir de su corazón. El sol lucía brillante, aunque ahora estaba bajo, hacia el horizonte.

Habían nubes en el cielo enrojecido. Soplaba una suave brisa. Todo, en su apariencia, era pacifico, tranquilo y vulgar en este pequeño mundo.

Pero en la zona que los seres humanos habían ocupado, habían ciudades que quedaban todavía inmóviles y silenciosas y abandonadas y, en algún lugar… La población del planeta aguardaba intranquila la última de una serie de increíblemente terribles fenómenos, aguardando que estos terminaran. Pero ahora la aflicción extraña y universal había comenzado en algún lugar y se movía despacio hasta otro y luego disminuía y dejaba de ser. Pero esto era el mayor y peor de los tormentos. Y no había terminado. No había disminuido. Al cabo de tres días continuaba con plena potencia en el lugar en donde previamente se había detenido con plena potencia, en el lugar en donde previamente se había detenido y desaparecido.

La gente de Maya estaba asustada. No podían regresar a sus casas. No podían ir a ninguna parte. No estaban preparados para que una emergencia durara varios días. No habían traído comida en previsión.

Comenzaba a parecer como si fueran a morir de hambre.

IV

Calhoun estaba en mala forma cuando el coche deportivo llegó al final de la autopista. Primero, todas las múltiples calzadas de la ruta que le habían traído aquí se unían con triples cintas de superficie iguales desde el Norte. Al cabo de un trecho habían veinticuatro vías de circulación asequibles al tráfico. Manaban juntas y luego se redujeron a doce. Después había evidencia de una enorme concentración de tráfico ocurrida desde no mucho tiempo. Maleza y árboles pequeños estaban aplastados y destrozados allá donde los coches se vieran obligados a salirse de la superficie fatales de las carreteras para cruzar por la maleza. Las doce vías se reducían a seis y la zona sin pavimentar a ambos lados mostraba que innumerables coches se vieron obligados a salirse del pavimento. Luego quedaban tres vais y después dos, y por último una sola cinta de pavimento en donde no más que dos coches podían marchar lado a lado.

La devastación era asombrosa. Toda visible vegetación en un kilómetro a derecha e izquierda estaba aplastada y destruida. Llegó a un estrecho camino que dejaba de ser completamente recto. Se cortaba en torno a un otero, y aquí el suelo ya no era perfectamente llano y llegaba a un final.

Y Calhoun vio todos los coches de superficie del planeta reunidos y aparcados juntos.

No habían edificios. No habían calles. No había nada de civilización excepto centenares de millares de coches. Resultaba un espectáculo extraordinario, detenidos al azar, sus partes delanteras apuntando en todas las direcciones, los tubos columna de aire metidos en el suelo de manera que muchas dificultades ofrecería volverlos a libertar.

Aparcados, parachoques contra parachoques, y en líneas densas, en teoría podrían estacionarse veinticinco mil coches en una zona de dos kilómetros cuadrados. Pero aquí habían muchos más coches que esa cantidad y algunos lugares eran convenientes para el aparcamiento, y los callejones estaban situados al azar y no se había hecho ningún esfuerzo especial para colocar el máximo número de

coches con el espacio más reducido. Así que todo el transporte de superficie del planeta Maya se extendía en una zona de ciento veinticuatro kilómetros cuadrados. Aquí, los coches estaban apretados los unos contra los otros. Allá, había mucho espacio entre ellos.

Calhoun llegó al final de la carretera de superficie y esperó a que los comprimidos que había tomado y dado a Allison hicieran efecto lo mismo que ocurrió con Murgatroyd, cosa que estaba a punto de suceder. Siguió conduciendo, pero la fuerza del campo de inducción había aumentado hasta lo intolerable. Cuando detuvo el coche deportivo, mostraba los efectos de lo que había tenido que soportar.

Figuras moviéndose cayeron sobre él instantáneamente e hicieron ansiosas preguntas.

—¿Ha cesado? ¿Logró pasar? ¿Podemos volver?

Calhoun sacudió la cabeza. Acababa de ponerse el sol y en el firmamento por Occidente se veían brillantes colores, pero que, sin embargo, no pudieron animar el rostro de Calhoun. Tenía las mejillas grisáceas, sus ojos hundidos, y parecía como si estuviera en las últimas etapas de la exhaustación. Dijo pesadamente:

—Siguen todavía ahí. Atravesamos. Soy del Servicio Médico. ¿Tienen aquí algún gobierno? Necesito hablar con alguien capaz de dar órdenes.

Si lo hubiese preguntado dos días antes no habría tenido respuesta, porque los fugitivos estaban solo aguardando a que el desastre finalizase. Con veinticuatro horas de antelación, habría encontrado hombres con autoridad tratando afanosamente de arreglar los suministros de agua potable para unos dos millones de personas, con carencia absoluta de pozos, bombas, o modos de conseguir esta agua. Y si la pregunta la hubiera hecho un día después, es bastante probable que no hubiera encontrado otra cosa que un salvaje desorden.

Pero llegó al anochecer, dentro de las setenta y dos horas después del éxodo de las ciudades.

No se puede hablar de comida y el agua era escasa, y los fugitivos comenzaban a sospechar que nunca podrían abandonar este lugar y que quizás murieran aquí.

Unos cuantos hombres dejaron la creciente multitud en torno al

coche deportivo para buscar a individuos capaces de dar órdenes. Calhoun permaneció en el coche, descansando de la tensión insoportable que había soportado. La cerca ganadera de inductor de campo tenía unos dieciséis kilómetros de profundidad. En el primer kilómetro y medio no se sintió mal. Solo Murgatroyd lo percibió. Después de cuatro kilómetros Calhoun y Allison sufrieron. Pero la medicación les dio fuerzas para soportarlo. Sin embargo, tuvieron que recorrer largo, muy largo trecho hasta el centro del campo de inducción, terreno en el que la asistencia era un puro tormento. Los músculos de Calhoun le desafiaban en cada ciclo de dos segundos y su corazón y pulmones parecían constantemente a punto de ceder incluso en la pretensión de trabajar. En esta parte del campo de la cerca ganadera, apenas se atrevía a conducir más aprisa que al paso de una persona que marchara despacio, con el fin de observar el control del coche ya que su propio cuerpo era incontrolable. Pero al poco la fuerza del campo disminuyó y por último finalizó totalmente.

Ahora Murgatroyd miraba con cordialidad las figuras que se apiñaban en torno al coche. Apenas había sufrido. Se tomó la dosis de medicina correspondiente a la mitad que tomara Calhoun ya que su peso corporal era la décima parte del de Calhoun. Logró desenvolverse bien. Ahora miraba con expectación a lo que parecía una atestada masa de hombres en torno al vehículo que había cruzado la invisible barrera por la autopista.

Aguardaban desesperanzados, noticias que les dieran esperanza. Pero Murgatroyd aguardaba inquieto a que alguien le diera la bienvenida y le ofreciese pastelillos, golosinas y quizás una taza de café. Sin embargo, nadie lo hizo.

Había pasado mucho tiempo antes de que se agitara el borde de la multitud. Entonces la noche había caído de lleno y durante kilómetros y kilómetros en todas las direcciones las luces de los faros de los coches de los habitantes de Maya relucían brillantemente. Extraían energía de la radioemitida, naturalmente, tanto para sus motores como para su alumbrado. En alguna parte, gritaban a los hombres. Calhoun hizo girar los faros en busca de guía. Más gritos. Algunos hombres forcejeaban por abrirse paso a través de la multitud. Con dificultad, al poco, llegaron hasta el vehículo.

—Dicen que ha atravesado usted —jadeó un individuo alto—, pero que no puede volver. Dicen…

Calhoun se reanimó. Allison, a su lado, se agitó. El hombre alto volvió a jadear:

—Soy el presidente planetario. ¿Qué podemos hacer?

—Primero, escuchad —dijo Calhoun cansado.

Había reposado un poco. No mucho, sino algo. El trabajo actual que hiciera al conducir durante quinientos y pico de kilómetros desde Maya City era trivial. Pero los continuos espasmos últimamente violentos de su corazón y músculos respiratorios habían sido agotadores.

Oyó cómo Murgatroyd decía congraciador:

—«Chee-chee-chee» —y puso su mano sobre el animalito para tranquilizarle.

—La cosa de la que huyeron —dijo Calhoun con un esfuerzo—, es un tipo de campo de inducción del suelo que utiliza el poder energético emitido desde la rejilla. Se usa en Texia para confinar el ganado en sus pastos y hacerle peligrar cuando es preciso. Pero estaba diseñado para el ganado. Es una cerca ganadera. Podría matar a los humanos.

Prosiguió, su voz recobrando fuerza y serenidad mientras hablaba. Explicó, con precisión, cómo se proyectaba un campo de inducción terrestre en una línea en ángulo recto de su fuente de creación. Podía cambiarse por ajustes en los aparatos que lo proyectaban. Había sido diseñado para producir los efectos que experimentaron en el ganado, pero ahora lo empleaban con los hombres.

—Pero… pero si emplea el poder radioemitido dijo apremiante el presidente planetario —entonces, si se corta esa energía radiada se detendrá. Si usted ha logrado atravesar hasta aquí, díganos cómo logró pasar para volver y cortaremos nosotros mismos la energía radiante. ¡Es preciso que hagamos algo inmediatamente! ¡Todo el planeta se encuentra aquí! ¡No hay comida! ¡No hay agua! ¡Algo ha de hacerse antes de que comencemos a morir!

—¡Pero, si ustedes cortan energía morirán de todos modos! —exclamó Calhoun—. Tienen aquí a un par de millones de personas. Se encuentran a centenares de kilómetros de los lugares en donde existe la comida. Sin energía no podrá entrar el alimento hasta aquí

y llevarles a ellos a sus lugares respectivos. Corten la energía y quedaran todavía atascados en este lugar. Sin energía morirán tan pronto como con ella.

Hubo un murmullo de los hombres que escuchaban alrededor. En parte era un gruñido, en parte un gemido.

—Acabo de descubrir esto —dijo Calhoun—. Hasta los últimos quince kilómetros no sabía exactamente cuál era la situación y tuve que llegar hasta aquí para asegurarme. Ahora necesito que unas cuantas personas me ayuden. No será agradable. Quizás tenga medicinas suficientes para conseguir que una docena de personas regresen. Será mucho más seguro si me llevo solo seis. Consigan a un médico que me elija seis hombres. Con buen corazón, me refiero a que gocen de buena salud. Pulmones perfectos. Dos han de ser ingenieros electrónicos. Los otros buenos tiradores. Si me los preparan, les daré el mismo medicamento que nos permitió pasar. Es una droga insensibilizadora, pero resulta en cierto modo afectivo. Traten de encontrar algunas armas para esos hombres.

Todas las voces murmuraron alrededor. Los individuos explicaban a otros hombres lo que Calhoun acababa de decir. El amenazador desastre ante el que todos huyeron, no era una catástrofe natural, sino… ¡Artificial! ¡Hecha por los hombres! ¡Habían sido conducidos aquí y sus esposas e hijos tenían hambre por causa de lo que algunos hombres habían hecho!

Un murmullo llegó de la multitud que rodeaba el coche deportivo. De momento, nadie preguntó cuál podía ser el motivo para que los hombres acabasen como lo habían hecho. Una furia pura llenaba la turba. Calhoun se acercó más a Allison.

—Yo de usted no bajaría del coche —dijo en voz baja—. Y con seguridad no intentaría comprar ninguna verdadera propiedad a precio bajo.

Allison se estremeció.

Hubo vasta, vastísima agitación mientras la explicación pasaba de hombre a hombre. Figuras se alejaron en la oscuridad. Las iluminadas ventanillas de los coches parpadearon mientras la gente pasaba entre ellas en plena oscuridad. La población de Maya se extendía en una superficie de muchísimos kilómetros cuadrados en lo que había sido tierra salvaje, no existiendo ningún sistema laborable de comunicación por el que las noticias pudieran

extenderse con rapidez. Pero mucho antes del alba todos sabían por qué habían huido, que la causa era un peligro artificial y que habían sido conducidos hasta aquí como ganado, tras una cerca ganadera, aparentemente para que murieran.

A Allison le castañetearon los dientes. Era un hombre de negocios y hasta ahora pensó como tal. Había tomado decisiones en despachos, con abogados, secretarios y empleados, para que estas decisiones resultaran prácticas y seguras, pero sin que nadie pagase las consecuencias más que aquellas que fueran de índole financiero. Pero vio ahora aquí posibles consecuencias para sí mismo. Había tomado tierra en Maya porque consideraba el asunto demasiado importante para confiárselo a otra persona. Durante un rato creía que acabaría como único propietario de la colonia Maya, con todas las plantas creciendo para su beneficio, y cada fábrica produciéndole dinero, y cada habitante convertido en su empleado. Así había sido el sueño más grandioso posible. Los detalles y maniobras precisaban completarse manando en su mente.

Pero ahora le castañeteaban los dientes. Con diez palabritas pronunciadas por Calhoun podía ser literalmente hecho pedazos por los furiosos hombres que le rodeaban. Su maletín con millones de créditos en efectivo… Sería la prueba de lo que Calhoun dijera. Allison conoció el terror hasta el fondo de su alma. Pero no se atrevía a moverse del lado de Calhoun. Una sola frase y la más tranquila de las voces le destrozaría. Y jamás en su vida anterior se había enfrentado a un verdadero peligro físico, comprensible.

Al poco vinieron unos cuantos hombres, uno a uno, recibió órdenes de Calhoun. Eran fuertes y de rostro sombrío.

Dos tenían como profesión la de ingeniero electrónico, como Calhoun especificara. Otro era policía. Habían dos mecánicos y un médico que fue campeón aficionado de tenis del planeta.

Calhoun les suministró los comprimidos que reducían la sensibilidad de los músculos a los estímulos externos aplicados. Les dio instrucciones. Se adentrarían en la cerca ganadera todo cuanto pudieran soportar. Luego se tomarían los comprimidos y les dejarían actuar. Después proseguirían. La cantidad de comprimidos es limitada. Solo puedo dar tres a cada hombre.

Murgatroyd se agitó desencantado mientras seguía la conferencia. Evidentemente, aquí no tenía ninguno de los éxitos

acostumbrados. Se sentía enojado. Necesitaba más espacio. Calhoun colocó el maletín de Allison detrás del asiento trasero. Este estaba demasiado aterrorizado para protestar.

Cuatro vibrantes coches de superficie se levantaron unos quince centímetros del suelo y marcharon sobre sus columnas de aire a presión. Calhoun tomó la delantera. Sus faros recorrieron la única calzada hasta donde se dividía en dos vías de circulación. Detrás de él, otros formaron línea. El coche de Calhoun se alejó en la oscuridad y los demás le siguieron.

Estrellas brillaban en el firmamento. Un macizo de un millar de soles, a dos mil años de luz de distancia, proporcionaban una iluminación que daba a la noche de Maya la cualidad de una luz lunar lívida y difusa. Los coches prosiguieron. Al poco Calhoun notó los leves retorcimientos de los espasmos musculares. Estaba entrando en el campo que fue creado con el propósito de inquietar a la manada de ganado o de humanos, pero que tuvo por primera aplicación los pastizales del planeta Texia y que ahora aquí recibía su segundo uso.

La carretera se dividió en dos, luego en cuatro, después en ocho. Luego cuatro vías doblaban hacia un costado y las otras cuatro no tardaron también en doblarse, para más tarde ensancharse otra vez hasta llegar a la zona de doce vías de circulación que trajo a Calhoun aquí desde Maya City.

Allison no había dicho ni palabra desde que Calhoun conferenciara con la gente de Maya más allá de la autopista. Los dientes le castañeteaban cuando empezaron a regresar. No trató de hablar durante el principio del viaje a través de la cerca ganadera. Volvían a castañetearle los dientes y cesó el castañeteo, para repetirse después hasta que por último cayó desesperado:

—¿Va usted a dejar que esa masa me mate?

Calhoun se detuvo. Los coches que le seguían se detuvieron también. Dio a Allison dos comprimidos y él se tomó otros dos. Con Murgatroyd insistentemente acompañándole, continuó con los coches formando fila a sus espaldas. Se aseguro de que los seis hombres que había pedido se tomaran la medicina y de que esta les produjera el efecto adecuado. Luego volvió a abrir la marcha. Allison murmuró algo cuando, con Murgatroyd interpuesto en el asiento, el vehículo se puso en movimiento.

—Yo pensé que quizás usted trataría de escapar, precisamente ahora —dijo Calhoun en tono indiferente—. Me habría resuelto el problema. Claro que a usted no le sería ninguna solución. De todas maneras, no creo que sus problemas tengan solución ahora.

El coche siguió adelante. Los otros vehículos les siguieron con puntualidad. Marcharon a través de la noche estrellada. Calhoun notó que el efecto de la cerca ganadera era menor que antes. Las primeras píldoras insensibilizadoras no habían perdido todavía su efecto cuando tomó más. Pero siguió manteniendo la velocidad reducida hasta que se aseguró de que los demás conductores habían soportado la angustia de pasar a través de aquel campo de fuerza de la cerca ganadera.

Al poco tuvo conciencia de que habían cruzado y lanzó el coche a una velocidad de ciento treinta kilómetros por hora. Los demás vehículos le siguieron con fidelidad. Llegó hasta ciento ochenta. No se quedaron atrás. El coche zumbaba a través de la noche a toda velocidad, marcando doscientos cincuenta kilómetros por hora. Los faros de los otros vehículos no se quedaban rezagados.

Allison dijo desesperado:

—¡Cuidado! ¡No… no comprendo lo que ha pasado! Habla usted como si yo lo hubiese planeado. Yo… recibí un aviso de que… se preparaba un proyecto de investigación aquí. ¡Pero eso no detendría a la gente durante días! ¡Algo fue mal! Yo creí que los habitantes desearían abandonar Maya. Solo planeaba comprar tanto terreno como pudiera, controlar la mayor cantidad posible de fábricas. ¡Eso es todo! ¡Era un negocio! ¡Solo un negocio!

Calhoun no respondió. Allison podía estar diciendo la verdad. Algunos hombres de negocios lo considerarían inteligente por asustar a la gente y hacerles vender sus pertenencias por debajo de su verdadero valor. Algo de eso había ocurrido y ocurría cada día en el mercado de la bolsa. Pero la gente de Maya pudo haber muerto.

En lo que a eso respectaba, aún era posible que muriesen. No podían regresar a sus casas y procurarse comida mientras la energía radiada mantuviera en existencia la cerca ganadera. Pero tampoco podían regresar a sus lugares y alimentos si la energía radiada era cortada.

Por toda la superficie nocturna del mundo de Maya había solo

luz en una autopista y, en una zona de esta autopista, y una multitud de luces más pequeñas y diminutas en donde los habitantes de Maya aguardaban descubrir si continuarían viviendo o morirían.

V

Calhoun meditó fríamente. Habían sobrepasado lo que fuera el pueblecito más lejano de la múltiple autopista. Atravesarían ahora los campos de plantas nativas de Maya iluminados por las estrellas, pasando por muchos lugares, donde los camiones cargaban las plantas, subían hasta la calzada y se encaminaban a las fábricas que las utilizaban industrialmente. Los campos corrían por centenares de kilómetros a lo largo de la extensión de la autopista. Se perdía más allá del horizonte, quizás también en centenares de kilómetros en aquella dirección. Adquiría millares de millares de kilómetros cuadrados dedicados al cultivo de la vegetación verde oscuro que suministraba las materias primas para las exportaciones espaciales de Maya.

A pocos centenares de kilómetros, la pequeña ciudad de Tenochitlan yacía apiñada a la luz del lejano macizo estelar. Más allá, la autopista y Maya City. Más allá…

Calhoun razonó que el proyector que hacía funcionar la cerca ganadera de inducción estaría más allá de Maya City, y en algún lugar de las montañas que la fotografía aérea del espaciopuerto mostrara. Una gran autopista se dirigía a las montañas, terminando dentro de una distancia limitada. Un campo proyector inductor del suelo, siempre formaba ángulo recto con el proyector que era su fuente. Se podía ajustar —el proceso era análogo al enfocar— para que cobrase ser actual a cualquier distancia deseada y la distancia podría cambiarse.

Para conducir a la gente de Maya City hacia el Este, el proyector de una cerca ganadera, sobre el que nada se sabían por lo que tendría que ser de todo extraño y completamente misterioso, este proyector necesitaría estar al Oeste de la población que iba a tener que emigrar. Lógicamente, estaría en las montañas. Prácticamente, quedaría oculto.

Extrayendo su energía de la radiada para trabajar, no necesitaría ninguna planta energética considerable para proporcionarle los seis millones de kilovatios que necesitaba. Sería muy fácil esconderlo más allá de cualquier posible descubrimiento. Rastrearlo quizás

requiriese días o semanas de búsqueda. Pero la gente que estaba al final de la autopista no podía aguardar. No tenían comida y los agujeros excavados en el suelo en busca de agua por los hombres con sus propias manos desnudas, simplemente eran inadecuados. La cerca ganadera tenía que cortarse inmediatamente. La emisión de energía radiada debía continuar.

Calhoun efectuó un brusco ruido parecido al gruñir de una bestia enfurecida. Pensar en palabras de lo que era necesario hacer resultaba prácticamente un esquema de la tarea que tenía por delante. ¡Sencillo! ¡Necesitaría, claro, dos ingenieros electrónicos! Pero el truquito…

Condujo a doscientos kilómetros por hora con los labios apretados. Los otros tres coches venían detrás. Murgatroyd contempló el camino que había por delante. Kilómetro tras kilómetro, minuto tras minuto, los faros arrojaron un par de rayos cegadores ante los vehículos. Murgatroyd se aburrió.

—«¡Chee!» —dijo con tono descontento y trató de enroscarse entre Allison y Calhoun. No había sitio. Se instaló en el asiento posterior. Estuvo moviéndose unos momentos. Hubieron murmullos. Se instaló. Al poco, silencio. Indudablemente habían puesto su peluda cola en torno a su morro y se había dormido.

Allison habló de pronto. Había tenido tiempo de pensar, pero no tenía práctica en las diversas modalidades del pensamiento.

—¿Cuánto dinero tiene usted? —preguntó.

—No mucho —contestó Calhoun—. ¿Por qué?

—No hice… nada ilegal —anunció Allison, con un aire de confianza poco convincente—, pero podría sufrir algunas molestias si me acusara ante los demás de lo que ya me acusó personalmente. Usted parece pensar que yo planeé todo este acto criminal. Que la acción que yo sabía del… proyecto de investigación del que me hablaron… que se convirtió… que se escapó de la mano, es probable. Pero estoy limpio enteramente de toda culpa. No hice nada sin tener consejo de mi personal técnico. Legalmente soy inviolable. Mis abogados…

—Eso no me importa —le interrumpió Calhoun—. Soy médico. Aterricé aquí en medio de lo que parecía ser un grave problema de salud pública. Fui a ver lo que había ocurrido y lo he descubierto. Todavía me falta la respuesta… bueno, no toda la respuesta. Pero la

población humana de Maya se encuentra en estado de alguna privación, por no decir en peligro. Espero acabar con ello. Pero nada tengo que ver con la culpa de cualquiera o con su inocencia de crimen o intento criminal, o de algo por el estilo.

Allison tragó saliva. Luego dijo con suave confianza:

—Pero usted podría causar inconvenientes. Le agradecería si quisiera… quisiera…

—¿Tapar lo que usted ha hecho? —preguntó Calhoun.

—No. Yo no hice nada malo. Pero usted podría simplemente emplear la discreción. Descendí en paracaídas para completar algunos tratos comerciales que tenía preparados desde hace meses. Seguiré con ellos. Me marcharé en el próximo navío. Eso queda perfectamente claro. Puramente comercial. Pero usted podría hacer… presentar… una imagen pública desagradable mía. Sin embargo, yo no he hecho nada que ningún otro hombre de negocios hubiera dejado de hacer. Sucedió que conocía lo del proyecto de investigación…

—Me imagino que usted envió a unos cuantos hombres aquí con un aparato proyector de cercas ganaderas, sacado de Texia para asustar a la gente de Maya —dijo Calhoun sin acalorarse—. Ellos no sabían lo que iba a ocurrir. Se han asustado. Querrán marcharse. Así usted podrá comprar prácticamente toda la colonia por el equivalente de una miseria. Eso no lo puedo demostrar —admitió —, pero sí que es mi opinión. Sin embargo, usted desea que no lo divulgue. ¿De acuerdo?

—¡Exactamente! —contestó Allison. Se había sentido impresionado hasta la médula, pero logró que el tono y el aire digno de un hombre de negocios, discutiera este asunto desagradable con estupendo candor—. Le aseguro de que se equivoca. Accederá en que no puede demostrar sus sospechas. Sino puede probarlas, no debería exponerlas. Eso es cosa de simple ética. ¡Estará de acuerdo con eso!

Calhoun le miró con curiosidad.

—¿Espera a que le diga mi precio?

—Espero que usted acceda a no causarme embarazo —contestó Allison con tono reprobatorio—. Yo no me mostraría desagradecido. Después de todo, poseo muchas influencias. Podrían ser gran cantidad de cosas en su beneficio. Me alegraría.

—¿Está usted tratando de decir el precio que yo aceptaré? —preguntó Calhoun, con el mismo aire de curiosidad. Parecía mucho más curioso que indignado y mucho más divertido que curioso. Allison sudaba copiosamente. Calhoun no parecía ser sobornable. Pero Allison estaba desesperado.

—Si quiere expresarlo así… sí —dijo con aspereza—. Puede usted nombrar su propia cifra. ¡Serviría de verdad!

—Yo no hablaré ni palabra acerca de usted —dijo Calhoun—. No será preciso. Los tipos que operan en su cerca ganadera hablarán todo lo que sea necesario. Todas las cosas encajan bien… excepto una. Han estado cayendo en su lugar todo el rato mientras regresábamos por esta carretera.

—¡Ya le dije que puede usted fijar su propia cifra! —La voz de Allison era aguda—. ¡De verdad! ¡Cualquier cifra! ¡Cualquiera!

Calhoun se encogió de hombros.

—¿Y qué haría yo con el dinero, un hombre del Servicio Médico? ¡Olvídelo!

Siguió conduciendo. El desvío de la autopista a Tenochitlan apareció Calhoun lo pasó de largo. La otra conexión con la carretera que cruzaba la ciudad también apareció. La dejó atrás.

Los dientes de Allison volvieron a castañetear.

Surgieron ya los edificios de Maya City, unos veinte minutos después, Calhoun disminuyó la marcha y los otros coches se acercaron. Por la ventanilla dijo:

—Tenemos que llegar primero a la rejilla de aterrizaje. ¡Que alguien me muestre el camino!

Un coche se adelantó y subió con el resto por una rampa descendiente en la ahora elevada calzada y a través de calles profundamente a oscuras, algunas de las cuales eran estrechas y serpenteantes, para salir bruscamente en donde se alzaba hasta el cielo la rejilla de aterrizaje. Al pie de sus impresionantes vigas parecía enorme bajo la luz de las estrellas, y sus zonas más altas parecían como encaje de plata silueteado contra el firmamento.

Entraron en el edificio de control. Murgatroyd corriendo junto a Calhoun con un pedazo de papel pegado a su cola. Se lo sacudió y un certificado de cinco mil créditos interestelares cayó al suelo. Murgatroyd se había buscado un sitio blando para dormir dentro del contenido del maletín de Allison. Seguramente era el cojín más

caro, si bien posiblemente no el más cómodo, que jamás tuviera para dormir un «tormal». Allison permanecía sentado como si estuviera atontado. Ni siquiera recogió el certificado.

—Necesito a los dos ingenieros electrónicos —dijo Calhoun. Después se volvió excusativo a los demás—: Pensé algo mientras veníamos aquí. Creo que quizás, al amanecer, podemos emprender alguna acción drástica. Pero ahora aun lo dudo. Sin embargo, sugiero que ustedes apaguen los faros de los coches y se instalen prestos para disparar si alguien aparece. No sé si vendrá o no.

Abrió la marcha hasta el interior. Encendiendo las luces, se dirigió hacia el lugar en donde aparecieron los diales marcando la cantidad de energía que se utilizaba actualmente de toda la potencia asequible. Estos diales mostraban ahora una extracción energética en extremo pequeña, considerando que las ciudades de un planeta dependían de la rejilla. Pero es que las ciudades estaban ahora oscuras y vacías de gente. La aguja de la demanda oscilaba arriba y abajo rítmicamente. Cada dos segundos la demanda de energías subía hasta seis millones de kilovatios, aproximadamente. Esta demanda duraba medio segundo, y se detenía. Durante un segundo y medio la energía en uso quedaba reducida en la cantidad de seis millones de kilovatios. En este periodo solo las bombas automáticas y los ventiladores y el equipo refrigerador consumían energía radiante. Luego la demanda de seis millones de kilovatios se repetía por medio segundo.

—La cerca ganadera —dijo Calhoun— trabaja medio segundo. No es continuante, pues en tal caso paralizaría a los animales o la gente que se metieran en ella. Siendo intermitente lo expulsa de ella. Habrá herramientas aquí y recambios, para el caso de que se necesite alguna reparación. Deseo que me fabriquen algo nuevo.

Los dos nuevos técnicos en electrónica formularon preguntas.

—Necesitamos un interruptor que corte la energía radiante durante el medio segundo en que se supone que esté en funcionamiento el campo de inducción del suelo —dijo Calhoun—. Luego deberá conectar la potencia emitida durante segundo y medio en que se supone que la cerca ganadera está cortada. Eso detendrá el efecto de dicha cerca y creo que un coche de superficie podrá funcionar con la energía asequible durante tres segundos y medio de cuatro.

Los técnicos le miraron parpadeando. Luego sonrieron y se pusieron a trabajar. Calhoun continuó. Encontró una caja con el almuerzo del personal en una mesa. Contenía tres bocadillos bastante duros y rancios. Los ofreció. En apariencia nadie quería comer mientras sus familias, al final de la autopista, seguían pasando hambre.

Los técnicos electrónicos llamaron a los dos mecánicos para que les ayudasen a la construcción. Explicaron absortos a Calhoun que estaban haciendo un interruptor que se ajustaría a cualquier súbita demanda de seis millones de kilovatios, no importaba qué intervalo de tiempo entrañase. Un cambio en el ritmo del ciclo de la cerca ganadera no le afectaría en absoluto.

—¡Estupendo! —exclamó Calhoun—. ¡Yo no había pensado en eso!

Dio un bocado al emparedado y salió al exterior. Allison estaba sentado, con aire de desesperación, dentro del coche.

—La cerca ganadera está siendo cortada —dijo Calhoun sin aire de triunfo—. Los habitantes de la ciudad probablemente comenzarán a llegar aquí al amanecer.

—¡No… no hice nada legalmente equívoco! —exclamó Allison, con la garganta seca—. ¡Nada! Tendrán que demostrar que conocía que las… consecuencias del planeta de investigación serían beneficiosas. ¡Eso no se puede demostrar! ¡Es imposible! Así que no he hecho nada legalmente equívoco…

Calhoun tornó a entrar, observando que el doctor que era campeón de tenis y el policía que venía en su ayuda, vigilaban con perspicacia la ciudad y los cimientos de la rejilla y todos los otros lugares desde los que podía venir alguna dificultad.

Había una estupenda atmósfera de triunfo en la sala de control de energía. La energía, en sí, no pasaba a través de estos instrumentos. Pero los reguladores controlaban los grandes conductores enterrados que suministraban al mundo la energía. Y uno de los reguladores había sido modificado. Cuando el proyector de cerca ganadera cerrase su circuito, la energía quedaría cortada. Cuando el inductor de campo se apagara, su energía fluiría de nuevo. Ya no había una barrera que cruzara las autopistas que conducían hacia levante. Era más que probable que los coches pudieran correr bajo la corriente suministrada durante segundo y

medio de cada dos. Quizás marcharían de manera entrecortada, pero funcionarían.

Media hora más tarde, la cantidad de poder extraído de la emisión comenzó a subir suave y gradualmente. Eso solo podía significar que los coches comenzaban a moverse.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Calhoun oyó ruido al exterior. Salió. Los dos hombres de guardia se habían adentrado en la ciudad. Algo se movía allí. Era un vehículo, marchando despacio y sin luces. Calhoun dijo imperturbable:

—Quienquiera que esté gobernando la cerca ganadera ha descubierto que su aparato no funcionaba. Sus luces también parpadeaban. Han venido a ver qué pasaba en la rejilla de aterrizaje. Pero se han fijado en las luces de las ventanas. ¿Tienen preparados sus desintegradores?

Pero el coche sin luces dio media vuelta y se alejó aceleradamente. Calhoun se encogió de hombros.

—No tienen escape —dijo—. Ocuparemos su aparato en cuanto haya luz. Será demasiado grande para destruirlo y habrán huellas que identifiquen a los hombres que lo manipulaban. Y no son nativos. Cuando la policía empiece a buscar entre los extranjeros que viven aquí en donde el proyector de la cerca ganadera estaba instalado… Podrán meterse en las junglas, pero no hay nada para comer allí… o quizás acaben entregándose.

Avanzó hacia la puerta del edificio de control una vez más. Allison dijo con desesperación:

—Habrán escondido su equipo. ¡Usted nunca lo encontrará!

Calhoun sacudió la cabeza bajo la luz de las estrellas.

—Cualquier aparato que hubiera puedo localizarlo en cuestión de minutos. Incluso desde el suelo uno puede dirigirse derecho hacia él. Mire, ocurrió algo que ellos no contaron. Por eso se lo dejaron sintonizado a plena potencia. Las primeras pruebas incitadoras de la cerca ganadera eran a reducida potencia. Molesto, para empezar, e incómodo la segunda vez y quizás doloroso la tercera. Pero en la última ocasión se las dio plena potencia.

Se encogió de hombros. No tenía ganas de hacer un largo parlamento. Pero era evidente. Algo había matado a las plantas de cierto tipo en las que las especies pequeñas eran hierbajos que quedaban destruidas y destruían a su vez a la vegetación de otro

terrestre. Las plantas de superficie del suelo, y ahí habían algunas grandes, porque el propio Calhoun había visto una de estas mustia en la floristería y encerrada dentro de una jaula, las plantas de tal especie tenían tallos móviles y hojas y yemas. Eran caníbales. Podía mover sus tallos para alcanzar y sus hojas para abrazar y sus flores para devorar a otras plantas. Quizás hasta animalitos pequeños. Sin embargo, era que tenían en cierto modo un poder limitado de movimiento. Las plantas sensibles tipo terrestre y las plantas que capturaban insectos poseían tejidos musculares primitivos. Las plantas que cubrían el suelo local, igual los tenían. Y la cerca ganadera hizo que estos tejidos se contrajeran espasmódicamente. Con potencia. Con violencia. Con repetición. Hasta que murieron de cansancio.

El campo a toda potencia de la cerca ganadera exterminó las plantas de superficie mayanas todo el camino hasta el final de la autopista que se dirigía adelante. Y de manera inevitable, aunque quizás muy conveniente, también hasta el lugar exacto en donde el campo de la cerca ganadera comenzó a ser proyectado. Había una zona en forma de flecha, libre de plantas de superficie en donde la cerca ganadera se proyectaba. La punta de esta flecha, señalaría precisamente el proyector de la cerca ganadera.

—Sus amigos probablemente se entregarán y pedirán merced —dijo Calhoun—. No pueden hacer ninguna otra cosa más. —Hizo una pausa para añadir—: Incluso quizás la obtengan. Mire, hay un efecto colateral interesante en la cerca ganadera. Matan las plantas que han impedido que la hierba de tipo terrestre creciera aquí. Ahora podrán cultivar trigo, donde quieran, y en la cantidad que plazca a la gente. Convertirá a este planeta en un mundo próspero, puesto que no tendrá que importar todo su alimento.

Los coches de superficie de los habitantes de Maya City comenzaron a llegar al amanecer. Una hora después de que saliera el sol, personas que buscaban con afán encontraron el proyector de inducción al suelo y por tanto los campos de la cerca ganadera. Los apagaron. Era un equipo muy voluminoso y había sido colocado de manera subterránea. Pudo ser difícil de encontrar. Pero no lo fue.

A mediodía aún había algo de cólera en los rostros de la gente de Maya, pero según pareció escasos nuevos daños y la vida recobró otra vez su curso normal. Murgatroyd apreció el hecho de que las

cosas regresaran a la normalidad. Para él era normal que le recibieran con cariño y le mimasen cuando el Navío Médico «Esclipus Veinte» tocaba tierra. Era normal para él moverse inquieto entre una sociedad admiradora de seres humanos y beber café con sumo gusto y verse atiborrado con dulces y golosinas hasta la plena capacidad de su dilatable panza.

Y mientras Murgatroyd se movía entre la sociedad humana, disfrutando enormemente, Calhoun continuó con su trabajo. Que, claro, era dar conferencias a las autoridades sanitarias del planeta, recibiendo con educación los informes que ellos consideraban importantes y contándoles con tacto los detalles de los perfeccionamientos más modernos de la ciencia médica tal y como los conocía el Servicio Médico Interestelar.

TALLIEN TRES

Una epidemia de locura…

¡Y con solo horas para hallar la cura!

I

EL Navío Médico «Esclipus Veinte» marchaba en superimpulsión mientras los tripulantes bebían café Calhoun se tomaba una taza llena a pequeños sorbos. Murgatroyd, el «tormal», lo tomaba en un jarrito adecuado a sus pequeñas y aterciopeladas zarpas. La unidad de astronavegación mostraba el porcentaje de esta superimpulsión cubierto al máximo ahora, pues la aguja casi se oprimía contra el tope.

Una hora antes se oyó la campana de aviso anunciando que se acercaba el final del viaje en superimpulsión. Cuando llegara la ruptura, el campo de superimpulsión se desplomaría y las células Duhanne cerca de la quilla de la pequen a nave absorberían la energía que las mantenía. Luego, el «Esclipus Veinte» aparecería en el universo normal de soles y estrellas con la brusquedad de una explosión. La nave se encontraría en algún lugar cerca del sol Tallien. Giraría hacia aquel astro tipo sol terrestre y se acercarla al tercer planeta de Tallien, marchando a velocidad inferior a la de la luz, necesaria para los viajes dentro de un sistema planetario. Y al poco mandaría una señal a tierra y Calhoun indicaría su propósito de este viaje de tres semanas en superimpulsión. El propósito era tan solo la inspección rutinaria de la sanidad pública en Tallien Tres. Calhoun había completado últimamente cinco de esas visitas planetarias, efectuando un viaje de tres semanas en superimpulsión entre visita y visita. Cuando abandonara Tallien Tres regresaría al Cuartel General del Sector para recibir más órdenes acerca del trabajo del Servicio Médico Interestelar.

Murgatroyd lamió nervioso su taza vacía para apurar hasta la última gota de café. Dijo esperanzado:

—«¿Chee?» —pedía más.

—Me temo que eres un sibarita —dijo Calhoun—. Murgatroyd, esa pasión que sientes por el café me preocupa.

—«¡Chee!» —exclamó Murgatroyd con decisión.

—Se está convirtiendo en un vicio —le repitió Calhoun severamente—. Deberías dominarte. Recuerda, cuando algo en tu medio ambiente se convierte en parte normal de ese medio

ambiente, entonces se hace una necesidad. El café, para saborearlo como a tal, debiera ser un lujo, en vez de algo que esperas y que te pone molesto cuando no se te da.

Murgatroyd dijo impaciente:

—«¡Chee-chee!»

—¡Está bien, pues, ya que te pones emocional respecto a eso! —concedió Calhoun—. Pásame tu taza.

Extendió el brazo y Murgatroyd depositó en su mano la diminuta taza. Calhoun tornó a rellenarla y se la devolvió al «tormal».

—Pero vigílate a ti mismo —le aconsejo—. Vamos a aterrizar en Tallien Tres. Se nos acaba de transferir desde otro sector. Ha quedado hasta ahora bastante descuidado. Hace años que no ha habido ninguna inspección del Servicio Médico. Podrían haber malentendidos.

Murgatroyd dijo:

—«¡Chee!» —y se agazapó para beber.

Calhoun miró al reloj y abrió la boca para volver a hablar, cuando una voz grabada en cinta dijo bruscamente:

—«Cuando suene la campana la ruptura se producirá dentro de cinco segundos.»

Sonó un rítmico tick, tock, tick, tock, como de un metrónomo. Calhoun se levantó y efectuó un examen visual de los instrumentos de la nave. Conectó las pantallas visoras. Eran, claro, mutiles en la superimpulsión. Ahora estaban dispuestas para informar del cosmos normal tan pronto como la nave regresara a él. Retiró el servicio de café Murgatroyd se mostró poco deseoso de entregar su jarrito hasta haber lamido la última gota. Luego se sentó y con aire minucioso se limpió las patillas.

Calhoun ocupó la silla de control y aguardó.

—«¡Bong!» —sonó el altavoz y Murgatroyd se acurrucó bajo una silla, enroscándose con cuatro patas y la peluda cola. El altavoz volvió a decir:

—«Ruptura dentro de cinco segundos… cuatro. tres dos… uno…»

Hubo una sensación como si todo el universo se volviera del revés y el estómago de Calhoun tratara de seguir su ejemplo. Jadeó y la sensación terminó al tiempo que las pantallas visoras se

iluminaron. En ellas aparecieron miríadas de estrellas y un sol que llameaba tristemente en proa. También discos brillantes que posiblemente eran planetas, uno de los cuales se mostraba en fase de cuarto creciente.

Calhoun revisó el espectro solar como trabajo de rutina. Era el sol Tallien. Revisó los puntitos brillantes a la vista. Tres eran planetas y uno un astro reluciente pero remoto. El que estaba en cuarto creciente era Tallien Tres, el tercer planeta a contar desde su sol y punto inmediato de destino del Navío Médico. La ruptura de superimpulsión había sido muy buena; demasiado para no achacarla a la suerte. Calhoun hizo girar la nave en dirección al planeta. Con indiferencia comprobó los puntos de costumbre. Marchaba en ángulo muy alto con respecto a la eclíptica, por tanto no tendría que preocuparse de meteoros o polvo celestial a la deriva. Efectuó otras notas, únicamente con objeto de matar el tiempo.

Releyó las hojas de datos acerca del planeta. Se le colonizó trescientos años atrás. Hubo dificultades en establecer un sistema ecológico para uso humano en su superficie a causa de las plantas nativas y de sus animales, puesto que eran absolutamente inútiles para la humanidad. La madera indígena se podría utilizar en la construcción, pero solo después de un período de varios meses para su secado. Cuando crecía y era verde, estaba tan saturada de agua como una esponja. ¡Jamás conocieron un incendio forestal allí, ni siquiera causado por algún rayo!

Habían otras singularidades. Los microorganismos aborígenes no atacaban los desperdicios de los tipos terrestres introducidos. Fue necesario introducir organismos «basureros» importados de otra parte. Esta y otras dificultades hicieron que solo se ocupara uno de los cinco continentes de aquel mundo. La mayor parte de la superficie terrestre permanecía igual que estuviera antes de la llegada de los hombres… junglas impenetrables de flora esponjosa, pululadas por una fauna totalmente desconocida por inútil. Calhoun siguió leyendo… Población… gobierno… estadísticas sanitarias… Recorrió la lista.

Todavía le sobraba tiempo, así que revisó su rumbo y la velocidad relativa al planeta. Cenó con Murgatroyd. Luego aguardó hasta que la nave estuvo lo bastante cerca como para informar de su llegada.

—Navío Médico «Esclipus Veinte» llamando al suelo —dijo cuando llegó el momento propicio. Grabó en cinta su propia voz mientras efectuaba la llamada—. Pido coordenadas para aterrizaje. Nuestra masa es de cincuenta toneladas. Repito, cinco-cero toneladas. Propósito del aterrizaje: inspección sanitaria del planeta.

Aguardó mientras su voz grabada repetía y repetía la llamada. Una voz llegó con viveza:

—«¡Llamando a Navío Médico! ¡Corte su señal! ¡No acuse la recepción de esta llamada! ¡Corte su señal! Seguirán instrucciones. ¡Pero corte su señal!»

Calhoun parpadeó. De todas las respuestas posibles a una llamada de aterrizaje, las menos probables serian las de ordenar que cortase su señal. Pero al cabo de un instante extendió el brazo y cortó la transmisión de su voz.

Silencio. No un silencio absoluto, claro, porque allí estaba la grabación de ruidos de fondo que se reproducía siempre mientras el Navío Médico estuviera en el espacio. Sin ella, la total falta de sonido sería sepulcral.

La voz del exterior dijo:

—«Usted cortó. ¡Bien! ¡Ahora escuche! ¡No repita. no repita!… ¡No repita ni acuse recibo de esta llamada ni responda tampoco a la llamada de nadie! ¡Usted no debe… repito, no debe… caer en manos de la gente que ocupa ahora el Centro del Gobierno! Póngase en órbita. Trataremos de apoderarnos del espaciopuerto para poder hacerle aterrizar. ¡Pero no acuse recibo a esta llamada ni responda a nadie más! ¡No lo haga! ¡No lo haga!» Un chasquido y, en cierto modo, el silencio que siguió resultó estentóreo. Calhoun se frotó la nariz reflexivamente con el dedo. Murgatroyd, los ojillos brillantes, inmediatamente se frotó a su vez el morro con un dedito oscuro. Como todos los «tormales», disfrutaba imitando las acciones humanas. Pero, de pronto, una segunda voz irrumpió, con tono estrictamente profesional.

—«¡Llamando a Navío Médico!» —decía esta voz—. «¡Llamando a Navío Médico! ¡Espaciopuerto de Tallien Tres llamando a Navío Médico “Esclipus Veinte”! Para el aterrizaje, tome nota de las coordenadas…»

Por la pura fuerza de la costumbre, Calhoun dijo:

—Recibido… —luego añadió presuroso—: ¡Alto! Acabo de

recibir una llamada de emergencia.

La primera voz interrumpió estridente:

—«¡Corte su señal, estúpido! ¡Ya le dije que no contestara a ninguna otra llamada! ¡Corte su señal!»

La voz de tono estrictamente profesional, dijo con frialdad:

—«Llamada de emergencia, ¿eh? Será de los paras. ¡Están mejor organizados de lo que pensábamos, ya que captaron su solicitud de aterrizaje! ¡De acuerdo, hay una emergencia! ¡Es una infernal emergencia… parece cosa de diablos! Pero esto es el espaciopuerto. ¿Va usted a aterrizar?»

—Naturalmente —respondió Calhoun—. ¿Cuál es la emergencia?

—«Ya lo averiguará» —era la voz profesional. La otra saltó enfurecida:

—«¡Corte su señal!»

La voz profesional otra vez:

—«¡… usted aterrice. No se trata…!»

—«¡Corte su señal, estúpido! ¡Córtela…!»

Hubo confusión. Las dos voces hablaban juntas en la misma onda. Mientras que Calhoun era oído por ambos bandos a la vez, las dos voces no se oían entre sí, pero naturalmente ambos bandos oían a Calhoun.

—«¡No les escuche! ¡Hay…!»

—«¡… para comprender, pero…!»

—«¡No les escuche! ¡No les…!»

—«¡… cuando aterrice!»

La voz del espaciopuerto se cortó y Calhoun rebajó el volumen de la otra. Siguió gritando, aunque en tono reducido. Bramaba, como si la furia le descompusiera. Voceaba órdenes como si fueran argumentos o razones. Calhoun escuchó durante cinco largos minutos. Luego, dijo cuidadosamente por el micrófono:

—Navío Médico «Esclipus Veinte» llamando a espaciopuerto. Llegaré a las coordenadas dadas en el tiempo marcado. Sugiero que tomen las precauciones necesarias contra alguna interferencia en mi aterrizaje. Fin del mensaje.

Giró en redondo la nave y la apuntó hacia su destino según los datos que se le facilitaran… un lugar en el vacío a cinco diámetros planetarios del centro del disco solar, con cierto número de grados

con respecto al disco del planeta, etc., etc. Rebajó aún más el mando del volumen de recepción. La voz miniatura seguía gritando y amenazando en la quietud de la cabina de control del Navío Médico. Al cabo de un rato, dijo Calhoun reflexivamente:

—¡No me gusta esto, Murgatroyd! Una voz no identificada nos está hablando —¡y somos la tripulación del Navío Médico, Murgatroyd!— con quién debemos hablar y lo que tenemos que hacer. Nuestro deber es ignorar tales órdenes. ¡Pero con dignidad, Murgatroyd! ¡Debemos mantener la dignidad del Servicio Médico!

Murgatroyd contestó con escepticismo:

—«¿Chee?»

—No me gusta tu actitud —dijo Calhoun—, pero tendré en cuenta que a menudo tienes razón.

Murgatroyd encontró un sitio blando en el que enroscarse. Envolvió con la cola su morro y se tumbó allí, mirando parpadeante a Calhoun por entre aquella especie de peluda máscara.

El pequeño navío siguió su marcha. El disco del planeta se hizo mayor. Al poco quedó debajo. Giraba mientras la nave avanzaba y de cuarto creciente se convirtió en semicírculo y luego tomó una forma gibosa casi ovalada. En el resto del sistema solar no ocurrió nada en particular. Los pequeños y pesados planetas interiores trazaban deliberadamente sus cortas órbitas en torno al sol. Los planetas externos, gigantes y gaseosos flotaban aún más deliberadamente en sus órbitas mayores. Había cometas de tamaño telescópico y meteoritos y el sol Tallien lanzaba monstruosas llamaradas y, tormentas de improbable nieve, barrían la atmósfera de metano del mayor de los gigantes gaseosos de esta familia celestial formada por el sol y sus satélites… Pero el cosmos en general no prestaba atención a las actividades humanas o a sus de ordinario indeseables intenciones. Calhoun escuchó, ceñudo, la agitada y exigente voz. Seguía sin gustarle.

De pronto se cortó. El Navío Médico se acercaba al planeta cuya inspección sanitaria le ordenó que hiciera el Cuartel General del Sector unos cuantos meses antes. Calhoun examinó con el telescopio electrónico aquel mundo que se le parecía aproximar. En el hemisferio, girando de posición hasta colocarse bajo el Navío Médico, vio a una ciudad de considerable tamaño y pudo localizar autopistas y colonos humanos de trecho en trecho. Una plena

amplificación y pudo ver donde los bosques habían sido talados en setos y semiplazas, con claros espacios entre ellos. Eso indicaba terreno cultivado, despejado para el uso humano en la invencible y ordenada manera propia de los hombres. Al poco divisó la rejilla de aterrizaje cerca de la mayor ciudad… aquella especie de jaula de un kilómetro de altura formando una especie de encaje de vigas y jácenas de acero. Sondaba la atmósfera ionizada del planeta extrayendo de ella la energía que utilizaban los habitantes de este mundo y aplicando el mismo poder energético para elevar y descender las naves del espacio cuya comunicación con el resto de la humanidad mantenía. Desde lejos, sin embargo, incluso con el telescopio electrónico, Calhoun no pudo ver ninguna clase de movimiento. Allí no había humo, porque la electricidad de la rejilla proporcionaba a todo el planeta la fuerza motriz y calefactora, haciendo inútiles las chimeneas. La ciudad parecía un mapa en colores, con infinito detalle pero sin que nada se moviera.

Una débil voz habló. Procedía del espaciopuerto.

—«Llamando a Navío Médico. La rejilla se cierra en torno a su navío. ¿De acuerdo?»

—Adelante —contestó Calhoun. Aumentó el volumen del comunicador.

La voz del suelo dijo con cuidado:

—«Será mejor que no se aparte de sus mandos. Si algo ocurriera aquí abajo quizás necesitaría usted entonces emprender alguna acción de emergencia.»

Calhoun enarcó las cejas. Pero dijo:

—Todo dispuesto.

Notó los acolchados movimientos de tanteo mientras los campos de fuerza de la rejilla de aterrizaje hacían presa en el Navío Médico y lo centraban dentro de su complejo sistema. Luego vino la súbita y sólida sensación de cerrarse la rejilla. El Navío Médico comenzó a aposentarse, al principio despacio, pero con creciente velocidad hacia el suelo inferior.

Era todo muy familiar. Las formas de los continentes debajo suyo le resultaban extrañas, pero tal infamiliaridad era cosa común. La voz de tierra dijo:

—«Creemos que todo está controlado, pero con esos paras no se puede asegurar nada. Se fueron la semana pasada con unos cuantos

cohetes meteorológicos y quizás hayan logrado montar en ellos cabezas de guerra. Es posible que intenten utilizarlas contra la rejilla, aquí, o contra usted.»

Calhoun preguntó:

—¿Qué son los paras?

—«Ya se le instruirá cuando tome tierra —contestó la voz. Añadió—: Sin embargo, hasta ahora, todo va bien.»

El «Esclipus Veinte» bajó, bajó y bajó. La rejilla le había captado a sesenta y cinco mil kilómetros. Pasó mucho tiempo antes de que la pequeña nave llegara a cincuenta mil y otro largo rato antes de que descendiera por debajo de los treinta. Luego, un lapso mayor hasta llegar a los veinte, después diez, cinco… quinientos. Cuando la tierra firme quedó solo a doscientos kilómetros por debajo y la curva del horizonte casi lo llenaba todo, la voz del suelo dijo:

—«Estos últimos kilómetros son los más difíciles y los ocho finales serán peores. Si algo ocurre, será ahí.»

Calhoun vigiló a través del telescopio electrónico. Ahora podía ver los edificios, utilizando la máxima amplificación. Advirtió sobre el suelo infinitésimas motitas, que serian sin duda los coches de superficie. A los cien kilómetros redujo el campo de amplificación del visor general. Lo rebajó de nuevo a los ochenta, a los cincuenta y a los quince.

Entonces captó el primer signo de movimiento. Era una larga hebra blanca que no podía ser humo. Comenzaba muy al exterior de la ciudad y ascendía en una trayectoria curva, apuntando con toda evidencia al descendente Navío Médico. Calhoun dijo con sequedad:

—Hay un cohete ascendiendo. Me apunta a mí.

La voz del suelo respondió:

—«Lo localizamos. Le voy a dar libre movimiento por si quiere emplearlo.»

La sensación en el navío cambió. Ya no descendía. El operador de la rejilla de aterrizaje lo mantenía parado, pero Calhoun podía moverse en acción evasiva, si así lo deseaba. Aprobó la libertad que se le acababa de conceder. Podría escapar empleando los cohetes de emergencia. Una segunda hebra de humo ascendió derecha hacia lo alto.

Luego más hebras de un blanco algodonoso se iniciaron justo al exterior de la rejilla de aterrizaje. Volaron en pos de la primera. El

cohete original pareció esquivar. Más ascendieron. Se formó un intrincado dibujo formado por las estelas de los cohetes en ascensión y de las que les perseguían y algunos regueros serpenteaban al esquivar y los otros les seguían. Calhoun tuvo buen cuidado de recordarse a sí mismo que no era probable que los cohetes portaran cabezas de guerra atómicas. En las últimas conflagraciones planetarias se peleó con armas de fusión y solo las tripulaciones de los navíos aislados sobrevivieron. Las poblaciones planetarias no. Pero la energía atómica no se usaba mucho en tierra en estos días. La fuerza motriz para el uso planetario podía extraerse con mayor facilidad de las capas superiores ionizadas de los confines de las atmósferas.

Un cohete perseguidor se cerró sobre su presa. Se produjo una enorme bola de humo y un fogonazo de luz, pero no tan brillante como el sol. No fue una llamarada atómica. Calhoun se relajó. Contempló cómo cada uno de los cohetes ascendentes era rastreado y destruido por otro. El último se encontraba a tres cuartos de su distancia a cubrir.

El Navío Médico se tambaleó. Llegó al suelo. Unas cuantas figuras salieron al encuentro de Calhoun cuando, con Murgatroyd, traspuso la escotilla. Algunas iban uniformadas. Todas presentaban expresiones ceñudas y miradas presurosas propias de hombres que llevaran soportando una prolongada tensión.

El operador de la rejilla de aterrizaje fue el primero en estrecharle la mano.

—¡Buen descenso! Fue una fortuna que llegara usted. ¡Nosotros, los normales, necesitamos algo de suerte!

Presentó a un hombre en ropas de paisano diciendo que era el ministro planetario de Sanidad. Otro hombre, de uniforme, era el jefe de la policía de aquel planeta. Otro…

—¡Trabajamos deprisa luego de que llegó su llamada! —dijo el operador de la rejilla—. ¡Las cosas le están preparadas, aunque son malas!

—He estado preguntándome —admitió Calhoun—, si saludan con cohetes a todas las naves que arriban.

—Esos son los paras —anunció sombrío el jefe de policía—. Prefieren no tener aquí a un hombre del Servicio Médico.

Un cohete de superficie cruzó raudo el espaciopuerto. Llegó a

velocidad reducida hasta el grupo que estaba cerca del Navío Médico. Se oyó el súbito gruñir de una sirena junto a la puerta de la verja que cerraba el espaciopuerto. Un segundo vehículo saltó como para interceptar al primero. La sirena volvió a bramar. Luego chispas brillantes aparecieron cerca de las ventanillas del primer coche. Los desintegradores ladraron. Incrédulamente, Calhoun vio los blanco-azulados rayos de los desintegradores marchar raudos hacia él. Los hombres a su lado empuñaron sus armas. El operador de la rejilla dijo con viveza:

—¡Métase en su navío! ¡Nosotros nos ocuparemos de esto! ¡Son paras!

Pero Calhoun permaneció inmóvil. Fue por instinto el que no demostrara alarma. En realidad, no la sentía. ¡Esto era demasiado inconcebible! Trató de captar la situación y la carencia de miedo no le fue de mucha ayuda en aquel momento.

Un disparo se estrelló contra el casco del Navío Médico, precisamente tras Calhoun. Los desintegradores detonaron desde cerca suyo. Otro disparo estalló a sus pies. Habían dos hombres en el primer coche de superficie y ahora el otro vehículo avanzaba para desviarlos. Uno de los individuos disparó a la desesperada y el otro trató de conducir y hacer fuego al mismo tiempo. El coche que hacía sonar la sirena lanzó un diluvio de disparos a los dos tipos. Pero ambos coches vibraban y saltaban. Era imposible tener buena puntería en tales condiciones.

Pero un disparo hizo impacto. El coche de los dos hombres escoró de pronto a un lado. Su parte delantera tocó el suelo. Giró en redondo y su parte trasera se levantó. Lanzó despedidos a los dos pasajeros y con un efecto de gran deliberación coleó y se detuvo volcado. De sus tripulantes, uno permaneció inmóvil. El otro luchó por ponerse en pie y comenzó a correr, hacia Calhoun. Disparó a la desesperada, una y otra vez…

Los disparos del coche perseguidor se estrellaron en su torno. Luego fue alcanzado por uno de ellos y se desplomó.

Las manos de Calhoun se le crisparon. Automáticamente, avanzó hacia la figura yacente, para actuar como lo hace un médico cuando alguien está herido. El operador de la rejilla le cogió del brazo. Mientras Calhoun trataba de libertarse dando un tirón, la segunda figura se agitó. Alzó el desintegrador y disparó. El pequeño

proyectil de energía luminosa rozó el costado de Calhoun, quemándole el uniforme hasta llegar a su piel, mientras de inmediato se producía un infierno de fuego de desintegradores. El segundo hombre murió.

—¿Está usted loco? —le preguntó el operador de la rejilla colérico—. ¡Era un para! ¡Estaba aquí para tratar de matarle a usted!

El jefe de policía espetó:

—¡Rociad ese coche! ¡Mirad si tenía equipo para difundir el contagio! ¡Rociad todo lo que estuvo cerca de ese vehículo! ¡Y de prisa!

Hubo silencio mientras los hombres salían del edificio del espaciopuerto. Empujaban un tanque sobre ruedas ante sí. Tenía este una manguera fijada a su parte anterior. Empezaron a emplear la manguera para producir una bruma espesa como niebla, muy pesada, que se agarraba al suelo y permanecía allí. El producto que rociaban tenía un mordiente olor a fenol.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Calhoun colérico—. ¡Maldición! ¿Qué pasa aquí?

El ministro de Sanidad contestó con tono pesaroso:

—Pues… tenemos una situación de sanidad pública que no hemos podido resolver. Parece que se trata de una epidemia de… de… no estamos seguros de lo que es, pero se parece a la posesión demoníaca.

II

—Me gustaría que me dieran una definición —dijo Calhoun—. ¿Qué es exactamente lo que ustedes definen con la palabra «para»?

—«¡Chee-chee!» —fue la exclamación indignante de Murgatroyd, haciéndose eco de las palabras de su amo.

Esto sucedía veinte minutos más tarde. Calhoun había vuelto al interior del Navío Médico y se había curado la quemadura producida por el disparo de un desintegrador. Se cambió también de ropa, poniéndose un traje de paisano. Así no parecería excéntrico en este planeta. La indumentaria en general de los hombres era en extremo similar por toda la galaxia. La de las mujeres… bueno, eso es harina de otro costal.

Ahora, con Murgatroyd, viajaban en un coche de superficie con cuatro hombres armados de la policía planetaria, más el paisano que le presentaron como ministro de Sanidad de aquel mundo. El vehículo se dirigió raudo hacia la puerta de la verja de acceso al espaciopuerto. Masas de espesa niebla gris se aferraban aún al suelo en donde yacía el coche de los presuntos asesinos y sus propios cadáveres. La bruma estaba siendo rociada por doquier… por todas las partes que tocaron aquellos dos hombres o por las que circuló su coche. Calhoun tenía alguna experiencia con epidemias y medidas de emergencia para destruir los gérmenes del contagio. Pero confiaba más en el primitivo valor sanitario del fuego. Daba resultado, no importa lo antiguo que fuese el proceso de quemar las cosas sospechosas. Pero en estos días, muy poquísimos seres humanos habían visto llamas vivas como no fuera en el colegio, durante las clases de ciencia natural, en donde se les mostraba alguna reacción espectacularmente rápida para la oxidación de cualquier producto. La gente actual emplea la electricidad como energía calefactora, luminosa y locomotiva. La humanidad ha salido de la edad del fuego. Así que en Tallien parecía inevitable que el material infeccioso fuera rodeado con antisépticos en lugar de abrasarlo simplemente.

—¿Qué es un «para»? —repitió tozudo Calhoun.

El ministro de Sanidad contestó pesaroso:

—Los paras son… seres que una vez fueron hombres cuerdos. Ya no son cuerdos. Quizás también han dejado de ser hombres. Algo les ha ocurrido. Si usted hubiese tratado de aterrizar un día o dos más tarde, no habría podido hacerlo. Nosotros, los normales, teníamos la intención de destruir la rejilla de aterrizaje para que ningún otro navío pudiese tomar tierra y despegar de nuevo para extender… el contagio por otros mundos… Si es que existe tal contagio.

—Destrozar la rejilla de aterrizaje puede ser muy bien el último recurso —dijo Calhoun con sentido práctico de las cosas—. ¡Pero seguramente que primero se podrán intentar otras muchas cosas!

Entonces se detuvo. El coche en el que viajaba había llegado a la puerta de la verja de salida del espaciopuerto. Tres vehículos más le esperaban allí. Uno se puso en movimiento colocándose delante. Los otros dos tomaron posiciones detrás. Una caravana de cuatro coches, cada uno de ellos erizado de desintegradores, barrió la amplia autopista que empezaba aquí, a las puertas del espaciopuerto, y se extendía en línea recta hacia la ciudad cuyas torres surgían por el horizonte. Los demás coches formaban una escolta para Calhoun. Había necesitado protección antes y quizás volviera a necesitarla.

—Médicamente —dijo al ministro de Sanidad— entiendo que un para es el humano víctima de alguna condición que le hace actuar insanamente. Esto resulta muy vago. Usted dice que no ha sido controlado. Eso deja todo aún más vago en realidad… ¿Cuán ampliamente se ha extendido…? Me refiero geográficamente.

—Los paras han aparecido en todos los lugares de Tallien Tres donde habitan hombres —respondió el ministro de Sanidad.

—Entonces es algo epidémico —contestó Calhoun con tono profesional—. Se le podría llamar mejor «pandémico». ¿Cuántos casos?

—Calculamos que afecta a un treinta por ciento de la población… por ahora —fue la desesperanzada respuesta del ministro de Sanidad—. Pero cada día aumenta la cifra total —hizo un pausa, para añadir al poco—: El doctor Lett tiene alguna esperanza de hallar la vacuna adecuada, pero quizás llegue demasiado tarde para auxiliar a la mayoría de las personas.

Calhoun frunció el ceño. Con las modernas y racionales técnicas,

casi cualquier especie de infección debería ser detenida antes de que hubiese tan gran cantidad de casos como se habían presentado allí.

—¿Cuándo comenzó? ¿Lleva mucho tiempo en marcha?

—Los primeros paras fueron localizados hace seis meses —respondió el ministro de Sanidad. Se creyó que era una enfermedad. Nuestros mejores médicos los reconocieron. No pudieron ponerse de acuerdo acerca de la causa, ya que no hallaron ni un germen ni un virus…

—¿Síntomas? —inquirió tenso Calhoun.

—El doctor Lett los definió con frases médicas —contestó el ministro de Sanidad—. La condición empieza con un período de gran irritabilidad o depresión. Es tan enorme que no resultan raros los casos de suicidio. Si no sucede este final, hay luego un período de recelos y secretividad… que sugiere fuertemente a la enfermedad llamada paranoia. Luego aparece un ansia desorbitada hacia… una serie de alimentos poco corrientes. ¡Cuando el ansia se convierte en incontrolable, el paciente se ha vuelto loco!

Los coches marchaban veloces hacia la ciudad. Un segundo grupo de vehículos apareció, esperando. Cuando la caravana de cuatro automóviles llegó a su altura, uno de los que esperaban se colocó en cabeza, ante el vehículo que transportaba a Calhoun y Murgatroyd. Los otros se colocaron en línea cerrando la marcha. Todo parecía como una respetable exhibición de fuerza armada.

—¿Y después de la locura? —preguntó Calhoun.

—¡Entonces son paras! —contestó el ministro—. Se comen lo increíble. Se alimentan de lo abominable. ¡Y nos odian a nosotros, los normales, como… como los diablos del infierno podrían odiarnos!

—¿Y después de eso? —insistió Calhoun—. Quiero decir, ¿cuál es la prognosis? ¿Mueren o Sanan? Si sanan, ¿cuánto tiempo tardan? Si mueren, ¿lo hacen muy pronto?

—¡Son paras! —repitió en tono quejumbroso el ministro de Sanidad—. ¡No soy médico! Soy un administrador. Pero no creo que nadie sane. ¡Con seguridad, tampoco mueren! Permanecen siendo… aquello en que se han convertido.

—Mi experiencia ha sido mayormente con enfermedades en las que o bien se sana o se muere —dijo Calhoun—. Un mal cuyas

víctimas se organizan para robar cohetes meteorológicos y para utilizarlos en destruir una nave… aunque fracasen… no parece enfermedad. La enfermedad carece de propósitos propios. Ellos tenían una intención… como si obedecieran a un individuo de su grupo.

El ministro de Sanidad dijo intranquilo:

—Se ha sugerido que… algo salido de la jungla causa lo que está ocurriendo. Hay en otros planetas criaturas que beben sangre sin despertar a sus víctimas. Hay reptiles que aguijonean a los hombres. Hay incluso insectos que pican a los seres humanos y les inoculan enfermedades. Algo así parece haber salido de la jungla. ¡Mientras duermen los hombres… algo les sucede! Se convierten en paras. Algo nativo de este mundo tiene la culpa. ¡Este planeta no nos recibió bien! ¡No hay ni una planta o bestia nativas que nos sean útiles! ¡Tenemos que cultivar bacterias del suelo para lograr que crezcan aquí las plantas tipo terrestre! ¡No hemos empezado siquiera a conocer las criaturas indígenas de la jungla! Si algo sale de las tierras vírgenes y convierte a los hombres en paras sin saberlo…

Calhoun le interrumpió con suavidad:

—Parece que tales cosas se pueden descubrir…

El ministro de Sanidad contestó con amargura:

—¡Esta cosa no! ¡Es inteligente! ¡Se esconde! ¡Actúa como si tuviera un plan para destruirnos! ¡Oh… hubo un joven doctor que dijo que había curado a un para! ¡Pero cuando fuimos a comprobar su pretensión le encontramos muerto… a él y al presunto ex para! ¡Las cosas de la jungla les habían matado! ¡Piensan! ¡Saben! ¡Comprenden! Son racionales, como diablos…

Un tercer grupo de automóviles apareció delante, aguardando. Como sus antecesores, estaban llenos de hombres empuñando rifles desintegradores. Se unieron a la procesión, formada por los raudos coches que venían en grupo desde el espaciopuerto. Evidentemente habían estado patrullando por la autopista en previsión de alguna posible emboscada o corte de carretera. El grupo de combate aumentado continuó adelante.

—Como médico objeto la existencia de una criatura local racional y no humana —dijo con cuidado Calhoun. Las criaturas evolucionan o se adaptan para encajar en su medio ambiente.

Cambian o evolucionan adaptándose dentro de alguna casilla, de algún sitio especial en el sistema ecológico que les rodea. Si no hay tal casilla, no hay espacio en el medio ambiente para tal criatura, por lo tanto no existe tal criatura. Y no puede haber lugar en un medio ambiente cualquiera para una criatura que lo cambiará. ¡Se establecería una contradicción entre los términos! Nosotros, los humanos racionales, cambiamos los mundos que ocupamos. ¡Cualquier criatura racional lo haría! Así que un animal racional es tan imposible como podría serlo cualquier criatura. Es verdad que nosotros hemos aparecido en el universo, pero… ¿otra raza racional? ¡Oh, no!

Murgatroyd dijo:

—«¡Chee!»

Las torres de la ciudad se cernían más y más altas por encima del horizonte. Luego, bruscamente, la rápida cabalgata de vehículos llegó al borde de la urbe y se adentró en ella.

No era una ciudad normal. Los edificios no eran excéntricos. Todos los planetas excepto los muy nuevos mostraban peculiaridades arquitectónicas locales, así que no era raro ver todas las ventanas culminadas por arcos triples, o por pilastras del todo inútiles en las paredes de ladrillo de los edificios apartamentales. Estos detalles habrían hecho aparecer a la ciudad como individualizada. Pero el aspecto general no era normal. Las calles no estaban limpias. Dos ventanas de cada tres se veían destrozadas. En algunos sitios Calhoun vio puertas violentadas y hechas astillas, aunque jamás reparadas después de su destrucción. Eso implicaba violencia no restringida. Las calles estaban casi vacías. De vez en cuando se distinguían figuras en las aceras delante de los raudos coches, pero los vehículos nunca lograban sobrepasarías. Los peatones doblaban por las esquinas o se metían en los portales antes de que la caravana les alcanzara.

Los edificios se hicieron más altos. El nivel de la calle continuó vacío de humanos, pero de vez en cuando, a muchos pisos de altura, se asomaban cabezas por las ventanas. Luego, gritos en tono agudo llegaron de lo alto. No era posible distinguir si se trataba de gritos de desafío, desdén o de desesperación, pero sí que los dirigían a los veloces automóviles.

Calhoun miró con rapidez los rostros de los hombres que le

rodeaban. El ministro de Sanidad parecía a la vez descorazonado y amargado. El jefe de la policía planetaria tenía la vista fija delante, con una expresión de sombría firmeza. Chirridos y aullidos despertaban ecos y ecos en los muros de las casas. Comenzaron a caer objetos desde las ventanas. Botellas. Botes y cacerolas. Sillas y taburetes giraron y giraron al caer. Todo lo que era movible y podía lanzarse por una ventana descendió, arrojado por los ocupantes de las viviendas altas. Con los objetos iban acompañados de gritos que con toda seguridad eran maldiciones.

Se le ocurrió pensar a Calhoun que había habido un período en la historia en el que la acción de las turbas invariablemente significaba fuego. Los hombres quemaban lo que odiaban y lo que temían. También incineraban las ofrendas religiosas a las diversas y sanguinarias deidades. Por fortuna, reflexionó con malicia, los incendios habían dejado de ser una experiencia común, de otro modo el aceite ardiendo o los proyectiles incendiarios habrían llovido sobre los veloces coches.

—¿Esta impopularidad es de ustedes? —preguntó—. ¿O tengo yo una parte en ella? ¿Acaso soy mal recibido por algunas partes de la población?

—Son los paras quienes no le acogen bien a usted —dijo fríamente el jefe de policía—. Los paras no le quieren aquí. Quienquiera que les dirija teme que el Servicio Médico pueda hacer que dejen de ser paras. Y desean permanecer tal y como están —chasqueó los labios—. Arman todo este escándalo, sin embargo, algunos no son todavía paras. Reunimos a todos los que estábamos seguros de que no eran… infecciosos, en el Centro del Gobierno. Estas gentes que se quedaron fuera no nos ofrecían la menor seguridad sanitaria. ¡Por eso consideran que los hemos abandonado para que se vuelvan paras y esa perspectiva no les gusta!

Calhoun volvió a fruncir el entrecejo. Esto lo confundía todo. Se hablaba de infección y de criaturas invisibles salidas de la jungla para convertir a los hombres en paras y luego controlarles como si fueran una demoníaca posesión. Habían habido pocos antojos humanos, sin embargo, de los que no estuvieran archivados en el Servicio Médico. Calhoun recordó algo y sintió asco. Era como una infección y también como una posesión efectuada por diablos. Habrían criaturas, de todas maneras, que no podrían distinguirse de

los seres malévolos.

—Creo que me hará falta hablar con los investigadores que luchan los paras —dijo—. ¿Tienen a alguien trabajando en el problema?

—Teníamos —contestó el jefe de policía con aspereza—. Pero la mayor parte del personal se convirtió en paras. Creímos que serían más peligrosos que los otros paras y los fusilamos. Pero de nada sirvió. Siguieron apareciendo paras también hasta en el Centro del Gobierno. Ahora expulsamos a los paras por la puerta sur. Indudablemente se van… siendo paras.

Durante algún tiempo hubo silencio en los veloces coches, aunque el griterío y los aullidos y maldiciones seguían llegando de lo alto. Luego sonó un potente bramido de triunfo previsto. Una enorme pieza de mobiliario, un diván, pareció seguro de estrellarse contra el coche en que viajaba Calhoun. Pero el vehículo hizo un quiebro, subió a la acera y el mueble se hizo astillas donde el automóvil debía haber pisado. El coche bajó otra vez a la calzada.

La calle terminó. Una alta barrera de ladrillos se alzó en un cruce. Cerraba la autopista y conectaba las paredes de las viviendas de cada lado. Tenía una puerta enrejada en el centro. Los coches de vanguardia se hicieron a un lado y el que transportaba a Calhoun y Murgatroyd pasó por la puerta. Había una nueva barrera, pero esta se encontraba cerrada. La abrieron y pasaron todos los vehículos. Calhoun vio que las ventanas de las viviendas contiguas estaban cerradas con muros de ladrillo. Formaban una sólida muralla que impedía ver lo que había más allá de tales paredes.

Los hombres que custodiaban esta entrada recorrieron los vehículos de la escolta, inspeccionando a los componentes de la guardia de Calhoun. El ministro de Sanidad dijo de improviso:

—Todos los que viven en el Centro del Gobierno son examinados por lo menos una vez al día para ver si se vuelven paras o no. Los que muestran síntomas de esta enfermedad son expulsados por la puerta sur. Todo el mundo, incluso yo mismo, necesita un certificado sanitario nuevo cada veinticuatro horas.

La verja interior se abrió. El coche que portaba a Calhoun cruzó la puerta. Los edificios que le rodeaban terminaron. Se encontraban ahora en un enorme espacio abierto que debió ser antaño un parque en el centro de la ciudad. Habían estructuras que no podían ser otra

cosa que edificios gubernamentales. Pero la población de este mundo era pequeña. No se mostraban grandiosos. Había senderos y algunas construcciones temporales evidentemente edificadas a toda prisa pata albergar a un súbito flujo de gente.

Y habían muchas personas. El sol brillaba y los niños jugaban y las mujeres les contemplaban. Se veían unos cuantos, no muchos, hombres en las cercanías, pero en su mayoría eran mayores. Todos los jóvenes iban de uniforme y marchaban presurosos de aquí para allá. Y aunque los niños jugaban alegremente, se veían pocas sonrisas en los rostros de los adultos.

—Tengo entendido, por lo que veo —dijo Calhoun—, que esto es un Centro del Gobierno, en donde han recogido a todos los de la ciudad que están seguros que son normales. Pero todos no es exactamente una infección sino el resultado de algo que se les ha hecho… por… Alguien.

—Muchos de nuestros electores así lo piensan —contestó el ministro de Sanidad—. Pero se han vuelto paras. Quizás las… Cosas se apoderaban de ellos porque estaban cerca de la verdad.

Su cabeza se hundió sobre el pecho. El jefe de policía dijo brevemente:

—Cuando vuelva a su navío, cuando desee volver, díganoslo y le llevaremos. Si no puede hacer nada por nosotros, sí podrá avisar a otros planetas que no envíen naves hasta aquí.

El coche frenó ante uno de los edificios cuadrados sin ornamentación alguna, que eran los laboratorios al estilo de todas las demás partes de la galaxia. El ministro de Sanidad bajó, Calhoun le siguió, con Murgatroyd cabalgando en su hombro. El coche se alejó y Calhoun Siguió hasta el edificio.

Junto a la puerta había un centinela, y un oficial de policía. Este examinó el certificado diario del ministro de Sanidad. Después de varias llamadas por televisófono, dejó pasar a Calhoun y a Murgatroyd. Marcharon a poca distancia antes de que otro centinela le detuviese. Un poco más y otro nuevo centinela.

—Una densa seguridad —dijo Calhoun.

—A mí me conocen —contestó arrastrando las palabras el ministro—, pero tienen que revisar mi certificado para cerciorarse de que lo han expendido esta mañana y que hasta entonces yo no era un para.

—He visto cuarentena con anterioridad —afirmó Calhoun—, pero ninguna como esta. ¡No contra una enfermedad!

—No es contra la enfermedad —corrigió el ministro, con voz muy fina—, es contra alguien inteligente… que viene de las junglas… que elige víctimas por razón de sus propios propósitos.

Calhoun dijo con el máximo cuidado:

—Yo no me atrevería a decir que es de la jungla.

Entonces el ministro de Sanidad llamó a una puerta y acompañó a Calhoun a su través. Entraron en una enorme habitación llena con un complejo de escritorios, cámaras e instrumentos de observación y de registro que requiere el estudio de los organismos vivos. El escenario para el estudio de las cosas muertas es del todo diferente Aquí, a mitad de la estancia, había una impresionante lámina de cristal que dividía el apartamento en dos. El lado opuesto del cristal se veía evidentemente un medio ambiente aséptico que ahora se utilizaba como cámara de aislamiento.

Un hombre pasaba arriba y abajo más allá del cristal. Calhoun supo que debía ser un para porque estaba aislado en idea y en hechos de la humanidad normal. El aire que se le suministraba podía ser calefactado casi hasta el rojo blanco y luego enfriado antes de que se le introdujera en la cámara aséptica para que lo respirara, si se deseaba tal cosa. O el aire que se extraía podía hacerse incandescente para que ningún germen posible o sus esporas pudiera salir. Los desperdicios serian destruidos al pasar a través de un arco voltaico después de innumerables esterilizaciones previas. En tales habitaciones, siglos antes, las plantas crecieron de semillas antisépticamente empapadas y los pollitos dividieron al mundo de huevos libres de gérmenes e incluso los pequeños animales hechos nacer por una aséptica operación cesárea pudieron sobrevivir en un medio ambiente en el que no habían microorganismos vivos. Desde habitaciones como esta, los hombres aprendieron por primera vez que algunos tipos de bacterias exteriores eran esenciales para la salud del hombre. Pero aquel individuo no era un voluntario para tal clase de investigaciones.

Paseaba arriba y abajo, las manos abriendo y cerrándose. Cuando Calhoun y el ministro de Sanidad entraron en la habitación externa, les miró fulminante. Maldijo, aunque de manera inaudible a causa de la plancha de cristal. Les odiaba con todas sus fuerzas

porque no eran lo que él era, porque no estaban aprisionados detrás de gruesas paredes de vidrio a través de las que cada acción y casi cada pensamiento se podía vigilar. Pero había más en su odio que todo eso. En el centro de una furia tan grande que su cara casi parecía púrpura, de pronto bostezó de manera incontrolable.

Calhoun parpadeó y le miró con fijeza. El hombre de detrás del cristal volvió a bostezar una y otra vez. Era impotente para contener el bostezo. Si era posible tal cosa, se encontraba en un paroxismo de bostezos, por lo que sus ojos miraban llameantes mientras se golpeaba los puños uno contra otro. El músculo se controlaba en el acto del bostezo, funcionaba independientemente de la rabia que debió haber hecho imposible tal bostezo. Y estaba avergonzado y estaba furioso y bostezaba más violentamente de lo que parecía posible.

—Sabe de algún individuo que se dislocara la mandíbula, bostezando así —dijo Calhoun de manera destacada.

Una suave voz habló tras él.

—Pues si ese hombre se disloca la mandíbula, nadie podrá ayudarle. Es un para. No podemos unirnos a él.

Calhoun se volvió. Se encontró contemplado con untuosa condescendencia por un hombre que llevaba gruesas gafas relucientes… los ojos de un hombre que debía estar muy mal de la vista para no poder usar lentes de contacto… y también vestía uniforme con camafeos en su cuello. Era regordete. Estaba radiante. Era el único hombre que Calhoun había visto hasta ahora en este planeta, cuya expresión no era ni de desesperación ni de odio.

—Usted es del Servicio Médico —observó inquieto el hombre radiante—. Del Servicio Médico Interestelar al que se pueden referir todos los problemas de Salud Pública. ¡Pues aquí tiene un verdadero problema! ¡Una locura contagiosa! ¡Una alucinación transmisible! ¡Una epidemia de insanidad! ¡Una plaga de lo indescriptible!

El ministro de Sanidad intervino intranquilo:

—Este es el doctor Lett. Era el primero de nuestros médicos. Ahora casi es el último.

—De acuerdo —dijo el hombre suave, tan inquieto como antes —. ¡Pero ahora está el Servicio Médico Interestelar que envía a alguien ante el que yo debiera inclinarme! ¡Alguien cuyo conocimiento, experiencia y adiestramiento son infinitamente

mayores que los míos, por lo que me siento abrumado! ¡Soy tímido! ¡Pude no ofrecer una opinión ante un hombre del Servicio Médico!

No faltaban precedentes a que un eminente doctor se sintiera molesto por la existencia implícita de una gran pericia o sabiduría, superior a la suya. Pero este hombre no estaba solo resentido. Se mostraba despreciativo.

—Vine aquí esperando que fuese una visita estrictamente rutinaria —dijo Calhoun educadamente—. Pero se me ha dicho que la situación de la salud pública es muy grave. Me gustaría ofrecerles toda mi ayuda.

—¡Grave! —el doctor Lett se carcajeó desdeñoso—. ¡Es desesperada, para los pobres doctores planetarios como yo! ¡Aunque no, claro, para un hombre del Servicio Médico!

Calhoun sacudió la cabeza. Aquel individuo no sería una pera en dulce con la que tratar. Se requería tacto… pero la observación era abrumadora.

—Tengo una pregunta —dijo Calhoun de mala gana—. Se me ha dicho que los paras son locos y ha habido mención de sospechas y de secretividad que sugieren la esquizofrenia y… según he deducido… el término para se refiere a ese aspecto de su enfermedad.

—No es ninguna forma de paranoia —dijo el doctor planetario, desdeñoso—. La paranoia entraña sospecha de cada cual. Los paras desprecian y sospechan solo de los normales. La paranoia comprende una sensación de grandeza, que no puede ser compartida. Los paras son amigos y compañeros mutuos, uno para otro. Cooperan encantados en su intento de hacer a los normales como ellos mismos. ¡Un paranoico no querría que nadie compartiera su grandeza!

Calhoun meditó y luego asintió.

—Puesto que usted lo ha dicho veo que así debe de ser. Pero persiste mi cuestión. La locura entraña alucinaciones. Pero los paras se organizan a sí mismos. Hacen planes y toman distintas partes en ellos. Actúan racionalmente en los propósitos en que están de acuerdo… tales como asesinarme. ¿Pero cómo pueden actuar de manera racional si tienen alucinaciones? ¿Qué clase de alucinaciones poseen?

El ministro de Sanidad dijo con voz áspera:

—¡Solo las que los horrores salidos de las junglas pueden sugerir! ¡No… no puedo escuchar, doctor Lett! No puedo ver, si trata de hacer una demostración.

El hombre de las gruesas gafas agitó un brazo. El ministro de Sanidad se marchó presuroso. El doctor Lett emitió una risa implacable.

—¡No servía para médico…! Aquí hay un para en esta habitación aséptica. Es un buen espécimen extraordinariamente excelente para el estudio. Era mi ayudante y le conocí Cuando estaba sano.

Ahora sé que es un para. Le enseñaré su alucinación.

Se acercó a un pequeño horno de cultivos y abrió la puerta. Estuvo atareado con algo del interior. Por encima del hombro dijo con atención:

—Los primeros colonos tuvieron muchas dificultades en establecer una ecología de uso humano en este mundo. Las plantas nativas y los animales eran inútiles. Tuvieron que ser substituidas con cosas compatibles con los humanos. Luego se produjeron más dificultades. No existían aquí los útiles animales que se alimentan de carroña… ¡Y esos animales basureros son esenciales! Las ratas son de ordinario despreciables, pero de confianza, sin embargo no prosperaban en Tallen. Los buitres… no. Claro que no. Escarabajos de la carroña… escarabajos peloteros… ¡Las moscas que producen larvas de la putrefacción hacen muy buen trabajo en el aniquilamiento de los detritus… No prosperaban ninguno de estos animales en Tallien Tres! ¡Y estas bestias barrenderas son de ordinario especialistas, también! ¡Pero la colonia no podía continuar sin tales animales de los que se alimentan de desperdicios! Así que nuestros antecesores buscaron en otros mundos y al poco descubrieron una criatura que se multiplicaría enormemente y con gran versatilidad sobre los desperdicios de las ciudades humanas. Es verdad, olía como un antiguo animal terrestre llamado mofeta… un animal de olor nauseabundo. No era bonito… para la mayor parte de los ojos es repugnante. Pero sí resultaba un barrendero o exterminador de detritus y no había producto de desperdicio que no devorase.

El doctor Lett se dio la vuelta desde el horno de cultivos. Tenía en la mano un recipiente de plástico. De él se extendía un débil

pero repugnante hedor.

—¿Preguntaba cuál es la salud y las alucinaciones de los paras? —sonrió pensativo. Extendió el recipiente—. Esto es la alucinación que produce el animalito este, este comedor de cosas sucias; este trazo indescriptible de carne maloliente… ¡Los paras tienen la alucinación de que el animalito repugnante es la comida más deliciosa de todas las existentes!

Colocó el recipiente de plástico bajo las narices de Calhoun. Calhoun contuvo su aliento mientras tuvo la caja allí. El doctor Lett dijo con burlona admiración:

—¡Ah! ¡Tiene usted un estómago fuerte, como deberían tener todos los médicos! ¡La alucinación de los paras es que estos objetos que se retuercen entre los desperdicios son deliciosos! ¡Los paras desarrollan gusto irresistible hacia ellos! ¡Es como si los hombres de un mundo más parecido a los terrestres desarrollasen un hambre incontrolable hacia los buitres y las ratas e… incluso cosas menos tolerables. Los paras se comen a estos basureros! ¡Por eso los hombres normales antes preferían morir que convertirse en paras!

Calhoun sintió una repulsión instintiva. Las cosas del recipiente de plástico eran grises y pequeñas. De haber estado quietas, no hubieran tenido mejor aspecto que las ostras crudas en un cóctel. Pero excitaban. Se retorcían.

—Le enseñaré —dijo con amabilidad el doctor Lett.

Se volvió hasta la plancha de cristal que dividía la habitación en dos mitades. El hombre más allá del grueso muro de vidrio se apretó ahora contra él. Miró el recipiente con un deseo horrible y ansioso. El doctor de las gruesas gafas soltó una risita, mirándole como si se tratara de un animal enjaulado al que deseara tranquilizar. El hombre de la otra parte del vidrio bostezó histérico y pareció sollozar. No podía apartar los ojos del recipiente de las manos del doctor.

—¡Vaya! —exclamó el doctor.

Oprimió un botón y se abrió una puerta hermética. Coloco el recipiente dentro y la puerta se cerró. Podría esterilizarse antes de que la puerta por el otro lado se abriese, pero ahora estaba preparada para esterilizarse a sí mismo e impedir que el contagio saliera.

El hombre detrás del cristal murmuraba palabras inaudibles.

Estaba lleno de una impaciencia bestial e incontrolable. Chillaba al mecanismo de la portezuela anticontagios como un animal bramaría a la abertura por la que le dejaban caer el alimento dentro de su jaula.

La escotilla o portezuela se abrió, dentro de la sala amurallada de cristal. Apareció el recipiente de plástico y el hombre saltó sobre él. Se tragó su contenido y Calhoun sintió náuseas. Pero mientras el para devoraba, miraba fulminante a los dos que con Murgatroyd le contemplaban. Les odiaba con una ferocidad que hacía que sus venas sobresaliesen en sus sienes, y con una furia que se marcaban zonas púrpuras en su piel.

Calhoun se dio cuenta de que se había puesto blanco. Apartó los ojos y dijo tembloroso:

—Jamás vi cosa igual.

—Es nuevo, ¿eh? —exclamó el doctor Lett con una extraña especie de orgullo—. ¡Nuevo! ¡Yo… incluso yo… he descubierto algo que el Servicio Médico ignora!

—Yo no diría que el Servicio Médico ignora cosas similares —respondió despacio Calhoun—. Hay… a veces… en pequeñísima escala… docenas o quizás de centenares de víctimas… hay algunas veces apetitos similares irracionales. Pero a escala planetaria… no. Jamás hubo… una epidemia de este tamaño.

Seguía con aspecto de enfermo e impresionado. Pero preguntó:

—¿Cuál es el resultado de este… apetito? ¿Qué le convierte en para? ¿Qué cambia en… digamos… en su salud para que un hombre se convierta en para?

—No hay ningún cambio —dijo con suavidad el doctor Lett—. No están enfermos y no se mueren porque sean paras. ¡La condición es que si no es más anormal que… la diabetes! ¡Los diabéticos requieren insulina! Los paras necesitan… otra cosa. ¡Pero hay un prejuicio contra lo que necesitan los paras! ¡Es como si algunos hombres prefiriesen morir que utilizar la insulina y, aquellas que lo emplearan, se convirtieron en proscritos! ¡Yo no os digo qué es lo que causa esta condición! Yo no objeto si el ministro de Sanidad cree que nos han invadido criaturas de la jungla… convirtiendo a los hombres en paras —vigiló la expresión de Calhoun—. ¿Acaso la información de su Servicio Médico está de acuerdo con esto?

—Noooo —contestó Calhoun—. Me temo que se incline a la idea

de un caso monstruoso y que no se parece en nada a la diabetes.

—¡Pero sí! —insistió Lett—. ¡Todo lo digestible, no importa lo poco apetitoso que sea para el hombre moderno, ha sido parte de la dieta regular de alguna tribu de salvajes humanos! ¡Incluso los romanos prehistóricos comían lombrices cocinadas en miel! ¿Por qué debería existir el hecho de que una substancia necesaria tenga que encontrarse en un animalito que come detritos…?

—Los romanos no se volvían locos por las lombrices —contestó Calhoun—. O se las comían, o las dejaban en paz.

El hombre de detrás del grueso cristal vio fulminante a los dos de la habitación externa. Les odiaba de manera intolerable. Les gritaba. Las venas de sus sienes pulsaban al compás de su odio. Les maldecía…

—Destacaré una cosa más —dijo el doctor Lett—. Me gustaría tener la cooperación del Servicio Médico Interestelar. Pero también me gustaría que mi trabajo fuera aprobado por el Servicio Médico. Soy ciudadano de este planeta y no carezco de influencias. Tengo entendido de que en algunas zonas de la antigua tierra, la iodina se incluía en los sistemas de suministro de agua potable para evitar el bocio y el cretinismo. La flourina se añadía también al agua potable para impedir las caries. En Tralee el suministro de aguas potables tira rastros de zinc y cobalto. Estos son necesariamente elementos que se requieren en vestigios. ¿Por qué no admitir que aquí, en este lugar, hay rastros de elementos o elementos en vestigios que son necesarios?

—Usted quiere que informe de eso —contesto Calhoun llanamente—. No puedo hacerlo sin explicar… cierto número de cosas. Los paras son locos, pero se organizan. Un síntoma de la privación es el bostezo violento. Esta… condición apareció solo hace seis meses. El presente planeta lleva colonizado trescientos años. No podría ser un componente necesario, naturalmente en dosis mínimas, la causa de todo.

El doctor Lett se encogió de hombros, elocuente y desdeñosamente.

—Entonces usted no informará lo que todo este planeta certificará —dijo con sequedad—. Ni vacuna…

—Usted no debería llamarle vacuna si pensara que el origen de la enfermedad es una deficiencia en los suministros alimenticios…

una necesidad especial de la gente de Tallien.

El doctor volvió a sonreír, despreciativo.

—¿Y no podría yo suministrar la deficiencia y llamarla vacuna? Pero no es una verdadera vacuna. No es todavía eficiente. Tiene que tomarse regularmente o no protege.

Calhoun experimentó la sensación de haberse puesto algo más pálido.

—¿Quiere darme una muestra de su vacuna?

—No —contestó con suavidad el doctor Lett—. La poca que hay asequible se necesita para las autoridades que deben ser protegidas a toda costa. Estoy preparándola para fabricarla en grandes cantidades. Entonces le daré… una dosis conveniente. Se alegrará de recibirla.

Calhoun sacudió la cabeza.

—¿No comprende por qué el Servicio Médico considera que esta especie de cosa tiene una causa monstruosa? ¿Es usted el monstruo, doctor Lett? —luego preguntó con viveza—: ¿Cuánto tiempo hace que es usted un para? ¿Seis meses?

Murgatroyd exclamó con gran agitación:

—«¡Chee! ¡Chee! ¡Chee!» —porque el doctor Lett empuñó un escalpelo de disección de encima de una mesa y se agachó para saltar sobre Calhoun.

Calhoun dijo:

—¡Calma, Murgatroyd! ¡No hará nada lamentable!

Tenía en la mano un desintegrador, apuntando directamente al más grande y experto médico de Tallien Tres. Y el doctor Lett no hizo nada. Pero sus ojos mostraron la furia de un loco.

III

Cinco minutos más tarde, posiblemente menos, Calhoun salió hacia donde el ministro de Sanidad paseaba tristemente arriba y abajo por el corredor exterior del laboratorio. El ministro parecía pálido y enfermo como si tuviera un pesar por la demostración que Lett hiciera a Calhoun. Sin mirar a Calhoun a los ojos, dijo intranquilo:

—Le llevaré ahora a ver al Presidente Planetario.

—No —contestó Calhoun—. He recibido del doctor Lett una información muy prometedora. Quiero volver primero a mi nave.

—¡Pero el presidente desea verle! —protestó el ministro de Sanidad—. ¡Hay algo que quiere discutir!

—Yo deseo también discutir algo con él —contestó Calhoun—. Hay una inteligencia respaldando a este asunto de los paras. Yo casi diría inteligencia demoníaca. Quiero volver a mi nave y repasar lo que conseguí del doctor Lett.

El ministro de Sanidad, después de dudar, dijo apremiante:

—Pero el presidente está muy deseoso de…

—¿Quiere usted arreglar las cosas para que me lleven a mi nave? —cortó Calhoun con educación.

El ministro de Sanidad abrió la boca y la cerró. Luego dijo con tono excusativo y, según le pareció a Calhoun, temeroso:

—El doctor Lett es nuestra única esperanza de vencer esta… esta epidemia. El presidente y el Gabinete saben que tienen que… concederle plena autoridad. ¡No hay otra esperanza! No sabíamos que usted iba a venir. ¡Así que… el doctor Lett deseó que se entrevistara usted con el presidente cuando terminara con él! ¡No le retrasará mucho!

Calhoun contestó ceñudo:

—¡Y ya le tiene usted asustado! ¡Empiezo a sospechar que no tengo siquiera tiempo para discutir con usted!

—Le conseguiremos un coche y un conductor en cuanto haya visto al presidente. ¡Está a muy poca distancia!

Calhoun gruñó y avanzó hacia la salida del laboratorio. Pasaron los centinelas y llegaron al aire libre, saliendo a un amplio espacio vacío que antaño fue un parque de la ciudad y el emplazamiento de

los edificios gubernamentales de Tallien Tres. A poca distancia, habían niños jugando y mujeres contemplándoles con profunda ansiedad. Este espacio particular estaba reservado a gente que se consideraba libre del síndrome para. Altos edificios rodeaban la zona que antes fue tranquila y abierto a todos los ciudadanos del planeta. Pero ahora esos edificios estaban convertidos en murallas para cerrar el paso y la salida de los escogidos… y los escogidos no tenían más remedio que someterse sin opinión alguna a esta reclusión.

—El edificio del gobierno está algo más allá —dijo el ministro, a la vez que apremiante y asustado, persuasivo—. ¡Es un paseíto muy corto! ¡Solo algo más allá!

—Continúo sin deseo de ir —contestó Calhoun. Mostró al ministro de Sanidad el desintegrador que apuntara contra el doctor Lett minutos antes—. Esto es un desintegrador —dijo con suavidad —. Está ajustado para baja potencia de modo que no sea necesario quemar o matar. Es el ajuste utilizado por la policía en caso de tumulto. Con suerte, solo atonta. Lo he utilizado contra el doctor Lett —añadió sin emoción alguna—. Es un para. ¿Lo sabía? La vacuna que ha dado a ciertas autoridades para protegerlas contra convertirse en paras… satisface el monstruoso apetito de estos paras sin exigirles que coman bestias inmundas. Pero también produce ese apetito. De hecho, es uno de los modos por los que se hacen los paras.

El ministro de Sanidad miró con fijeza a Calhoun. Su rostro se puso literalmente gris. Trató de hablar y no pudo.

Calhoun añadió de nuevo tan poco emotivo como antes:

—Deje al doctor Lett inconsciente en su laboratorio, fuera de combate por un disparo a baja potencia del desintegrador. Sabe que es un para. El presidente es para, pero con un suministro de «vacuna» puede negárselo a sí mismo. Por el aspecto de su rostro acabo de descubrir que no puede negarse esa condición usted mismo tampoco. También es un para.

El ministro de Sanidad emitió un sonido inarticulado y se retorció las manos.

—Así —continuó Calhoun—, quiero volver a mi nave y ver lo que puedo hacer con la «vacuna» que tomé del doctor Lett. ¿Quiere ayudarme o no?

El ministro de Sanidad pareció haberse encogido dentro de sus ropas. Volvió a retorcerse las manos. Luego un coche de superficie se detuvo a unos cinco metros de distancia y dos hombres uniformados bajaron de él. El primero echó mano al desintegrador que llevaba pendiente de la funda de su cadera.

—¡Ese es el «tormal»! —gritó—. ¡No hay duda, ese es el hombre!

Calhoun oprimió el gatillo de su desintegrador tres veces. Rechinó en vez de detonar, a causa de su ajuste a baja potencia. El ministro de Sanidad se desplomó. Antes de que tocase el suelo el primero de los dos hombres uniformados pareció tropezar con su desintegrador a medio desenfundar. El tercer hombre se tambaleó.

—¡Murgatroyd! —llamó Calhoun vivamente.

—«¡Chee!» —gritó Murgatroyd. Saltó al coche de superficie junto a Calhoun.

El motor rechinó a causa de la acelerada que imprimió Calhoun y se alejó vivamente dejando atrás tres figuras inertes en el suelo. Pero no habría ninguna investigación instantánea. La atmósfera en el Centro del Gobierno no era exactamente normal. La gente les miraba con aprensión. Pero Calhoun desapareció de la vista antes de que el primero se moviera.

—Es el diablo —exclamaba Calhoun mientras se hallaba a la derecha en una curva de la calzada—. ¡Resulta infernal tener escrúpulos! Si hubiera matado a Lett a sangre fría, habría sido la única esperanza que podría tener esta gente. ¡Quizás entonces me permitirían ayudarles!

Dobló otra curva. Habían edificios aquí y allá y a menudo desaparecía de la vista el lugar donde dejara en el suelo a los tres hombres. Pero era sorprendente la acción que habían emprendido rápidamente después de que Lett recobrara el conocimiento. Calhoun apenas le había dejado hacia un cuarto. El desintegrador de baja potencia debió mantenerle inactivo durante minutos. Inmediatamente después de recobrarse tuvo que expedir órdenes para la captura o asesinato de un hombre con un animalito pequeño de mascota, un «tormal». Y la orden se hubiera llevado a cabo si no hubieran encontrado a Calhoun preparado con su propio desintegrador.

Pero lo más asombroso era la situación general que ahora se revelaba. La gente del Centro del Gobierno se estaba convirtiendo

en para, y el doctor Lett tenía toda la autoridad gubernamental a sus espaldas. Él era el Gobierno mientras durase la emergencia. Pero permanecería gobernando porque todos los hombres de los altos despachos eran paras que solo podían ocultar su condición mientras el doctor Lett lo permitiese. Calhoun pudo imaginarse la Organización social que podía derivarse. Sería una tiranía; un monarca absoluto encabezándola. Los ciudadanos absolutamente sumisos recibirían su dosis de vacuna «normales» mientras complaciera a su amo. Cualquiera que le desafiara, incluso tratara de huir, se convertiría a la vez en algo loco y repulsivo, porque estaría sujeto a unos apetitos monstruosos e irresistibles. Y el tirano podría prevenir incluso su satisfacción. Así que los ciudadanos de Tallien Tres se vieron enfrentados con la elección entre la esclavitud o la locura para ellos y sus familias.

Calhoun giró por detrás de un edificio oficial y salió del área de aparcamiento que había más allá. Evidentemente, no podía dejar el Centro de Gobierno por donde había entrado. Si Lett no había mandado que le detuvieran, estaría ordenándolo ahora. Y Murgatroyd además resultaba un signo de identificación.

De nuevo dobló otra esquina, empujando a Murgatroyd fuera de la vista. Dio otro giro, y otro… Luego comenzó concentrándose para recordar dónde estaba la línea de poniente en el planeta, cuando aguardaba a que la rejilla de aterrizaje la bajara al suelo. Imaginó que había pasado hora y media, quizás dos, desde que tomara tierra. Así que las sombras se proyectarían al noroeste de los objetos que las arrojasen. Luego…

No permaneció en ninguna calle recta por más de diez segundos. Pero ahora, cuando elegía un giro, tenía motivos para hacerlo. Culebreó y serpenteó, una vez por poco se mete en medio de un coro de niños jugando, pero el asomo total de su movimiento le dirigía firmemente hacia el sur. Los paras eran expulsados por la puerta sur. Esa puerta, solo, sería la única por donde alguien podría salir sin una posibilidad de verse interrogado.

Encontró la puerta. Los ordinarios altos edificios la bordeaban a derecha e izquierda. La actual salida era una serie de desnudas paredes de cemento que se iban uniendo juntas hasta la puerta que conducía al mundo exterior, no mayor que el portal de una casa. Bien atrás de dicha puerta, habían cuatro camiones con altos

laterales y policía armada en sus cajas. Estaban allí para asegurar de que los paras, expulsados, o que habían salido por su propia voluntad cuando Conocían su estado, no regresaran.

Detuvo el coche de superficie y metió a Murgatroyd debajo de su cazadora. Caminó muy serio hacia la estrecha salida. Era el juego más desesperado de todos, pero también el único que podía efectuar. Podían matarle, claro, pero nadie sospecharía de que intentase salir por ninguna puerta. Estaría demasiado desesperado, o debería estarlo, para correr un riesgo como aquel.

Así que salió sin que le molestaran. Las paredes de cemento se alzaban más y más altas mientras se alejaba de los camiones y de la policía que seguramente le habría desintegrado de sospechar su identidad. El camino por el que pasaba se hacía más estrecho, hasta convertirse en una especie de túnel, con un giro en él de forma que no se podía ver extremo a extremo. Luego… llegó una vez más al aire libre.

Nada podía ser menos dramático que su actual fuga. Simplemente salió paseando. Nada podía ser menos notable que su llegada a la ciudad al exterior del Centro de Gobierno. Se encontró en una calle, bastante estrecha, con edificios como siempre a su alrededor, cuyas ventanas o bien estaban tapiadas, o cerradas o destrozadas. Se veían bancos contra la base de uno de aquellos edificios y cuatro o cinco hombres, del todo desarmados, holgazaneando en ellos Cuando Calhoun apareció, un individuo se alzó después de mirarle. Un segundo hombre se volvió para atarearse con algo que tenía detrás. No parecían muy serios. No mostraron señal alguna de estar locos. Pero Calhoun ya se había dado cuenta de que el apetito que constituía su locura se producía solo ocasionalmente. Unicamente a intervalos que podían probablemente conocerse por anticipado. Entre un monstruoso hechizo hambriento y otro, un para podía parecer y actuar y ser en realidad tan cuerdo como cualquier otra persona. Con certeza el doctor Lett y el presidente y los miembros del Gobierno que eran paras, actuaban convincentemente como si no lo fueran.

Uno de los hombres de los bancos le hizo un gesto.

—Por aquí —dijo con indiferencia.

Murgatroyd asomó la cabeza por entre la abertura del pecho de la cazadora de Calhoun, mirando con recelo aquellos hombres

toscamente vestidos.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los cinco.

—Mi mascota —contestó lacónico Calhoun. Nadie le objetó su afirmación. Un tipo se levantó, alzando un tanque pequeño con una manguera. Se oyó un sonido sibilante. El rociado fue como una especie de niebla fina y espesa a la vez. Calhoun olió un convencional disolvente orgánico, bastante bien conocido.

—Es un antiséptico —dijo el hombre del rociador—. Por si acaso ahí dentro coges alguna enfermedad.

La afirmación era bastante normal y antaño pudiera haber sido considerada como una ironía exquisita. Pero se le había repetido hasta perder cualquier significado, excepto para Calhoun. Sus ropas relucían momentáneamente allá donde el rociado permanecía en las fibras. Luego se secó. Quedó el residuo más débil posible, como una cepa de polvo impalpable. Calhoun le dio con su significado y este conocimiento le resultó intolerable. Pero dijo entre dientes:

—¿Dónde iré ahora?

—A cualquier parte —contestó el primer hombre—. Nadie te molestará. Algunos normales tratarán de impedir que te acerques, pero puedes hacer lo que gustes —añadió con desinterés—. También a ellos. ¡Ahí fuera no hay policía!

Regresó al banco y se sentó. Calhoun continuó adelante.

Sus sensaciones interiores eran insoportables, pero tenía que continuar. No era probable que las instrucciones hubiesen llegado todavía a la Organización para. ¿Había una tal organización? ¡Era preciso que los viese! ¡Pero al poco sería cazado incluso por la improbable suposición de que había escapado del Centro del Gobierno! Todavía no, pero dentro de poco…

Bajó calle abajo. Llegó hasta una esquina y la dobló. De nuevo aparecieron unas cuantas figuras a la vista. Quizás fuera él, el único peatón en toda una manzana de casas. De este modo le habían mirado en la otra parte de la ciudad, y él las vio también desde su coche terrestre. A pie, el aspecto de los peatones era igual. Las ventanas, también, estaban rotas. Las puertas destrozadas. Basura en las calles…

Ninguno de los humanos a la vista le prestó ninguna atención, pero mantuvo a Murgatroyd fuera de las miradas de los curiosos de todos modos. Los que paseaban y venían hacia él, jamás llegaban a

esa altura. Los que se movían en la misma dirección, nunca podían ser alcanzados. De igual modo doblaban esquinas o se deslizaban dentro de los portales. Serian, consideró Calhoun desapasionadamente, personas que aún se consideraban normales, o que habían salido en misiones desesperadas en busca de alimentos y que trataban también sin esperanza de no traer el contagio a aquellos familiares para los que iban a buscar comida. Y Calhoun se vio sacudido con una rabia terrible de que tales cosas pudieran ocurrir. Él, él mismo, había sido rociado con algo… Y el doctor Lett le tendió un recipiente de plástico para que lo oliera… Entonces contuvo el aliento, pero ahora no podía dejar de respirar. Tenía cierto periodo de tiempo, y solamente ese periodo, antes de…

Obligó a que su pensamiento volviera al Navío Médico cuando se encontraba a cincuenta kilómetros de altura, a treinta, a diez. Había estado contemplando el suelo a través del telescopio electrónico y tenía una imagen mental de la ciudad vista desde el cielo. Le parecía tan clara como un mapa. Podía orientarse. Podía decir dónde estaba.

Un coche de superficie se detuvo a cierta distancia delante suyo. Un hombre salió, sus brazos llenos de paquetes que posiblemente serían de comida. Calhoun echó a correr. El hombre trató de meterse dentro de la puerta antes de que Calhoun llegara. Pero sin abandonar ningún paquete de comida.

Calhoun exhibió su desintegrador.

—Soy un para —dijo tranquilo—, y quiero este coche. Deme las llaves y puede conservar la comida.

El hombre gimió. Luego dejó caer las llaves al suelo y huyó dentro de la casa.

—Gracias —dijo Calhoun educadamente.

Ocupó su puesto en el Coche y de nuevo colocó a Murgatroyd fuera de la vista de curiosos posibles.

—No es —dijo al «tormal» con una especie de humor desesperado—, que me avergüence de ti, Murgatroyd, pero me temo que llegue incluso a avergonzarme de mí mismo. ¡Mantente agachado!

Puso en marcha el coche y se alejó.

Cruzó por un barrio comercial, con muchas ventanas destrozadas. Atravesó Cañones formados por edificios de oficinas.

Cruzó una zona febril, en la que había cantidad de fábricas de fea arquitectura pero sin signo de trabajo en proceso. En cualquier epidemia los hombres se quedarían en casa y no irían a trabajar para evitar el contagio. En Tallien Tres, nadie se mostraría dispuesto a arriesgar la salud para no perder el empleo, puesto que la pérdida de la salud entrañaría la pérdida también de algo más apreciado que la propia vida.

Había, pues, una amplia avenida que conducía hacia las afueras de la ciudad pero no hacia el espaciopuerto. Calhoun condujo por ella el coche. Vio el extraño encaje de acero de la rejilla de aterrizaje a la altura de una pequeña montaña remontándose contra el firmamento. Condujo furioso. Mucho más allá. Había visto el sistema de autopistas desde treinta y cinco kilómetros de altura, desde veinte, desde cinco. Muy cerca de aquí los cohetes meteorológicos robados se remontaron bramando hacia el cielo con explosivas cabezas de guerra para destrozar al «Esclipus Veinte».

Fracasaron. Ahora Calhoun pasó el lugar desde el que fueron lanzados y no advirtió nada. Ahora Calhoun pasó por los campos llenos y vio la autopista que conducía al espaciopuerto. Estaba vacía. Luego se produjo la puesta del sol. Advirtió cómo las vigas y jácenas plateadas de la cumbre de la rejilla de aterrizaje reflejaban los últimos rayos de sol cuando estos ya no alcanzaban hasta la sólida superficie del suelo del planeta.

Condujo. Y condujo. En el Centro del Gobierno nadie sospecharía que se hubiera escapado de dicho centro y que se alejaba de la ciudad. Era posible que instalasen barreras en las carreteras que conducían al espaciopuerto, por si acaso. Pero irrealmente le creerían escondido en algún lugar del Centro del Gobierno sin esperanza de, en realidad, lograr nada excepto su propia destrucción.

Después de la puesta del sol se encontraba a varios kilómetros más allá del espaciopuerto. Una vez terminado el crepúsculo, había cruzado otra carretera de superficie y regresaba en dirección a la ciudad. Pero esta vez pasaría muy cerca del espaciopuerto. Y dos horas después de ponerse el sol, dobló su coche apagando las luces y lo condujo a oscuras y casi sin ruido en la noche. Aún así, dejó el vehículo a dos kilómetros del auto de Caja de acero. Escuchó atentamente durante largo rato. Al poco, él y Murgatroyd se

acercaron al espaciopuerto, a pie, desde una dirección bastante improbable. La torre gigantesca e insustancial se alzaba increíblemente lejos hacia el cielo. Mientras se acercaba se agazapó más y más hasta casi arrastrarse para impedir ser visto silueteado contra el cielo estrellado. Vio luces en las ventanas del edificio de control de la rejilla. Mientras miraba, una de estas se apagó momentáneamente al pasar alguien entre la fuente de luz interior y dicha ventana. Había una enorme quietud, rota solo por débiles, muy débiles sonidos del viento al chocar contra el esqueleto metálico.

No vio coches de superficie que indicaran que habían traído hombres aquí para esperarle. Avanzó con la máxima precaución. Una vez se detuvo y con disgusto ajustó su desintegrador hasta la intensidad de carga letal. Si tenía que usarlo, no podría ser para dejar atontado a un antagonista. Debería luchar por su vida… o mejor, por la posibilidad de vivir como hombre normal y restaurar esa posibilidad a la gente de aquella ciudad fantasmalmente tranquila que estaba en el horizonte, y en las otras urbes más pequeñas esparcidas por aquel mundo.

Tomó infinitas precauciones. Vio el navío médico plantado valientemente sobre sus aletas de aterrizaje. Fue un alivio el verlo. El operador de la rejilla podría haber recibido la Orden de elevarlo hasta el espacio y de arrojarlo a la nada, o de ponerlo en órbita hasta que se volviera a necesitar, o…

Aún había esa posibilidad. La expresión de Calhoun se tornó amarga. Tenía que hacer algo en la rejilla. Era preciso que pudiera despegar con sus cohetes de emergencia el navío, sin el riesgo de verse pillado por los tremendamente potentes campos de fuerza con los que los navíos eran lanzados al espacio y aterrizados.

Se arrastró hasta el mismo edificio de control. No se oían voces, pero sí se percibía movimiento dentro. Al poco se asomó por una ventana.

El operador de la rejilla que fue el primero en saludarle en su aterrizaje, se movía ahora por el interior de la construcción. Empujando tanques sobre ruedas. Con una manguera adosada a ellos, rociaba. La niebla se extendía y salpicaba en las paredes laterales. Quedaba colgada del aire y se posaba en los detalles, las sillas, en el tablero de control con sus diales y computadores.

Calhoun ya había visto antes esta niebla. Se utilizó para rociar el lugar de quemar los cuerpos de los dos hombres que intentaron asesinarle y su destrozado coche de superficie, y todo lo que aquel vehículo sobrepasó en su carrera. Era un rociado descontaminador; empleado para destruir el contagio que convertía a los hombres en paras.

Calhoun vio el rostro del operador de la rejilla. Más allá de su expresión estaba resuelto, pero también muy, muchísimo amargado.

Calhoun entró confiadamente por la puerta y llamó. Una voz salvaje del interior contestó:

—¡Márchese! ¡Acabo de descubrir que soy un para!

Calhoun continuó adelante. Murgatroyd le siguió. Olisqueó la niebla cuando esta llegó hasta su hocico.

—Me han tratado también, así que me convertiré en para con usted, después de pasado el período de desarrollo —dijo Calhoun—. La cuestión es: ¿Puede arreglar los controles para que nadie sea capaz de utilizar la rejilla?

El operador le miró con torpeza. Se le veía mortalmente pálido, e incapaz de captar lo que Calhoun acababa de preguntar.

—Tengo que hacer algún trabajo por la condición de para —le dijo Calhoun—. Necesito que no me molesten en la nave y necesito un paciente conmigo que esté propenso como yo a ser un para. Eso ahorrará tiempo. Si usted me ayuda quizás podamos derrotar esa cosa. Si no, tendré que destruir la rejilla.

El operador contestó con una voz salvaje e inhumana.

—Soy un para. Estoy tratando de rociar todo lo que he tocado. Luego me iré a alguna parte y me mataré…

Calhoun desenfundó su desintegrador. Lo volvió a ajustar hasta una intensidad no letal.

—¡Buen hombre! —dijo aprobador—. Yo tendré que hacer un trabajo similar y no soy mejor médico que Lett. ¿Quiere ayudarme?

Murgatroyd olisqueó de nuevo. Dijo plañidero:

—«¡Chee!»

El operador le miró, evidentemente en un estado de sorpresa. Ningún sonido de ordinario podría haber penetrado a través de su consciencia. Pero Murgatroyd era un animalito peludo, con largas patillas y una cola hirsuta y no acostumbra imitar las acciones de los humanos. Volvió a olisquear y alzó los ojitos. Había un pañuelo

en el bolsillo de Calhoun. Murgatroyd lo sacó y se lo aplicó a la cara. Volvió a olisquear y dijo:

—«¡Chee!» —y devolvió el pañuelo a su lugar. Contempló al operador de la rejilla desaprobador. El operador estaba sorprendido más allá de su desesperación. Dijo tembloroso:

—¿Qué diablos…? —luego miró a Calhoun—. ¿Ayudarle? ¿Cómo puedo ayudar a nadie? ¡Soy un para!

—Que es precisamente lo que necesito —contestó Calhoun—. ¡Hombre, soy del Servicio Médico!

—Tengo un trabajo que hacer con lo que llaman aquí una epidemia. Necesito un para que se ofrezca voluntario para ser curado. ¡Es decir, usted! ¡Arreglemos lo de la rejilla para poder trabajar y…

Hubo una sucesión de altos chasquidos de la unidad de altavoces en la pared. Era una onda de emergencia, que colocaron en funcionamiento los altavoces. Luego se oyó una voz:

—«¡Atención todos los ciudadanos! ¡El presidente Planetario está a punto de daros buenas noticias sobre el fin de la epidemia para!»

Una pausa. Luego una voz grave y temblorosa salió por el altavoz:

—«Queridos conciudadanos: Tengo la felicidad de informaros que una vacuna que protege por completo a los normales contra la condición para y que cura a los ya paras, ha sido descubierta. El doctor Lett, del Servicio Sanitario del Planeta, ha producido la vacuna que ya está en producción en pequeña escala y que dentro de poco será asequible en grandes cantidades, bastante para todos. ¡La epidemia que ha amenazado a cada persona en Tallien Tres está a punto de terminar! Y para apresurar el tiempo en que cada persona del planeta tenga la vacuna en la dosis requerida y en los intervalos necesarios, hemos concedido al doctor Lett una autoridad completa de emergencia. ¡Tiene poder para llamar a cada ciudadano y asignarle cualquier misión, cualquier suma, cualquier sacrificio que restaure a nuestros queridos paisanos a su ser normal y proteja al resto contra cada víctima de esta intolerable enfermedad! Repito: una vacuna ha sido descubierta que absolutamente impide a cualquiera convertirse en para y que cura a los que son paras ahora. Y el doctor Lett tiene absoluta autoridad para emitir cualquier orden que crea necesaria con el fin de

personar el final de la epidemia e impedir su reproducción. ¡Pero el fin está seguro!»

El altavoz se desconectó. Calhoun dijo con malicia:

—Por desgracia, sé lo que eso significa. El presidente ha anunciado la verificación del gobierno en favor del doctor Lett y que el castigo por desobedecer las órdenes de Lett es… la locura.

Aspiró una profunda bocanada de aire y se encogió de hombros.

—¡Vámonos! ¡Pongámonos a trabajar!

IV

Como sucedía, el tiempo era un factor critico, aunque Calhoun no se había dado cuenta. Habían luces que se movían en la autopista a la ciudad en el momento en que Calhoun y el operador de la rejilla entraron en el Navío Médico y cerraron la escotilla tras ellos. Las luces se acercaron más. O corrían. Luego coches de superficie se precipitaron por la verja de entrada por el espaciopuerto y se lanzaron hacia el pequeño y pacifico Navío Médico allá donde estaba con una aparente añoranza del firmamento. A los pocos segundos lo tenían rodeado y los hombres armados trataban de entrar. Pero los Navíos Médicos aterrizan en muchísimos planetas, con variadísimos grados de respeto hacia el Servicio Médico Interestelar. En algunos mundos hay una gran integridad demostrada por el personal del espaciopuerto y los visitados. En otros hay pillaje, o peor. Así que no es muy fácil entrar en los Navíos Médicos.

Pasaron largos minutos tanteando inútilmente el cierre de la escotilla externa. Luego cedieron. Dos coches cargados de hombres fueron hasta el edificio de control, que ahora estaba a oscuras y en silencio. La puerta estaba abierta. Entraron.

Hubo consternación. El interior de la sala de control olla a rociado antiséptico, el rociado utilizado cuando se descubrió el para. En algunos casos, el rociado que efectuaba un para cuando se descubría a sí mismo. Pero no resultó tranquilizador para hombres recién llegados del Centro del Gobierno. En lugar de certificar su seguridad, andaban en un terrible peligro. Porque a pesar de la emisión radiada por el presidente Planetario, el terror a los paras estaba demasiado bien establecido para que se curase por ninguna afirmación oficial.

Los hombres que habían entrado en el edificio salieron presurosos y abrumados por lo que habían olido en el interior. Sus compañeros se retiraron, asustados incluso por el contacto indirecto con el supuesto contagio. Permanecieron fuera, mientras un individuo que no había entrado utilizó el comunicador del coche de policía para informar al cuartel general de la fuerza gubernamental

planetaria.

El intento de entrar en la nave fue conocido en su interior, claro. Pero Calhoun no hizo caso. Vació los bolsillos del traje que utilizara en la ciudad. Las corrientes trivialidades que un hombre lleva consigo. Pero también un desintegrador, ajustado para disparos de baja potencia, y un frasquito de grueso cristal con un fluido singularmente gris y un recipiente de plástico.

Se estaba cambiando con otras ropas cuando vio el musitado informe, captado por el receptor del navío sintonizado a la longitud de onda de la policía planetaria. Informaba con miedo de que no se podía entrar en el Navío Médico y que el edificio de control de la rejilla estaba a oscuras y vacío, rociado como para destruir el contagio. El operador se había ido.

Otra voz ladró órdenes en respuesta. La máxima autoridad había dado instrucciones de que el tripulante del Navío Médico, ahora en algún lugar de la capital, debía ser capturado, y su fuga del planeta impedida a toda costa. Así que, si no se podía entrar y desmantelar el propio navío, pusieran en funcionamiento la rejilla y lo arrojasen al espacio. ¡Arrojarlo al espacio! ¡Hubiese o no contagio en el edificio de control, era preciso convertir la nave en inutilizable para su legítimo tripulante!

—Tiene un alto concepto de mí —dijo Calhoun—. Espero ser tan peligroso como cree el doctor Lett —luego añadió crispado—: dijo usted que era un para. Quiero que me diga los síntomas que usted siente y dónde. Luego necesito saber cuál fue su último contacto con esos animalitos llamados «basureros».

Las intenciones de la policía del exterior debían ignorarse. No importaba que enviaran al Navío Médico al espacio y lo abandonasen. Calhoun se hallaba en su interior. Pero esto no podía ocurrir. El operador de la rejilla se había traído consigo ciertas piececitas del sistema de mandos. Claro que era posible disparar el navío hacia lo alto, pero se daría cuenta de esa maniobra. Estaba a salvo excepto por una cosa. Fue expuesto a aquello que convertía a un hombre en para. Esa condición podía evolucionar. Pero poseía un recipiente de cristal con fluido grisáceo y otro recipiente de plástico con una muestra diabólica. Este último provenía del laboratorio del doctor Lett. El primero, del bolsillo más intimo de dicho doctor. Debía ser una vacuna. Así que Calhoun poseía los dos

elementos necesarios para analizar y descubrir lo que le interesaba.

Efectivamente, el frasquito de vidrio era simplemente eso. Calhoun destapó el otro. Contenía organismos pequeños y horribles que se agitaban, que se retorcían en lo que probablemente era un fluido nutritivo convertido en tal por ellos, vertiendo como materia base los detritus humanos. Nadaban con admiración en él de manera que el líquido parecía hervir. Olía. Como defecciones.

El operador de la rejilla crispó las manos.

—¡Apártelo! —ordenó con fiereza—. ¡Quítemelo de la vista! ¡Quítelo!

Calhoun asintió. Lo encerró en un cofre pequeño. Mientras bajaba la tapa dijo con tono indescriptible:

—Ahora no me parece que huele tan mal como antes.

Pero tenía las manos firmes mientras sacaba una muestra de poquitas gotas del frasquito de la vacuna. Bajó un panel de la pared y descubrió tras él un diminuto pero asombrosamente completo laboratorio biológico. Estaba diseñado para el microanálisis, el análisis cuantitativo y cualitativo de diminutas porciones de material. Puso en marcha un miniutilizado fraccionador Challis. Puso media aleta de la supuesta vacuna y conectó el cable de la energía fraccionadora. Comenzó a zumbar.

El operador de la rejilla apretó los dientes.

—Esto es un fraccionador —explicó Calhoun—. Lanza una muestra biológica a través de una gelatina cromotográfica.

El aparatito zumbó con más penetración. El sonido subió de tono hasta convertirse en chirrido y luego en silbido y después alcanzó la máxima cumbre que podían captar oídos humanos. Murgatroyd se rascó las orejas y se quejó:

—«¡Chee! ¡Chee!»

—No durará mucho —le aseguró Calhoun,. Miró una sola vez al operador de la rejilla y luego apartó la vista. La frente del hombre estaba cubierta de sudor. Calhoun dijo con indiferencia—: La substancia que hace efectiva la vacuna se encuentra evidentemente dentro de esa vacuna. Así que el fraccionador separa las diferentes substancias que estén mezcladas —y añadió—: No parece mucho de cromotología, pero el principio es idéntico. ¡Se trata de un truquito viejo, muy viejo!

Lo era, claro. Las diferentes substancias disueltas podían

separarse según sus proporciones distintas de difusión a través de los polvos humedecidos y de las gelatinas que se conocían en la tierra desde primeros del siglo XX, pero hacía mucho tiempo que se olvidó por no ser necesario el procedimiento con mucha frecuencia. Sin embargo, el Servicio Médico no abandonó jamás un proceso solo porque no fuese nuevo.

Calhoun tomó otra gotita de la vacuna y la colocó entre dos placas de vidrio, para extenderla. Las separó y las colocó en un secador de vacío.

—No voy a tratar de hacer un análisis —observó—. Sería una tontería intentar algo tan complicado necesitando solo identificar una cosa. ¡Lo que espero conseguir, es cuanto me hace falta…!

Sacó un aparato extremadamente pequeño productor de vacío. Limpió las ropas que acababa de quitarse, extrayendo de ellas hasta la más simple partícula de polvo. El polvo aparecía en un tubo transparente que formaba parte de la máquina.

—Me rociaron algo que me temo sea lo peor —añadió—. El rociado dejó algo de polvo detrás. «Creo» que era para asegurarse de que cualquiera que abandonase el Centro del Gobierno seguramente se convertiría en para. Esa es otra razón para darse prisa.

El operador de la rejilla volvió a rechinar los dientes. En realidad no oía a Calhoun. Se encontraba ensimismado en su infierno particular de vergüenza y horror.

El interior del navío estaba tranquilo, aunque no del todo. Calhoun trabajaba con bastante calma, pero en momentos sus entrañas parecían anudarse y sufrir calambres, lo que no era ninguna infección o contagio o posesión demoníaca, sino la reacción a los pensamientos del para, prisionero en el laboratorio. Aquel hombre se había tragado lo indescriptible porque no podía remediarlo, pero estaba loco de furia y de vergüenza acerca de lo que había llegado a ser su persona. Calhoun se convertiría en algo igual…

El altavoz sintonizado a las frecuencias exteriores volvió a entrar en funcionamiento. Calhoun aumentó su volumen.

—«¡Llamando al cuartel general! —jadeó una voz—. ¡Hay una turba de paras formando en las calles del barrio de Moreton! ¡Están furiosos! ¡Han oído el discurso del presidente y juran que lo

matarán! ¡No desean ser curados! ¡Quieren que todo el mundo se convierta en para! ¡No desean tener normales en el planeta! ¡Dicen que el que no se convierta en para debe morir!»

El operador de la rejilla miró hacia el altavoz. Un máximo de amargura apareció en su rostro. Advirtió los ojos de Calhoun fijos en él y dijo con furia:

—¡Ahí es donde pertenezco!

Murgatroyd fue a su cubil y se metió en él.

Calhoun sacó el microscopio. Examinó las placas de cristal secas, extraídas del secador de vacío. El fraccionador se apagó y enfocó y estudió la regla corredera que este aparato poseía. Inspeccionó una muestra de polvo sacado de sus ropas, cuando estas fueron rociadas al salir por la puerta sur. El polvo contenía las partículas corrientes de tierra y de polen y partículas filosas de toda clase de restos microscópicos. Pero a través de toda la muestra vio unos cristalitos infinitésimos y característicos. Eran demasiado pequeños para poder ser vistos separadamente a simple vista, pero poseían una forma cristalizada definida. Y la clase del cristal de una substancia no es demasiado específica con la naturaleza de dicha substancia, pero tiene mucho que ver con lo que no puede ser la materia. La corredera del fraccionador no dio más información… su velocidad de difusión de esta substancia en una solución, indicaba un cierto número de componentes que la formaban. Las dos cosas juntas le dieron una pista definitiva.

Otra voz desde el altavoz:

—«¡Cuartel general! ¡Los paras se agrupan junto a la puerta norte! ¡Actúan de manera amenazadora! ¡Tratan de abrirse paso dentro del Centro del Gobierno! ¡Tendremos que comenzar a disparar si queremos detenerlos! ¿Qué órdenes se nos da?»

El operador de la rejilla dijo con voz opaca:

—Lo destrozarán todo. Yo no quiero vivir porque soy para, pero no he actuado aún como tal. ¡Todavía no! ¡Pero ellos sí! ¡Por eso no desean ser curados! ¡Nunca olvidarán lo que han hecho… se sentirán siempre avergonzados!

Calhoun pulsó teclas de un pequeñísimo computador. Había conseguido una lectura del índice de refracción de los cristales, demasiado pequeños para ser vistos excepto con un microscopio. Esa información, más la gravedad específica, más la forma

cristalina, más la proporción de difusión en el fraccionador, fueron a los almacenes de información de los bancos de memoria y del computador en algún lugar entre la vivienda del navío y su casco externo.

Una voz bramó desde otro altavoz, sintonizado a la frecuencia de la radioemisión pública:

—«¡Mis conciudadanos, apelo a vosotros para que conservéis la calma! ¡Os ruego que seáis pacientes! ¡Indicad al navío vosotros mismos que cada ciudadano se debe a sí y a su mundo! ¡Apelo a…!»

A la luz de las estrellas el Navío descansaba pacífico sobre el suelo. En su torno y por encima la rejilla se alzaba como una fantasía geométrica elevándose hacia el cielo estrellado. Aquí, también a la luz de las estrellas, los comunicadores del coche de superficie emitían la misma voz. El mismo mensaje. El presidente de Tallien Tres emitió una arenga. Antes emitió otra. Todavía antes transmitió órdenes del hombre que ahora era el dueño absoluto de la población del planeta.

La policía estaba formada en círculo en torno al Navío Médico pensando que no podían entrar en él. Algunos de ellos que habían entrado en el edificio de control estaban ahora temblando en el exterior, incapaces de decidirse a entrar de nuevo. Había una vasta y destacada quietud por todo el espaciopuerto. Parecía más extraterrena a causa de la débil música producida por el viento de los niveles altos de la rejilla de aterrizaje.

En el horizonte aparecía un débil resplandor. Las luces de las calles todavía estaban encendidas en la capital del planeta, pero aunque los edificios se alzaban contra el firmamento, ninguna luz ardía en ellos. No era prudente para nadie encender luces que pudieran ser vistas desde fuera de sus viviendas. Había policía, seguro. Pero todos se encontraban en el Centro del Gobierno, acampados allí para tratar de defender un perímetro formado por una serie de apartamentos, con los huecos tapiados para formar una densa muralla. La mayor parte de la ciudad estaba a oscuras y terriblemente vacía, excepto las turbas que tenían una sola cosa en común: su furia. Muchas partes de la ciudad se encontraban a merced de los paras. Las familias oscurecían sus hogares y se mostraban aterrorizadas en los rincones y en los armarios, a la escucha de gritos o del pisotear atronador de los enfurecidos

cuando penetraban en sus viviendas.

En el Navío Médico el altavoz proseguía:

—«Ya os he dicho —pronunciaba en tonos rotundos el presidente Planetario, aunque con voz temblorosa—. Ya os he dicho que el doctor Lett ha perfeccionado y está fabricando una vacuna que protegerá cada ciudadano y curará a todos los paras. Tenéis que creerme, mis queridos conciudadanos. ¡Debéis creerme! ¡Prometo a los paras que sus amigos que no estén afligidos de la misma condición… olvidarán todo lo que ha ocurrido! ¡Os prometo que nadie recordará lo que… lo que habéis hecho en vuestro delirio! ¡Lo que ha ocurrido aquí… y eso que pueden considerarse las tragedias como innumerables… será del todo tachado de nuestra recuerdos! ¡Tened un poco de paciencia ahora! ¡Solo…!»

Calhoun volvió otra vez a sus correderas de cristal mientras el computador permanecía inmóvil, aparentemente sin vida. Pero le había pedido que encontrase, en sus bancos de memoria, un oponente orgánico de tal y tal forma cristalina, de tal y tal proporción de difusión, de tal y tal gravedad específica y de tal y tal índice refractivo. Los hombres habían dejado ya de considerar que hubiera un límite efectivo al número de componentes orgánicos posibles. La vieja suposición de que había como un medio millón de substancias diferentes, hacía tiempo que fue sobrepasada. Incluso un computador necesitaba algún tiempo para buscar entre todas sus memorias microfilmadas hallar un componente tal como el que había descrito Calhoun.

—Es una práctica normal —dijo Calhoun inquieto—, considerar que todo lo que puede suceder, sucede. Específicamente, que en cualquier componente que pueda existir posiblemente, tarde o temprano debe formarse en la naturaleza. Estamos buscando uno en particular. Debe haberse formado naturalmente en algún momento u otro, pero nunca antes apareció en cantidad suficiente para amenazar a una civilización. ¿Por qué?

Murgatroyd se lamía las patillas. Murmuró un poquito… y Murgatroyd era un animal muy animoso, poseído de exuberante buena salud y con un estupendo gusto en el hecho sencillo de estar vivo. Ahora, sin embargo, no parecía nada feliz.

—Hace mucho tiempo que se conoce —dijo Calhoun impaciente —, que ninguna forma de vida existe sola. Toda criatura viviente

existe en un medio ambiente en asociación con todas las otras criaturas vivas que la rodean. ¡Pero eso se aplica también a los componentes! Todo lo que forma parte de un medio ambiente es esencial a ese medio. Así, los componentes órmicos son tanta parte del sistema de vida planetaria como… digamos… los conejos en un mundo tipo tierra. Si no hubieran animales de presa, los conejos se multiplicarían hasta morirse de hambre.

—«¡Chee!» —dijo Murgatroyd como quejándose de sí mismo.

—Las ratas —continuó Calhoun, en cierto modo enfadado—, las ratas saben lo que hacer cuando un navío está a punto de hundirse. Hubo un individuo llamado Malthus que dijo que los humanos llegaría un día que harían lo mismo. Pero no es verdad. Hemos ocupado una galaxia. Si alguna vez la superpoblamos, hay más galaxias por colonizar… ¡Siempre! Pero han existido casos de ratas y de conejos que se multiplicaban más allá de todo lo soportable. ¡Aquí hemos conseguido el caso de una molécula orgánica que se ha multiplicado fuera de toda razón! Es normal que exista, pero en un medio ambiente normal se ve contenida por otras moléculas que en algún sentido se alimentan de ella; la que controla la… población de esa clase de molécula, como los conejos y ratas son controlados por un medio ambiente mayor. ¡Pero aquí no funciona la represión contra esa molécula!

La voz potente del presidente Planetario siguió y siguió. Un memorándum de los acontecimientos que tenían lugar se le acababa de entregar y lo leía y discutía con los paras que habían tratado de irrumpir por la puerta norte del Centro del Gobierno, para convertir a sus habitantes en paras como ellos. Pero el presidente Planetario continuaba haciendo un intento de convertir la oratoria en una arma contra la locura.

Calhoun hizo una mueca en dirección a la voz. Dijo amenazador:

—Hay una molécula que tiene que existir porque es necesario. Es parte de un medio ambiente normal, pero normalmente no produce paras. ¡Ahora sí! ¿Por qué? ¿Cuál es el componente o la condición que controla esta abundancia? ¿Por qué falta esto aquí? ¿Qué carencia hay? ¿Qué?

El altavoz sintonizado a la frecuencia policial se puso de pronto en marcha, como si alguien gritase en el micrófono.

—«¡Llamada a todos los coches de la policía! ¡Los paras han

irrumpido a través de una de las murallas provisionales en que se han convertido los edificios de la zona oeste! ¡Están penetrando en el centro! ¡Todos los coches dense prisa! ¡Ajusten los desintegradores a plena potencia y utilícenlos! ¡Háganles retirar o mátenlos!»

El operador de la rejilla posó en Calhoun sus ojos furiosos y amargados.

—¡Los paras… nosotros los paras… no queremos que nos curen! —dijo con fiereza—. ¿Quién desearla ser normal y recordar cuando comía bichos asquerosos? Yo no lo he hecho aún, pero… ¿quién sería capaz de hablar con un hombre al que sabía devorador… devorador de… —el operador de la rejilla tragó saliva—… de porquerías? ¡Nosotros los paras queremos que todos sean como nosotros, para poder soportar lo que somos! ¡No tenemos otra salida… excepto la muerte!

Se puso en pie. Trató de coger el desintegrador que Calhoun había puesto a un lado cuando se cambió de ropa.

—¡Y yo tomaré esa salida!

Calhoun giró en redondo y disparó su puño. El operador de la rejilla cayó hacia atrás. El desintegrador se le desprendió de la mano. Murgatroyd lanzó un grito agudo desde su cubil. Odiaba la violencia.

Calhoun se plantó furioso sobre el operador:

—¡La cosa no está tan mal! ¡Usted no ha bostezado ni una sola vez! ¡Usted puede resistir la necesidad de monstruosidades durante largo rato aún! ¡Y le necesito!

Se apartó. La voz del presidente bramó… Quedó cortada bruscamente. Otra vez ocupó su lugar. Y se Oyeron los tonos suaves y untuosos del doctor Lett.

—«¡Amigos míos! ¡Soy el doctor Lett! Se me han confiado todos los poderes del gobierno porque yo, y solo yo, tengo todo el poder sobre la causa de la condición para. ¡Desde este instante soy el Gobierno! ¡A los paras… no es necesario que os curéis si no queréis hacerlo! ¡Habrán lugares y suministros gratis para vosotros de modo que podáis disfrutar de las profundas satisfacciones solo por vosotros conocidas! ¡A los no paras, quedaréis protegidos de convertiros en paras excepto si decidís lo contrario! ¡A cambio, obedeceréis! El precio de la protección es obediencia. La pena para

la desobediencia será la pérdida de la protección. Pero aquellos quienes retiramos la protección no recibirán los suministros que satisfaga sus necesidades. ¡Paras, recordaréis esto! ¡No paras, no lo olvidéis…! —cambió la voz—. ¡Ahora voy a dar una orden! ¡A los policías y a los no paras! ¡No resistiréis a los paras! ¡A los paras, entraréis tranquilos y pacíficos en el Centro del Gobierno! ¡No molestaréis a los no paras con quien os tropecéis! ¡Comenzaré de inmediato a la organización de un nuevo sistema social en el que los paras y los no paras deben cooperar! ¡Habrá obediencia a la mayoría…!»

El operador de la energía maldijo mientras se levantaba del suelo. Calhoun no le hizo caso. El computador acaba de entregar por último una tira de papel en la que estaba la respuesta que se le había pedido. Y resultaba inútil. Calhoun exclamó con voz sin tono alguno:

—Apague eso, ¿quiere?

Mientras el operador obedecía, Calhoun leyó y releyó la tira de papel. Antes estaba pálido, pero a cada nueva lectura se ponía más y más pálido aún. Murgatroyd se acurrucó inquieto en su cubil. Olisqueó. Fue hacia el cofre cerrado en el que Calhoun había guardado el recipiente de plástico conteniendo los animalitos vivos asquerosos. Metió la nariz en la rendija que formaba la tapa del cofre.

—«¡Chee!» —dijo confiado. Miró a Calhoun. Calhoun no hizo caso.

—¡Esto es malo! —exclamó Calhoun, más blanco que la cera—. Es… una respuesta, pero se necesitaría mucho tiempo para elaborarla y no lo tenemos. ¡Y para hacerla y distribuirla…!

El operador de la rejilla gruñó. La emisión del doctor Lett había certificado todo lo que predecía Calhoun. El doctor Lett era ahora el Gobierno de Tallien Tres. No había nadie que se atreviera a oponérsele. Podía convertir a cualquiera en para y luego delegar aquel para lo que necesitaba. Podía convertir a cualquiera del planeta en un loco con apetitos feroces e intolerables y luego negarse a satisfacerlos. La gente de Tallien Tres se había convertido en esclava del doctor Lett. El operador dijo con voz mortecina:

—Quizás pueda llegar hasta él y matarle antes de…

Calhoun sacudió la cabeza. Luego vio a Murgatroyd olisqueando

en el cofre que ahora contenía el recipiente de «basureros» vivos. De manera abierta exhibía un débil pero asqueroso hedor. Aunque estaba cerrado y Calhoun no podía olerlo, Murgatroyd sí Olisqueaba. Exclamó impaciente dirigiéndose a Calhoun:

—«¡Chee! ¡Chee! ¡Chee-chee!»

Calhoun le miró fijamente. Apretó los labios. Que había considerado a Murgatroyd tan inmune a todo porque podía reaccionar más rápidamente y producir anticuerpos a las toxinas a la mayor rapidez que los microorganismos eran capaces de multiplicarse. Pero era inmune a las toxinas. No era inmune a una molécula que causaba apetitos que exigían más en sí mismo la penalidad de la locura. De hecho, afectaban más de prisa que afectarían a un hombre.

~«¡Chee-chee! —parloteó apremiante—. ¡Chee-chee-chee!»

—Se apoderó de él —dijo Calhoun. Sentía asco—. Se apoderaba de mí. Porque no puedo sintonizar nada tan complejo como dice el computador que es necesario, para controlar… —su tono era ironía desesperada— ¡… Para controlar la población molecular que convierte a los hombres paras!

Murgatroyd volvió a murmurar. Estaba indignado. Quería algo y Calhoun no se lo daba. No podía comprender aquel acontecimiento tan extraordinario. Extendió la zarpa y tiró de la pernera del pantalón de Calhoun. Calhoun lo levantó y lo arrojó a lo largo de la sala de control. Lo había hecho otras veces jugando, pero ahora era algo distinto. Murgatroyd miró incrédulo a Calhoun.

—Para destruirlo —dijo Calhoun amargamente—, necesito aceites aromáticos y algo de acetona, y radicales de ácido acético y grupos submolecular de metilo. Para destruirlo absolutamente necesito hidrocarbones asequibles y no saturados… ¡Serán gases! ¡Y he de impedir que se reformen una vez descompuestos y quizás necesite de veinte diferentes radicales orgánicos asequibles al mismo tiempo! ¡Es el trabajo de un mes para una docena de hombres competentes, el descubrir simplemente cómo fabricarlo, y yo necesito elaborarlo en cantidad para millones de personas y convencerles de que es necesario contra toda la autoridad del Gobierno y el odio de los paras, y luego distribuirlos…!

Murgatroyd estaba trastornado. Deseaba algo que Calhoun no le daría. Calhoun había mostrado impaciencia… ¡Una cosa insólita!

Murgatroyd se agitó infeliz. Aún deseaba lo que había en el cofre. Pero hizo algo para ganarse la simpatía de su amo…

Vio el desintegrador yaciendo en el suelo. Calhoun a menudo le acariciaba cuando, imitando a los seres humanos, recogía algo que cayera al suelo. Murgatroyd se acercó al desintegrador y volvió a mirar a Calhoun. Este paseaba arriba y abajo. El operador de la rejilla estaba plantado con las manos crispadas, contemplando lo intolerable y lo monstruoso.

Murgatroyd cogió el desintegrador y trotó hasta Calhoun. Volvió a tirar de la pernera del pantalón del hombre. Sostenía el desintegrador del único modo que se le permitían sus diminutas zarpitas. Un dedo oscuro y con una curvada uña descansaba en el gatillo.

—«¡Chee-chee!» —exclamó Murgatroyd.

Ofreció el desintegrador. Calhoun dio un salto cuando lo vio en la zarpa de Murgatroyd. El desintegrador vibró y Murgatroyd lo apretó con fuerza para que no se le cayera. Oprimió el gatillo. Un disparo energético salió por el cañón. Era una pelota en miniatura luminosa de energía. Penetró en el suelo, evaporando la superficie y carbonizando la capa múltiple de pliegues de madera que había debajo. El Navío Médico de pronto rezumó humo de madera y del revestimiento. Murgatroyd huyó preso del pánico hasta su cubil y se arrinconó en lo más profundo.

Pero se produjo un singular silencio en el Navío Médico. La expresión de Calhoun era de asombro, de sorpresa. Se quedó sin habla durante largos segundos. Luego dijo de manera inexpresiva:

—¡Maldición! ¿Cuán estúpido puede convertirse un ser humano mientras está trabajando? ¿No huele usted eso? —disparó la pregunta al operador de la rejilla—. ¿Lo huele? ¡Es humo de madera! ¿Lo conocía?

Murgatroyd escuchaba parpadeando temeroso.

—¡Humo de madera! —exclamó Calhoun entre dientes—. ¡Y yo no lo vi! Los hombres tuvieron el fuego durante dos millones de años y la electricidad por medio millar de estos. ¡Durante dos millones de años no hubo hombre, mujer o criatura que pasase un día completo sin respirar de algún modo humo de madera! ¡Yo no me di cuenta de que era una parte tan normal del medio ambiente humano que resultaba necesaria!

Hubo un estrépito. Calhoun acababa de destrozar una silla. Resultó una rareza porque estaba hecha de madera. Calhoun la poseía porque era una cosa singular. Ahora la destrozó hasta convertirla en astillas y las amontonó, disparando el desintegrador una y otra vez sobre el montón de madera. El aire dentro del Navío Médico se hizo acre; picaba; sofocaba. Murgatroyd carraspeó. Calhoun tosió. Y el operador de la rejilla pareció ahogarse. Pero dentro de la blanca niebla Calhoun gritó rebosante de buen humor:

—¡Aceites aromáticos! ¡Acetona! ¡Radicales de ácido acético y grupos submoleculares de metilo! ¡Y el humo tiene gases hidrocarbonados no saturados…! ¡Este es el material que nuestros antecesores respiraron en diminutas cantidades durante centenares de miles de generaciones! ¡Claro que les era esencial! ¡Y a nosotros! ¡Era parte de su medio ambiente, así que era preciso que tuviese un uso! ¡Y controlaba la reproducción de ciertas moléculas…!

El sistema de aire gradualmente despejó la atmósfera, pero el Navío Médico aún rezumaba olores a humo de madera.

—¡Comprobemos esto! —exclamó Calhoun—. ¡Murgatroyd!

Murgatroyd se asomó tímidamente a la puerta de su cubil. Parpadeó imprudente en dirección a Calhoun. A una orden repetida, se acercó con aire infeliz a su dueño y Calhoun le acarició. Luego abrió el cofre en el que estaba el recipiente conteniendo los asquerosos animalitos vivos que se retorcían y nadaban y parecían agitarse. Sacó el recipiente. Quitó la tapa.

Murgatroyd retrocedió. Su expresión era de asco. Era evidente que su morro quedaba ofendido por el mal olor. Calhoun se volvió hasta el operador de la rejilla. Extendió la muestra de animalitos repugnantes. El hombre rechinó los dientes y la tomó. Luego su rostro se puso en movimiento. La devolvió a la mano de Calhoun.

—¡Es… horrible! —dijo con voz espesa—. ¡Horrible! —Luego quedó boquiabierto—. ¡No soy para! ¡No soy… para…! —Luego añadió con fiereza—. ¡Tenemos que poner en marcha esta cosa! ¡Tenemos que empezar a curar a los paras…!

—Quienes se mostrarán avergonzados de lo que recuerden —dijo Calhoun—. ¡No conseguiremos de ellos la cooperación! ¡Y tampoco del Gobierno! Los hombres que ocupan los puestos de autoridad son paras y han delegado esta autoridad en el doctor Lett. ¿Cree usted que abdicará ese tipo? ¡Especialmente cuando se

comprenda que fue el hombre que hizo evolucionar la tensión de los animalitos «basureros» que segregan este mercaptano de mutil modificado que convierte a los hombres en paras!

Calhoun sonrió casi histéricamente.

—Quizás fue un accidente. Puede que se descubriese primero a sí mismo como para, y quedó completamente estupefacto. Pero no podía estar solo en lo que sabía que era… degradación. Deseaba que compartiesen otros con él aquel puesto fantasmal. Lo consiguió. Luego ansió que no quedara nadie sin que se le pareciera… ¡Él no nos podrá ayudar!

Exultante de alegría, conectó interruptores para mostrar en las pantallas de visión lo que ocurría en el mundo en el exterior de la nave. Sintonizó todos los receptores de modo que captasen sonidos y emisiones. Comenzaron a entrar voces:

—«¡Se pelea por todas partes! ¡Los normales no quieren aceptar entre ellos a los paras! ¡Los paras no quieren dejar en paz a los normales…! ¡Los tocan, respiran sobre ellos… y se ríen! ¡Hay lucha…!»

La emoción de que el estado para era contagioso seguía siendo fomentada por los paras. Era preferible a la noción de que estaban poseídos por diablos. Pero había algunos que se modificaban con una opinión más dramática. Gritaban en el aire, y de pronto una voz humana sonó potente: «¡Envíen policía aquí de prisa! ¡Los paras se han vuelto locos! ¡Están…!»

Calhoun se sentó en el tablero de mandos. Comenzó a accionar computadores. Momentáneamente tocó un botón. Hubo una ligera sacudida y el principio de un rugido exterior. Cortó. Calhoun miró las pantallas visoras que mostraban la parte externa. Había un torbellino de humo y vapor. Se vieron hombres corriendo en una huida desesperada, dejando tras de si los coches que les pertenecían.

—Un ligero toque al cohete de emergencia —dijo Calhoun—. Han huido. Ahora acabaremos con la plaga de Tallien Tres.

El operador de la rejilla estaba todavía turbado por la ausencia continua de alguna indicación de que pudo convertirse en un para. Dijo inseguro:

—¡Claro! ¡Claro! ¿Pero cómo?

—El humo de madera —contestó Calhoun—. Cohetes de

emergencia. ¡Tejados! ¡No ha habido nunca humo de madera en el aire de este planeta porque no hay incendios forestales y la gente no quema combustible! ¡Usan electricidad! Así que iniciaremos la máxima producción de humo de madera que consideremos conveniente y la población y reproducción de una cierta molécula modificada de butil mercaptano se reducirá. Hasta un nivel normal. ¡Inmediatamente!

El cohete de emergencia bramó atronador y la pequeña nave se alzó del suelo.

Se habían producido, claro, medidas de emergencia contra el contagio a través de toda la historia humana. Hubo un rey de Francia, en la Tierra, que hizo matar a todas las liebres de su reino. Hubieron navíos y casas que se quemaron para expulsar una plaga y cuarentenas que simplemente eran incontables en su aspecto de interferirse con los seres humanos. La medida de Calhoun en Tallien era algo más drástica que sus antecedentes, pero tenía una buena justificación.

Incendió la ciudad capital del planeta. El pequeño Navío Médico la barrió por encima de los edificios en sombras. Sus cohetes de emergencia lanzaron diminutos lápices de llamas de sesenta metros de longitud. Tocaron primero los tejados de levante y Calhoun se remontó para ver hacia dónde soplaba el viento. Descendió y tocó aquí y alla…

Gruesas masas en apariencia de humo sofocante de madera manaron por la ciudad. En realidad no eran capaces de producir la sofocación pero crearon el pánico. Había lucha en el Centro del Gobierno, pero cesó cuando el misterioso producto, que ningún hombre había visto jamás puesto que no se producía en el planeta quemar madera en masa, el humo se abatió sobre los que luchaban. Dejaron de pelear y todos los hombres huyeron con aquel manto sofocante y rezumante que se extendía por la ciudad como un profundo baño.

No fue un gran incendio; considerándolo todo. Menos de un diez por ciento de la ciudad ardió, pero el noventa y pico por ciento de los paras dejaron de ser paras. Aún más, de pronto recobraron su invencible aversión para el olor del butil mercaptano… incluso del butil mercaptano modificado… y no tardaron en descubrir que ningún normal que hubiese olido el humo de madera podía

convertirse en para. Así que todas las ciudades, incluso las granjas individuales, se asegurarían de que hubiera un astringente humo de madera para ser olido de vez en cuando por todo el mundo.

Pero Calhoun no aguardó tales placenteras noticias. No podía esperar gratitud. Había quemado parte de una ciudad. Había obligado a los paras a dejar de ser paras y avergonzarse de sí mismos. Y quienes no se convirtieron en paras deseaban desesperadamente olvidar todo el asunto lo antes posible. No podían, pero la gratitud a Calhoun les hubiera servido de recordatorio. Por eso adoptó la acción más apropiada.

Cuando aterrizó de nuevo con el operador de la rejilla, y después de que esta fuese operada una vez más y hubiera enviado al Navío Médico a más de cinco diámetros planetarios en el espacio, pocas horas después de que el navío estuviera otra vez en superimpulsión, Calhoun y Murgatroyd tomaban café juntos. Murgatroyd lamía animadamente su diminuto jarrito, para apurar hasta el último rastro del brebaje.

—«¡Chee!» —dijo feliz. Pedía más.

—El café se ha convertido en un vicio tuyo, Murgatroyd —le dijo Calhoun severamente—. Si este apetito normal se desarrolla demasiado, quizás empieces a mirarme y a bostezar, lo que implicaría que tu deseo resultara incontrolable. Un bostezo causado por lo que se llama añoranza es capaz de dislocar la mandíbula de un hombre. Podría ocurrirte. ¡No te gustaría!

—«¡Chee!» —exclamó Murgatroyd.

—No lo crees, ¿verdad? —dijo Calhoun. Luego añadió—: Murgatroyd, voy a pasar muy largos momentos el resto de mi vida preguntándome qué es lo que habrá sido del doctor Lett. De cualquier modo, le matarán. Pero sospecho que serán muy gentiles con él. No hay modo de imaginarle un castigo realmente apropiado. ¿No es eso más interesante que el café?

—«¡Chee! ¡Chee! ¡Chee!» —insistió Murgatroyd.

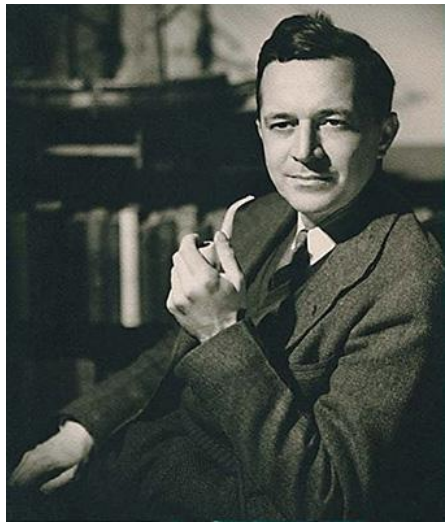
—No era prudente quedarse y tratar de efectuar una ordinaria inspección de la salud pública. Ya enviaremos a alguien más cuando las cosas recobren la normalidad.

—«¡Chee!» —exclamó con fuerza Murgatroyd.

—¡Oh, está bien! —dijo Calhoun—. ¡Si vas a ponerte emocional, pásame tu taza!

Extendió la mano, Murgatroyd colocó en ella su diminuta tacita y Calhoun la volvió a llenar. Murgatroyd sorbió amistoso.

El Navío Médico «Esclipus Veinte» entró en superimpulsión, de regreso hacia el cuartel general del sector del Servicio Médico Interestelar.



MURRAY LEINSTER, seudónimo de Will F. Jenkins fue uno de los escritores de ficción más prolíficos del siglo XX. Además de ciencia ficción, escribió historias de amor, de misterio, aventuras, westerns, fantasía, guiones de cine y televisión y ficción convencional. Publicó unos 1800 relatos en más de 150 publicaciones periódicas y 74 novelas y colecciones en una carrera que comenzó en 1913 y terminó en 1974. Jenkins, ávido inventor cuyos artilugios aparecían a veces en sus relatos, escribió sobre científicos locos, cerebros criminales, invasiones alienígenas y viajes en el tiempo. Un relato de 1946 imaginaba ordenadores personales y una red muy parecida a la actual Internet. Ivan Efremov, escritor de ciencia ficción de la Unión Soviética, atacó la escritura de Jenkins en su relato "El corazón de la serpiente" (1959), en el que unos extraterrestres leen *Primer contacto* y lo juzgan belicista.

Jenkins, que padecía la enfermedad de Alzheimer, murió en Gloucester en 1975.